

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIV

15 DE ENERO DE 1905

Nº 314

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUALB. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA PRINCESA MARIA DE RUSIA: por Mme. Vigée Lebrun

EL PROBLEMA ECONOMICO EN AMERICA

[CONFERENCIA DEL SEÑOR DON MÁXIMO SOTO HALL, EFECTUADA EN LOS SALONES DE LA ILUSTRE UNIVERSIDAD DE CARACAS POR INICIATIVA DE LA SOCIEDAD "LIGA LATINO-AMERICANA."]

Señores:

El espíritu de asociación ha sido el baluarte más poderoso que ha empujado al progreso para realizar sus fabulosas conquistas en los tiempos modernos. La agricultura, el comercio, la industria, las ciencias y las artes, la sociología y la banca, los pueblos, en fin, parece que penetrados del misterio de sus destinos, tratan de unificar sus fuerzas, de converger al mismo punto, de perseguir el mismo ideal en las diferentes ramas de su labor, con el convencimiento, pleno, de que sólo el unánime impulso de disgregados factores, puede alcanzar un triunfo definitivo y glorioso. No se lanza aislado el beduino por los vastos arenales del desierto; busca la caravana para conjurar los peligros, para soportar las penalidades, para estar más seguro de que trasponiendo las arideces de aquella zona, llegará a la meta de sus deseos, coronando, en la ciudad que busca, semejante a la Tierra Prometida de Moisés, sus intensas aspiraciones. Para cruzar el desierto de la vida en nuestros agitados tiempos; desierto más árido y amenazante que los del Continente africano, parece que los hombres de todas las esferas, de todas las razas, de todos los cultos, han sentido la indispensable necesidad de juntarse a fin de llevar a término con menor trabajo, el cumplimiento de la ley fatal de la lucha por la existencia. Testimonio irrecusable de esta afirmación, son los *trustes* que en los Estados Unidos, en tiempo casi inverosímil, logran formar, gracias al enfocamiento de variadas y múltiples actividades, grandes y poderosas fortunas; lo son también, las comuniones de los que persiguen reformas en la humanidad, desde los socialistas científicos de plausibles ideas y de éxitos casi seguros, hasta los anarquistas en sus divagaciones locas, que debido sólo a la cohesión, han podido mantenerse luchando contra fuerzas siempre superiores, sobre las olas turbulentas de sus crímenes: lo son, señores, esas épocas de tranquilidad dudosa en Europa, cuando la paz de las naciones madres ha peligrado, y sólo ha podido sostenerse, gracias al equilibrio establecido por las alianzas internacionales.

Y si este es el gran secreto de los triunfos alcanzados por la civilización, la economía y el derecho, entre elementos quizás heterogéneos, entre factores quizás antitéticos, cuánto mayores deben ser las conquistas cuando se trata de individualidades homogéneas, de fines idénticos, de labores semejantes, de altos problemas para resolver en un todo parecidos, y quizá pudiéramos agregar, absolutamente iguales. Tal pasa en las Américas. El mundo de Colón parece llamado a un solo y único destino. La topografía del Continente lo canta: desde el Mar de Bering hasta el Estrecho de Magallanes, una serpiente de granito retorciendo sus anillos colosales, parece ligar las vibraciones todas de esta faja soberbia del Planeta; los ríos extendiendo sus brazos, como ramificaciones de cristal, se mezclan los unos con los otros pidiendo apenas las faenas de las dragas, para dar paso a las embarcaciones que, cruzando a través de vírgenes bosques, han de poner en comunicación nuestras simpáticas ciudades y confundir nuestros comunes anhelos, gracias al fácil, directo y constante trato. Lo afirman nuestros mares, que batiendo por ambos lados la extendida porción de la costa, están reclamando las naves, que de puerto en puerto llevarán, en el vientre de sus bodegas, el cambio de los respectivos frutos, y en el alma de la correspondencia el trueque de las distintas ideas.

Hé ahí por qué ha hecho palpitante mi corazón de entusiasmo la Fundación de la Liga Latino-Americana de Caracas. Laudable y hermosa iniciativa que hará moverse el alma de nuestros pueblos, y seguro estoy de que, con eco cariñoso, responderán todos al patriótico llamamiento y—más aún—laudable sería, que ninguna, absolutamente ninguna de las Repúblicas de todo el Continente faltara en esta unión que, bien visto, se refiere a los destinos generales de América.

Los propósitos de esta liga, que han sorprendido a algunos espíritus apocados, es porque no son bien conocidos aún. No son tendencias bélicas ni quijotesco ideales los que han promovido su fundación, sino progresistas y patrióticas ideas. Ciertamente, como ha dicho el general Cipriano Castro, que "las naciones civilizadas y dignas no pueden rehuir la guerra, cuando se trata de defender la causa de la razón, del derecho y de la justicia, conjuntamente con su soberanía e independencia; ó lo que es lo mismo, lo que yo entiendo, escribo, por honor nacional, representado en la pureza de la bandera y sostenido por Magistrados y pueblos que tienen noción de su deber y de su honor." "Pero,—agrega el mandatario venezolano, en consonancia con lo que venimos exponiendo—esto no quiere decir que yo no sea un partidario decididísimo de la paz; y que tan sólo deba llegarse a la guerra después que se hayan agotado todos los recursos que la civilización y los progresos actuales nos presentan. De tal manera que por medio de completa justificación, ante las demás naciones, extrañas a la contienda, quede asegurada la razón que nos asiste, no menos que los medios adoptados para evitarla." (1)

Tal es en síntesis la parte política a que debe ajustarse nuestro programa. La paz providencia de los pueblos jóvenes, amparo de las naciones constituidas, garantía de las sociedades cultas, debe ser objeto de nuestra profunda veneración y nos toca sostenerla por todos los medios dignos, por todos los caminos honrados, con todos los sacrificios justos, pero si esto no es posible, antes la guerra desastrosa que una paz fructífera erguida sobre el pedestal de la infamia!

Felizmente las grandes ideas se han hecho entre nosotros el pan nuestro de cada día, y hoy puede asegurarse que los pueblos de América, son turiferarios incondicionales de ese culto y que tratarán de no hacerse nunca acreedores al baldón de la apostasía.

Empapado en estos sentimientos, yo, que adoro el acero salvador, pero detesto el acero liberticida, como testimonio de las ideas que me animan y que, convencido estoy de que también animan a todos los intelectuales de la América, he querido escoger para esta conferencia, un tema que es base y garantía de la paz: la cuestión económica de América. Nada hay que ligue más que los intereses monetarios, nada que más obligue que las cuestiones vitales. Hé ahí por qué, aun desconfiando de mis propias fuerzas me lanzo con pecaminosa temeridad al estudio de tan difíciles cuestiones.

"Las crisis son el mal de América, por excelencia," ha dicho Toqueville. Y en verdad, que casi todos los países de la América latina han sufrido, con mayor ó menor intensidad, esos estremecimientos en su organismo económico.

Las crisis son generales en el mundo, pero más intensas y difíciles de salvar, en los pueblos embrionarios, sin antecedentes ni experiencia propia para conjurar los males que los aquejan.

España, dice J. B. Alberdi, no legó a la América ni comercio, ni agricultura, ni industria, se contentó con inutilizar a los natura-

les en la explotación de las minas, no fundó colonias, sino factorías. (2)

Y en efecto, cuando nacimos a la vida independiente, nuestros pueblos habían sido explotados pero no cultivados; nos faltaban ideas sobre administración y política, sobre agricultura y comercio. El siglo XIX había comenzado como concluyó el XVIII con abundancia del metal blanco y gran escasez del metal amarillo. Esta circunstancia había hecho que el oro emigrando al Viejo continente, dejara a los países del Nuevo, convertidos en tenebres de plata, en los momentos mismos en que se desprendían del dominio español.

La diferencia de precio de los metales preciosos cuya historia es tan interesante por las alternativas que presenta, como puede verse en las catorce revoluciones monetarias, que han tenido lugar desde Jesucristo hasta nuestros días, no se hizo sentir mucho en los países de América durante las primeras palpitaciones de su vida independiente. Todo lo embargaba el problema político; las transacciones eran escasas, las corrientes comerciales mezquinas, y la cuestión económica no presentaba aún las fases complicadas y difíciles, que mostró con rápidas variantes, sobre todo, en la última mitad del pasado siglo.

Dos accidentes, del todo casuales, como casi siempre ha sucedido en las cuestiones mineras vinieron a transformar la faz económica del mundo, en el primer medio de la centuria pasada, y a preparar, aunque con favorable apariencia, las duras crisis que han tenido que atravesar, y varios atraviesan aún de los países latino-americanos. En 1848, Mr. Sutter, ex-guardia suizo de Carlos X, montando una máquina, descubre las célebres minas de California, y el 18 de julio de 1851, un doctor inglés en excursiones científicas, descubre las valiosísimas vetas de Australia.

La producción del oro fué en aquellos tiempos tan considerable que "los economistas llegaron a sospechar y hasta a anunciar una depreciación en dicho metal" (3) depreciación que en efecto tuvo lugar aunque no en las proporciones que se temía y hasta el monto que se profetizaba. De 1851 a 1857 la plata, en su natural relación llegó a tener una prima de 35 por 1000 sobre el oro (4). La situación era, pues, favorable para los países de América y si hubieran tenido educación económica y administrativa los resultados, aprovechando las favorables corrientes, hubieran sido opimos, y hoy no tendríamos que lamentar errores y sufrir privaciones. Pero nuestra falta de espíritu práctico, no llevó nuestros esfuerzos a la realización de obras productivas y útiles, no nos hizo laborar para el porvenir, sino que estimuló en nosotros el espíritu del lujo, y de la fastuosidad. Por otra parte, la fama de las inagotables riquezas de nuestro suelo nos abrían en las plazas europeas, las puertas de un crédito ilimitado, que dió por consecuencia fatal el que contrajéramos grandes empréstitos, que bien administrados y prudentemente invertidos nos hubieran sido altamente provechosos, pudiendo, con nuestros naturales esfuerzos haber cubierto las sumas recabadas, en breve tiempo; pero esa misma confianza en nuestra riqueza nos perjudicó y la inversión hecha de los valores adquiridos no fué siempre la más juiciosa y atinada. Al principiar la segunda mitad del pasado siglo casi todos los países de América que durante la Colonia habían mandado tantos millones a la Europa, le eran deudoras de diferentes cantidades. En 1867 la Argentina debía 162,418,575 Francos. Perú 35,000.000 de soles (5) y así la mayor parte de nuestros países en relación a sus respectivas condiciones.

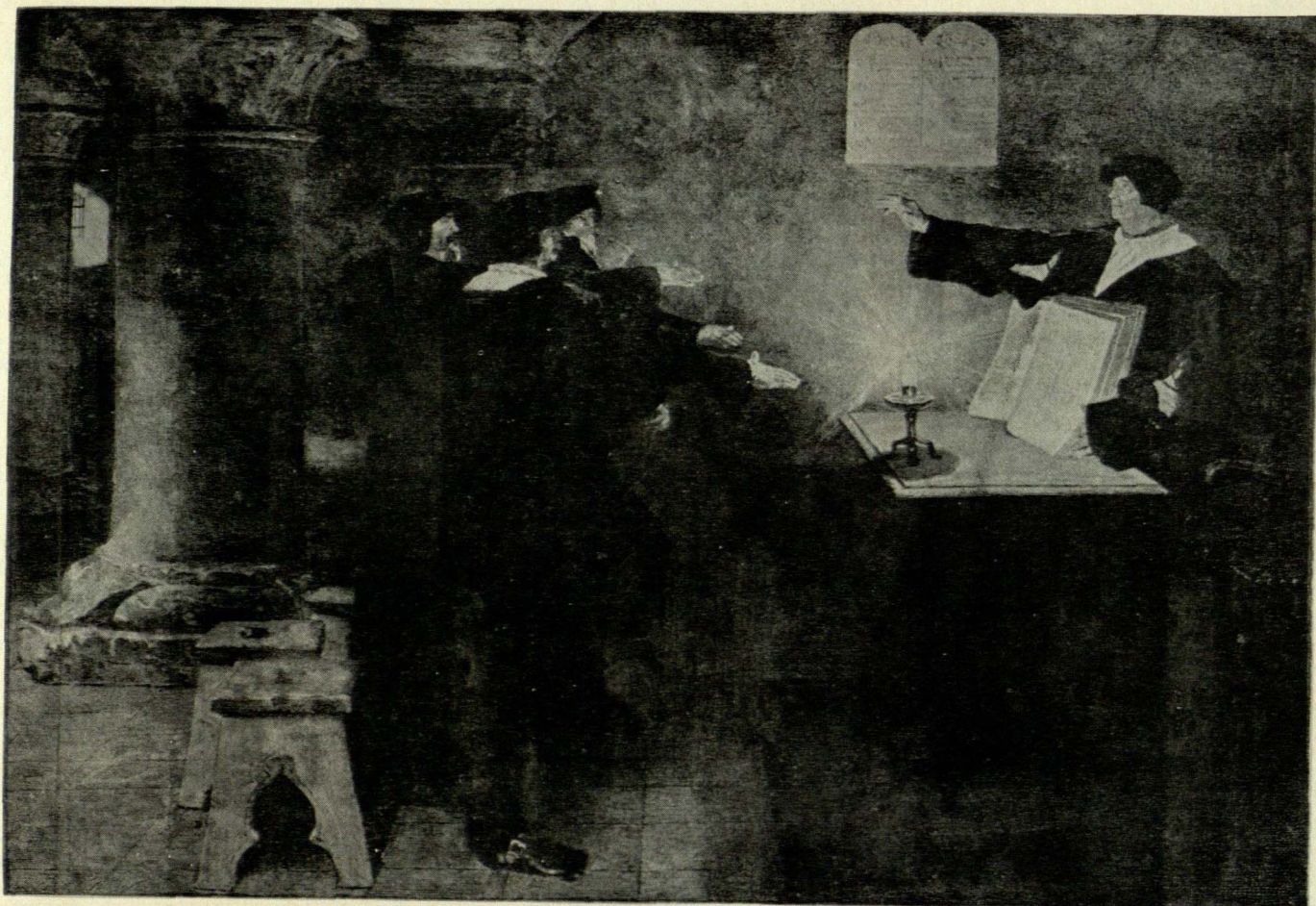
[2] J. B. Alberdi.—Estudios Económicos. C. de M.

[3] Semanario. La cuestión Monetaria P. 21.

[4] P. Cuauvès Cours de Economie Politique P. 467.

[5] Prieto.—Economía Política, P. 587.

[1] Nota de contestación a M. Harry E. Rice, Editor del "Daily Democrat."



MARTIN LUTERO EN LA CATEDRA DE SU ESCUELA, por J. P. Laurens

Desgraciadamente, el auge de la plata fué muy pasajero, y agregando esta circunstancia á las que brevemente dejamos apuntadas, se comprenderá cuan pronto debíamos experimentar los trastornos de las crisis monetarias.

En 1870, la producción de oro no había adquirido notable aumento, y en cambio la de la plata era verdaderamente asombrosa. La explotación de los filones de Constock en la Nevada y las de Virginia y Ophir, hicieron que fuese muy grande la oferta del metal blanco mientras la del amarillo, permanecía casi estable. Si á esto se agrega, que "plateros y joyeros á consecuencia de la abundancia del oro, que hemos señalado anteriormente, se habían acostumbrado cada vez más, por lo menos en Europa, á hacer mayor uso del oro que de la plata," (6) el envilecimiento de esta última tenía que ser cada vez mayor.

El pánico se hizo general en el mundo y el descenso fué acentuándose cada vez más de día en día. Contribuyendo á ello, de manera notable las medidas tomadas por diferentes países de Europa tenedores de plata. Alemania, que desde el año de 1821 tenía el régimen de plata, se declaró en 1871, monometalista y opta por el oro. Las naciones formadoras de la Unión Latina: Francia, Italia, Bélgica, Suiza y más tarde Grecia, con fecha 31 de enero de 1874, acordaron limitar las acuñaciones de plata y en 1878 las suprimieron por completo. La Filandia hace lo mismo y opta por el oro en 1872; y en 1875 (1º de enero) proceden de igual manera los Estados escandinavos, Suecia, Noruega y Dinamarca.

M. Goschen con tal motivo atribuyó el gran

deprecio del metal blanco á tres diferentes causas: 1ª Los progresos hechos en la extracción de la plata; 2ª la preferencia dada al oro en el comercio; y 3ª la desmonetización de la plata en los países donde su uso, parecía practicable. (7)

Las tres causas eran admirablemente señaladas, pues la primera determina el aumento de la producción; la segunda, es consecuencia del alza del valor por la menor demanda y de las facilidades que el metal presta; y la tercera, la natural depreciación para la moneda que iba por momentos careciendo de mercados. Esta última fase, es decir, la de la desmonetización, hizo, al iniciarse, exclamar al célebre doctor Walowsky: "una grave sacudida conmovió al mundo universal!"

En aquellos momentos de conflicto económico, los Estados Unidos de Norte América, tenedores de plata, creyeron posible, gracias á sus medidas, devolver su valor á dicho metal. Así lo demostraron en 1876, cuando Richard Bland, diputado por Missouri, presentó á la Cámara su célebre *bill*, que triunfó y dió lugar á que del 30 de junio de 1883 al 30 de junio de 1884 la gran República acuñara la enorme suma de 30.680.000 *dollars* de plata y de que continuaran en los años posteriores, aunque en menos cantidad, las acuñaciones de esta moneda. Pero visto que el triunfo del *Bland-bill* no era efectivo, en 1884, el ex-Presidente Arthur, de acuerdo con Mr. Maculloch, aconsejaban la supresión en el acuñamiento de *dollar* de plata así como la emisión de certificados de la misma. La proposición se impuso y este fué un nuevo golpe para el metal en decadencia.

En tal estado de cosas, los países que te-

nían un medio circulante de plata, fácil es comprender que debían sufrir graves trastornos. En primera fila figuraban desde luego las Naciones latino-americanas, que no obstante la eminencia del peligro, no se apresuraron á conjurarlo. Dos causas sin duda contribuyeron á ello poderosamente: por una parte, la depreciación de la plata tuvo una tregua hacia 1876 (diciembre) en que, su diferencia con el oro fué apenas de 35 por 1,000. (8) Aquella tregua fué del todo pasajera, más aún, parece que dió nuevo impulso á la producción, pues desde mayo de 1877, la baja se acentuó considerablemente. Pero en aquel entonces, una nueva fuente de riqueza vino á dar confianza á los países hispano-americanos. El café, ese preciado fruto de nuestras tierras americanas, adquirió, por aquel entonces, precios verdaderamente fabulosos; y los países productores que lo son la mayoría de los de Centro y Sur América, sintieron un poderoso alivio, y confiando más de lo que debían en aquel venero sagrado, no procedieron como era natural, á valerse de aquella poderosa palanca para organizar su estado financiero. De tal modo que cuando el valioso fruto, por la misma demanda de que era objeto, encontró múltiples y fecundos campos de cultivo, creció la producción y naturalmente la oferta con ella, el precio en las plazas consumidoras descendió de manera considerable, encontrándonos de pronto poseedores del metal depreciado y á la vez con deprecio en el fruto que constituía nuestra positiva riqueza. Hé ahí el motivo por qué son tantas y tan diversas las condiciones monetarias en los países de la América latina y las causas por qué siendo

[6] Semanario.—La cuestión monetaria, P. 23.

[7] Cit de Cauwès. Cours d'Economie Politique, P. 497

[8] Cauwès.—Cours D'Economie Politique.—P. 497.

eminentemente ricos, viven en constante dificultad.

Por otra parte, nuestro espíritu agitado y aventurero,—atavismos de la sangre castellana,—hace que las constantes revoluciones, impidan su camino al progreso, turben las reformas administrativas y hagan, poco menos que imposible, toda organización económica.

He ahí, como antes he dicho, por qué en esta conferencia he querido ocuparme de la cuestión monetaria, sabiendo que no traería nada original al acervo de estos complicados problemas. Lo he hecho para provocar en los estadistas americanos, el deseo de tratar estas cuestiones, en conjunto, con la colaboración de todos los países de la América, primero para que se busque el puerto de salvación de nuestras dificultades, y segundo porque el día que estuviéramos unidos por intereses económicos, vinculados por asuntos monetarios, podría asegurarse que la paz de América estaba garantizada, toda vez que el capital, como ha dicho un gran economista, es eminentemente cobarde, al menor disparo de cañón tiende a esconderse, y estando todos vinculados por ese poderoso factor, seguro es que procuraríamos mantener la más completa tranquilidad á fin de que su natural y constante circulación diera por consecuencia el bienestar general.

Comprendo cuán difícil es llegar á tener en la América latina un solo régimen monetario para todos sus países. Muchos, muchísimos años tienen que transcurrir antes de llegar á esa codiciada meta.

Conocidos son de todos, los esfuerzos hechos por las naciones más cultas de la tierra, para conseguir que existiera una moneda internacional, y no menos conocidos los malos resultados que se obtuvieron. Ni las labores de la asociación internacional esta-

blecida en París en 1851, para fijar iguales medidas, pesos y monedas, ni las convenciones promovidas por los Estados Unidos en 1858 y que tuvieron lugar en 1860, en 1863 y en 1878, en Londres, Berlín y París, respectivamente, tuvieron éxito alguno. Y si esto acontece en países que más ó menos están equiparados en su situación financiera, qué no será en aquellos donde es, no diré diferentes, sino completamente opuesta. No es, pues, una convención monetaria para unificar el sistema en los distintos países de América, lo que yo creo oportuno por el momento; no, yo pienso que lo útil sería un Congreso económico, en que cada uno de estos países presentara para su estudio, su particular problema de finanzas; en que cada cual por su parte, ó bien diera el ejemplo bienhechor, indicando los medios de que se ha valido para conjurar los peligros, ó bien recibiera y aceptara el consejo para subsanar sus errores. El estudio de las finanzas venezolanas, de este país, casi único en la América Española, que ha podido sostener el régimen de oro á través de constantes y poderosas revoluciones, de trastornos internacionales, de depreciaciones en sus productos, sería, á no dudarlo, interesante estudio, que nos prestaría valiosas, y, probablemente, aplicables enseñanzas.

En ese mismo Congreso podría discutirse con amplitud, la cuestión de los dos metales que sirven de medio circulante en el mundo con referencia á los intereses particulares de América. El problema del porvenir de la plata, sería de primordial y grandísimo interés. Si hemos de dar crédito á las afirmaciones de M. Süß, geólogo de Viena, que por un procedimiento de inducción, fundado en la densidad del oro y de las rocas en que se le encuentra, anuncia la casi próxima desaparición del mismo, debemos desde luego perder la esperanza en la rehabilitación de la plata,

pero si atendemos á M. Wolff tendremos la idea contraria, toda vez que éste con abundancia de datos asegura que los grandes yacimientos de oro están aún por descubrirse en el mundo. (9)

Para mí, sin quitarle su primordial interés á la cuestión de los metales preciosos, tengo que para nosotros lo principal sería ocuparnos de la producción y de la forma de organizarnos colectivamente en los mercados donde nuestros frutos, casi análogos, tienen su consumo. Lo que se ha hecho con el café, podría hacerse, sobre bases más prácticas, con las maderas, el hule, el cacao, y otra infinidad de productos propios de nuestras zonas, que como ha dicho admirablemente Voltaire: "Un país que no tenga más que el oro ó la plata, es un país pobre; en cambio uno que no tenga ni lo uno ni lo otro y cultive activamente la tierra, ése, es un país verdaderamente rico." [10] Tal es el problema de los que somos eminentemente agrícolas.

Reunámonos, pues, para que unificadas nuestras fuerzas, puestos en el tapete de la discusión nuestros asuntos financieros, reunidos los resultados de nuestras distintas experiencias, podamos dar por terminada la era de las crisis económicas, para lo cual coadyuva con nosotros la riqueza infinita de nuestro suelo, y entonces unidos por la necesidad de soportar juntos la lucha por la vida, nos hallaremos íntimamente atados por inquebrantables lazos.

Ojalá que á la "Liga Americana" de Caracas, toque la gloria de promover esta cuestión iniciando esa importante convención.



[9] V. M. Banberger,—"L'avenir de l'or."
[10] Voltaire.—Siècle de Luis XIV.

CRONICAS DE POETAS

Los poemas del aire.

Tengo un amigo cuya vida ha sido una eterna, loca aventura. Sus pies han errado por todos los climas, sus pupilas han mirado todos los horizontes. De Nueva York á Flandes, de Flandes á España, y de España á Italia, á Alemania á Inglaterra.

No sé si ha ido á Egipto y á Calcuta como Pérez Bonalde. En Venezuela ha navegado entre caribes pensativos, en una piragua, por el misterioso Orinoco. Ha recorrido el llano sobre el lomo brillante de un alazán. Ha visto jaguares y cocodrilos; y ha vivido en Güiría y en Cúcuta. Mi amigo es un gran viajador. Cuando su cuerpo no viaja, viaja su alma.

Y su alma como no puede viajar á la manera de cualquier obeso mercaderante burgués, se embarca en raras esquifes: se embarca en la cristalina góndola del éter, en la negra galera del opio ó en la verde funambalesca tartana del hashish...

Noches pasadas en su extraña habitación—en donde junto á un monstruoso colmillo de elefante, lanza reflejos de acero la fina, sedosa pelambre de una piel de tigre—conversábamos. El humo de nuestros tabacos subía por el aire, en vagas, lentas, heltróclitas espirales. Mi amigo, después de un corto silencio me dijo:

—Si Carlyle descubrió el profundo reino del silencio, el fabuloso rei-

no del silencio poblado de tan imponderables tesoros, actualmente está por descubrirse, un reino más vasto, más hondo, más profundo, más fabuloso: el reino del aire. Santos Dumont, ó tal vez otro, dentro de un año ó dentro de mil, pero alguno, alguno lo descubrirá. Y entonces, ¡qué de maravillas! Yo hice una ascensión en Suiza, en compañía de varios astrónomos, y desde entonces he comprendido que todas las maneras de viajar que ha inventado el hombre, son bárbaras en comparación del viaje aéreo.

En ferrocarril, en vapor, en automóvil, el hombre no hace sino arrastrarse como un reptil. Por el contrario, en el aire, el hombre viaja en cuerpo y alma. Es igual á la golondrina, á la paloma, al águila. Solamente se viaja así en las leves alas del éter ó del opio....

Hubo un silencio. Mi amigo volvió á tomar la palabra:

—Pero donde el Santos Dumont del porvenir va á realizar una verdadera revolución es en la poesía. Ya el aire nuestro buen hermano el aire, como diría San Francisco, no habrá de ser cantado á la manera de nuestros viejos poetas. Ya no se escribirán más aquellos versos simples y cándidos, aquellos célebres sáficos:

*Dulce vecino de la verde selva
Huésped eterno del abril florido,
Céfiro blando.*

Ya el dulce vecino de la verde selva será cantado como merece. Los poetas y los artistas futuros escribirán los poe-

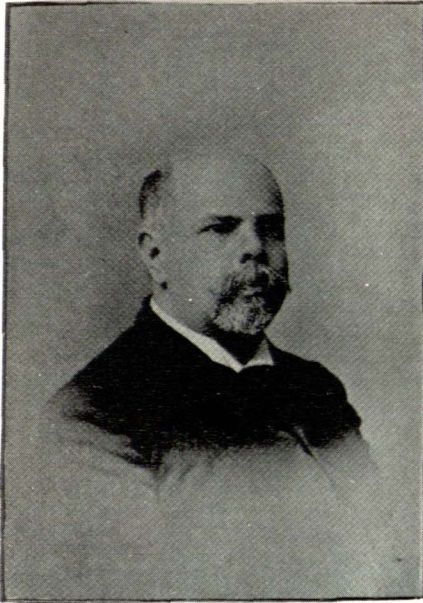
mas del aire; del misterioso, invisible, fabuloso imperio del aire.

Imaginémonos en una clara noche de primavera, en un globo adornado de fanales rojos y azules, de fanales fantásticos como los de las góndolas venecianas; imaginémonos en la navicilla del globo, suspendido á millones de metros sobre el planeta, inmóviles ó errantes en la cristalina bóveda vacía, en medio al gran silencio vasto de los cielos, mientras deshoja sus rosas una alegre música de bandolinas, hacia abajo, donde apenas se miran las agujas de los campanarios como leves puntos, y los grandes focos eléctricos como estrellas mustias, y los grandes, inmensos ríos, como delgados hilos de agua... Imaginémonos entonces los poemas del aire, del aire que envuelve las ciudades y las montañas, los volcanes y los ríos, con su gigantesca gasa cristalina.

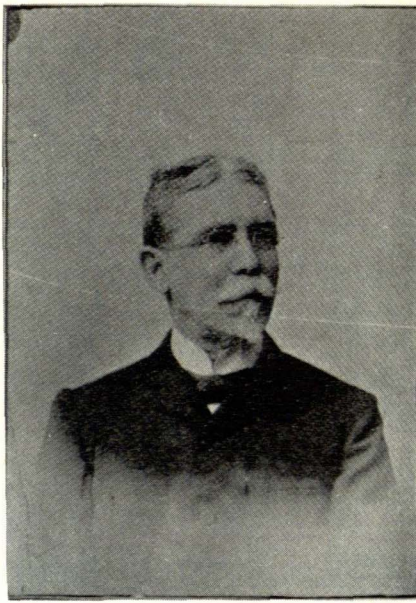
Pensemos en toda esa poesía nueva y rara, mientras pasa á nuestro lado, en otro globo, la música de un orfeón doliente de estudiantes y grisetas, por encima de la vida más allá de la vida, mientras abajo, en el gran hormiguero humano acecha el dolor y bulle la tierra con toda su fealdad y podredumbre como una mancha, apenas una leve mancha impura, una levisima mancha imperceptible como una gota de tinta.... ¿Y el hombre entonces acaso no será mejor?...

A. FERNANDEZ GARCIA.





Doctor Tomás Aguerrevere Pacanins
Primer Vicepresidente



Doctor Alfredo Machado
Presidente



Doctor Emilio Ochoa
Segundo Vicepresidente

LAS CIENCIAS Y LAS UNIVERSIDADES EN EL JAPÓN

I

La mayor parte de los artículos que se han publicado en francés acerca de la educación en el Japón, se han inspirado, más ó menos, en uno ó dos libros recientemente publicados en Francia, sobre nuestro país.

En uno de ellos he observado, con pena, una obsesante insistencia en hablar del orgullo de los profesores y de los estudiantes japoneses. Ahora bien, esta insinuación nos ha hecho un verdadero mal ante el extranjero, porque ha hallado eco en artículos de periódicos, en los que forzosamente se ha señalado este defecto, bajo la fe de un autor que por su situación anterior en el Japón, goza de una real notoriedad en esta materia.

Si el europeo cree descubrir orgullo en el profesor y en el estudiante del Japón, ¿está seguro de que ese defecto que se nos echa en cara como un vicio, no se encuentra también en el seno de ciertas Universidades occidentales? ¿Me será permitido decir que lo que se toma en nosotros por orgullo no es, en mi opinión, sino una reserva, acaso un poco exagerada, á la cual se agrega cierta confianza, debida á nuestro rápido desarrollo? Pero el tiempo, y una apreciación más justa de las cosas, corregirán lo que hay de excesivo en esta confianza en sí mismo, y no dejarán sino el sentimiento de la fuerza que debe tener todo hombre, para cumplir bienamente su deber.

Nosotros, que apenas hace treinta años no conocíamos, por decirlo así ni la primera letra de la ciencia occidental, hemos querido aprenderla, no sólo en el extranjero, sino en la propia casa. Nuestros jóvenes se han ido, por consiguiente, por el mundo, á pedir á sus sabios algunas migas de ese pan de la ciencia de que tenemos necesidad, y aun hemos explicado á numerosos eruditos y sabios extranjeros, que vayan á llevarnos de esas migas, para los que puedan venir tan lejos á buscarlas. Y este trabajo, unido á la firme voluntad de hacerlo bien, para ser útil al país, nos ha dado resultado, como todo el mundo lo reconoce, elevándonos, no por encima, ni

siquiera al nivel del occidente culto, como se nos atribuye la pretensión de creerlo; pero sí bastante alto para poder hacer hoy figura honorable adonde quiera que vamos, y para poder subvenir, nosotros mismos en gran parte, á nuestras numerosas necesidades, tanto intelectuales como materiales, como lo confesará sin dificultad todo espíritu imparcial, y ello es una de las cosas más indispensables á la independencia real de un pueblo.

Y así como hemos llegado á crearnos ingenieros, médicos, juristas nacionales, hemos llegado también á formarnos profesores, de lo cual parece acusársenos, adelantando que en la enseñanza ya nos juzgamos superiores á la Europa actual. No, no pretendemos hallarnos en estado, ni hoy ni mañana, de superar en la enseñanza, ni en ningún otro ramo de la actividad humana, á la Europa contemporánea. Solamente sentimos, tanto como cualquiera otro país, que en el desarrollo racional del espíritu humano, un pueblo no podría jamás privarse de los servicios de otros pueblos. Lo que buscamos, lo que creemos haber obtenido, es, sencillamente, la posibilidad de instruirnos nosotros mismos en casa. Y en esto ningún pedagogo, estoy seguro de ello, puede hacernos crítica.

Nuestros profesores japoneses pueden ser un poco inferiores en capacidad á los profesores que en otro tiempo llevamos del extranjero, pero tienen sobre éstos dos ventajas que hay que tomar en cuenta: hacen su curso en la lengua de sus alumnos, lo que da siempre mayor claridad, más vida á las lecciones, y por consiguiente, más provecho; luego, conocen mejor que los extranjeros el alma de su auditorio y pueden adaptar mejor las lecciones á las necesidades y á las inteligencias. No creemos que podamos pasarnos por completo sin profesores extranjeros; y la prueba es que en las materias en que estos tienen sobre nosotros la ventaja, por su origen, de asegurarnos un provecho más directo y mayor, nos dirigimos siempre á ellos; y hallo en esto que deberíamos ser imitados por numerosas universidades europeas, en que esas mismas clases se confían á compatriotas que, á pesar de su saber no podrían en determinados respectos ser superiores al profesor que se traiga de fuera. Así es que entre nosotros,

las lenguas modernas y el derecho extranjero permanecen, en la Universidad en manos de profesores llevados del país de esas lenguas y de ese derecho.

Ahora que hablo de lenguas vivas, aprovecho esta oportunidad para contestar á una crítica formulada contra nuestros estudiantes actuales. Se les censura de que no pueden seguir un curso, convenientemente, en la lengua extranjera en que ese curso se lee. Es cierto. No se hallan bastante preparados para hacerlo hoy, como lo hacían al principio de nuestra Universidad. Todo tiene su lado bueno y malo: aquel inconveniente ha sido el lado malo de la posesión de las cátedras por nuestros compatriotas. ¿Pero puede asegurarse con sinceridad que actualmente nuestros alumnos de Universidad saben menos inglés, francés ó alemán que los alumnos de las Universidades europeas? No, seguramente. Aquella censura es, pues, en mi concepto, un reproche un tanto gratuito. Nuestros actuales estudiantes están, por lo menos, en cuanto al conocimiento de lenguas vivas, al mismo nivel que sus camaradas occidentales, sobre todo, desde el punto de vista práctico.

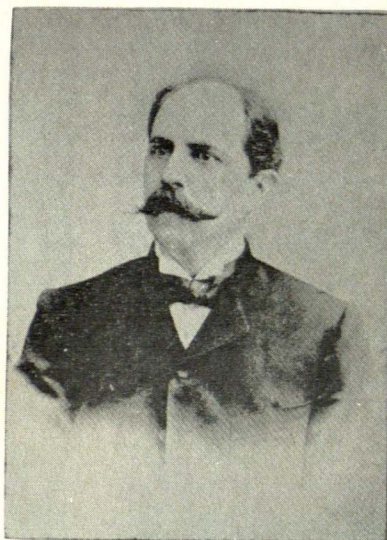
II

Antes se creía en Europa, y es probable que todavía se crea, que los orientales no sabríamos abordar de una manera eficaz el estudio tan delicado de las matemáticas. Esto es un error. Mucho antes de nuestra Restauración de 1868, esta ciencia se había cultivado entre nosotros á tal grado, que no deja de ser interesante una ojeada sobre las viejas matemáticas de Oriente.

Chinos y japoneses conocían desde tiempo atrás la elipse y la parábola, así como sus propiedades, bien que, es preciso decirlo, ignoraban la hipérbola. Estábamos, pues, preparados para el estudio de las matemáticas occidentales; lo hemos hecho, para adquirir bien todos los conocimientos á los cuales sirven de base, y ya hoy les debemos algunos nombres. Entre otros podemos citar el del profesor Fujisawa, quien después de haber estudiado en Alemania, con Kronecker y Weierstrass, á los cuales dejó muy satisfechos, fue, á su regreso al Japón, llamado para desempeñar una cáte-



Doctor Luis Razetti
Secretario perpetuo



Doctor Eduardo Fernández
Bibliotecario perpetuo

dra en la Universidad. Ha publicado una obra sobre el tesgema de la multiplicación de las funciones elípticas, y ha sido el Delegado oficial del Japón, en el Congreso de Matemáticos reunido en París en 1900, y, en el cual presentó ante sus colegas, á quienes interesó bastante, una comunicación muy documentada, relativa á las antiguas matemáticas del Japón.

Nagaoka, profesor de física en la Universidad de Tokio, ha estudiado particularmente la magnetostricción, ó sea, las relaciones entre la magnetización y la torción. Todos los sabios del mundo le reconocen en esta materia una competencia tal, que, cuando la Exposición de París de 1900, lo invitaron de Francia á venir al Congreso de Física y dar en él una conferencia sobre el asunto: sus explicaciones merecieron el sufragio unánime del auditorio.

Si hay una ciencia en la que el Japón debe marchar, por decirlo así, en vanguardia, es la seismología. Nada tiene de extraño que nuestro país, en el que los temblores de tierra son tan frecuentes, se haya ocupado especialmente de estos fenómenos terrestres. Fueron dos occidentales, Milne y Erving, quienes hicieron las primeras observaciones seismológicas interesantes en el Japón; pero obligados á volver á Inglaterra, tuvieron que abandonar sus investigaciones, y fue á Skiya, profesor en la Universidad de Tokio, á quien debimos la continuación de estos estudios. Imaginó instrumentos registradores de los fenómenos seísmicos y fue él quien por primera vez publicó gráficas demostrativas de los movimientos oscilatorios, señalando así á la simple vista la marcha de las ondulaciones seísmicas. La muerte prematura del profesor Skiya fue una pérdida no solamente para los estudios japoneses, sino para la ciencia misma. Sin embargo, la pena que ocasionó su desaparición fue atenuada, porque ha tenido un sucesor digno de él: el profesor Omori, que lo reemplazó en su cátedra, ha continuado los trabajos, y los ha complementado de tal manera, que las modificaciones aportadas por él á los diversos aparatos de su laborioso y sabio predecesor, han hecho de ellos instrumentos que excitan la admiración del mundo competente, y que le aseguran á su autor,

en los Congresos seismológicos, una autoridad indiscutible.

Las investigaciones químicas son las que más reclaman una aplicación de todos los instantes; también la química ha atraído la atención de nuestros compatriotas, quienes por su perseverancia en el trabajo, en los laboratorios extranjeros adonde han ido á perfeccionar sus conocimientos, han interesado á maestros y discípulos. El profesor Yoshida, de la Universidad de Kyoto, ha hecho estudios muy serios sobre la laca (*urushi*, en japonés). A consecuencia de sus descubrimientos sobre las propiedades químicas de esta materia, el nombre de ácido urúsico ó simplemente *urusol*, ha entrado en el dominio científico. Debo agregar que el profesor Yoshida ha hecho varios viajes á China, con el objeto de estudiar el cultivo del árbol de laca y la curiosa fabricación de ésta. Hasta ha ensayado con la laca una curiosa experiencia: servirse de ella, para preservar á los buques de las conchas marinas que, al cubrirlos, disminuyen su velocidad. Se esperan resultados satisfactorios de este ensayo.

La conquista de la isla de Formosa nos ha puesto en posesión de un número considerable de árboles de alcanfor. Tratamos de encontrar un método más moderno y más racional de preparar este producto. Este estudio se debe á Shimoyana, profesor de farmacia en la Universidad de Tokio, y, gracias á sus trabajos, podemos hoy ofrecer alcanfor al comercio en condiciones sumamente ventajosas. También se ha comprendido entre nosotros el papel de primer orden que desempeña actualmente en la industria el índigo, y nos hemos dedicado á su cultivo: otro profesor de farmacia de la Universidad de Tokio, Nagai, ha obtenido un nuevo procedimiento de fabricación que nos permite dar abasto al consumo interior y consagrarnos á su exportación.

La guerra actual ha hecho conocer en Europa dos nombres de inventores japoneses: desde luego el de Shimosé, ingeniero del Ministerio de la Marina, que ha hallado esa pólvora japonesa de la que tanto se han ocupado los periódicos franceses. Shimosé, como el gran químico francés Víctor Regnault, ha sido varias veces víctima de sus experimentos. El segundo inventor

es Myamara, á quien la marina japonesa le debe una caldera tubular en servicio hoy en muchos navíos.

La Medicina nos ofrece el nombre del sabio japonés más conocido en el extranjero: el doctor Kitasato, cuyos trabajos bacteriológicos han tenido en todas partes tan grande resonancia. Me parece inútil recordar sus investigaciones sobre el tétanos y el suero del caballo, así como su colaboración en los trabajos de su compatriota Aoyama sobre la peste. El kakké ó *beriberi* es una enfermedad reinante en el Japón; su estudio ha sido hecho por los doctores Miura y Yamagiriwa, ambos profesores en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tokio. El doctor Shiga, también profesor allí, ha trabajado sobre la disenteria, y su teoría absolutamente nueva ha sido admirada en Alemania.

La antropología de los *aínos*, esa raza particular de la isla de Yezo, ha originado los hermosos trabajos del profesor Koganei.

El Japón es particularmente conocido por la riqueza de su flora, y por los gustos hortícolas de sus habitantes: la Botánica debía, pues, tentar á los japoneses, y uno de ellos, Hirasé, con gran admiración del mundo sabio, ha dado sobre la fecundación y la ambriogénesis del *Ginkyo-bíbola* nociones que, en opinión de los botánicos, harán época.

La seda forma la más importante de nuestras industrias. Nos hemos ocupado también, racional y científicamente, del gusano de seda, y el profesor Sassaki, de la Universidad de Tokio, ha llegado á observar la enfermedad especial de este insecto tan útil para nuestra economía, y á tratarla de una manera eficaz.

La tortuga de mar y las esponjas han sido también objeto de trabajos particulares de dos de nuestros profesores, Mitsu-kuri é Ijima, de la Universidad de Tokio; y aun citaré para la zoología un hecho muy interesante: el profesor Watasé había estudiado en los Estados Unidos, en donde llegó á ser profesor adjunto de la Universidad. Allí se le apreciaba tanto, que se quiso retenerle cuando fue llamado al Japón, y no fue sino por una orden categórica de nuestro gobierno como pudo regresar al país.



Doctor Bernardo Herrera Vegas
Tesorero



Doctor Juan de Dios Villegas Ruiz
Secretario Anual

Fuera de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, y de sus aplicaciones, mencionaré el nombre de un arquitecto, Ito, profesor en la Universidad de Tokio, quien ha estudiado con minuciosidad nuestra antigua arquitectura, y después de varios viajes á China y á Corea ha publicado una obra que interesaría en alto grado á los arquitectos y arqueólogos occidentales.

La filosofía ha tenido entre nosotros un representante cuyo nombre ha sido citado en varios periódicos y revistas francesas, con motivo de sus entrevistas: el profesor Inooné Tetsujiro.

En cuanto á nuestros trabajos sobre Derecho, no soy yo quien deba hablar; pero me permitirá observar que el tratado de *Derecho Internacional público* de Henry Bonfils, revisado por Fauchille, da en más de un asunto las opiniones y los comentarios de los juristas japoneses, entre otros los de Ariga.

Los occidentales, que han podido darse cuenta de nuestro progreso actual, sea por viajes á nuestro país, ó bien por documentos que suministran regularmente nuestro gobierno y nuestras asociaciones, ya, en fin, por relaciones personales con algunos de nuestros compatriotas, pueden certificar que no desmerecemos tanto de esta ciencia de la cual somos deudores al Occidente, y en mucha parte á la Francia, á la cual me hago un deber,—como estudiante de lengua francesa, según decimos en el Japón,—y como japonés mismo, en presentarle públicamente mi más sincera gratitud.

III

Para formar tales hombres, hemos necesitado una enseñanza superior que, ciertamente, presenta todavía numerosas lagunas; pero que, si se quiere observar á través de un prisma benevolente, pienso que dejará una impresión poco desventajosa.

En primer lugar, veamos el camino que debe recorrer un japonés para ser admitido en la Universidad. (1)

(1) Actualmente tenemos dos (2) Universidades: la de Tokio, primera en fecha é importancia, y la de Kyoto, completamente reciente, pero que marcha á satisfacción.

A la edad de seis años, en general entra en una de nuestras escuelas primarias ordinarias, en las que la enseñanza es obligatoria durante cuatro años; al salir de esta escuela, va á la escuela primaria superior, en donde los estudios son también de cuatro años; pero pasados dos ó tres en este establecimiento, puede presentarse á exámenes de admisión en los liceos. Estos son actualmente más de 150 en todo el Imperio; la enseñanza dura en ellos cinco años, y allí es donde comienza el estudio de una lengua viva, casi siempre el inglés. Realmente, no hay sino uno ó dos liceos en donde pueda aprenderse alemán; no hay ninguno en que se enseñe francés; de manera que, es imposible por decirlo así, á un estudiante de Universidad entrar á una facultad cualquiera con el conocimiento preciso de la lengua francesa. Los que la poseen es porque la han estudiado en la Escuela de la Estrella Matutina, que ha sido erigida en liceo privado hace solamente cuatro años. Los autores de publicaciones recientes, que han creído poder decir que se estudia francés desde la enseñanza secundaria, han cometido un error, acaso por el hecho de que esta lengua se enseñaba antes, hará quince ó veinte años, en algunos establecimientos preparatorios, adjuntos á escuelas superiores especiales.

Una vez terminados los cursos del liceo, el joven estudiante japonés es admitido en el liceo superior, especie de escuela preparatoria á la Universidad, en donde cada alumno escoge la Facultad que desea seguir.

Estos liceos superiores comprenden tres secciones. Primera: la sección para los candidatos á la Facultad de Derecho y á la de Letras; segunda: la sección para los que se destinan á las Facultades de Ciencias, Ingeniería y Agronomía; tercera: la que prepara á la Facultad de Medicina.

Como el número de estos establecimientos no es actualmente sino de ocho ó diez, y el de candidatos es, por término medio, de seis mil, para dos mil plazas próximamente, el concurso de admisión se hace muy difícil: á causa de esto, la opinión pública

reclama la fundación de nuevos liceos superiores. Los estudios duran en ellos tres años y entre ellos figura el de otra lengua viva, el alemán ó el francés, ya que, generalmente, los alumnos han estudiado inglés desde los bancos de la escuela. Se comprende que durante los tres años que pasan en el liceo superior, los alumnos no adquieren un gran conocimiento de esta segunda lengua, tanto menos cuanto que tienen que estudiar otras materias. Para ellos, á la verdad, esta lengua es á menudo accesoria y, como todo accesorio, más ó menos apreciable.

Es, por fin, cuando sale del liceo superior, que el joven estudiante entra en una de las Facultades de la Universidad, y ello sin examen, salvo el caso en que se presentasen muchas demandas de admisión para la dicha Facultad.

Veamos ahora cada una de nuestras dos Universidades.

La fundación de una Universidad en el Japón data de 1876. Se instaló en Tokio, con el nombre de Universidad de Tokio; luego, con el de Universidad Imperial, en 1887, y por fin, Universidad Imperial de Tokio, en 1897, cuando la creación de la de Kioto.

La Universidad de Tokio comprende: el Daigakuin ó Universidad propiamente dicha, y seis Facultades: Derecho, Letras, Ciencias, Ingeniería, Medicina y Agronomía.

Cada una de estas Facultades se organiza en Institutos, así:

1ª *Facultad de Derecho*. (4 años de estudios):

Instituto de Derecho.

» de Ciencias Políticas.

2ª *Facultad de Medicina*. (4 años de estudios):

Instituto de Medicina.

» de Farmacia.

3ª *Facultad de Ingeniería*. (3 años de estudios):

Instituto de Puentes y Calzadas.

» de Mecánica aplicada.

» de Ingeniería Marítima.

» de Armas de fuego.

» de Electricidad aplicada.

- » de Arquitectura.
- » de Química aplicada.
- » de Pólvora.
- » de Minas y Metalurgia.

4ª Facultad de Letras. (3 años de estudios):

- Instituto de Filosofía.
- » de Literatura japonesa.
- » de Literatura china.
- » de Literatura inglesa.
- » de Literatura francesa.
- » de Literatura alemana.
- » de Historia del Japón.
- » de Historia.
- » de Filología.

5ª Facultad de Ciencias. (3 años de estudios):

- Instituto de Matemáticas.
- » de Astronomía.
- » de Física.
- » de Química.
- » de Zoología.
- » de Botánica.
- » de Mineralogía.

6ª Facultad de Agronomía. (3 años de estudios):

- Instituto de Agricultura.
- » de Química agrícola.
- » de Florestas.
- » de Veterinaria.

Los estudiantes reciben, al salir de sus Facultades respectivas, el título de *Gakoushi*, correspondiente al de Licenciado, y así el de *Hōgakoushi* (en Derecho), *Igakoushi* (en Medicina), etc.

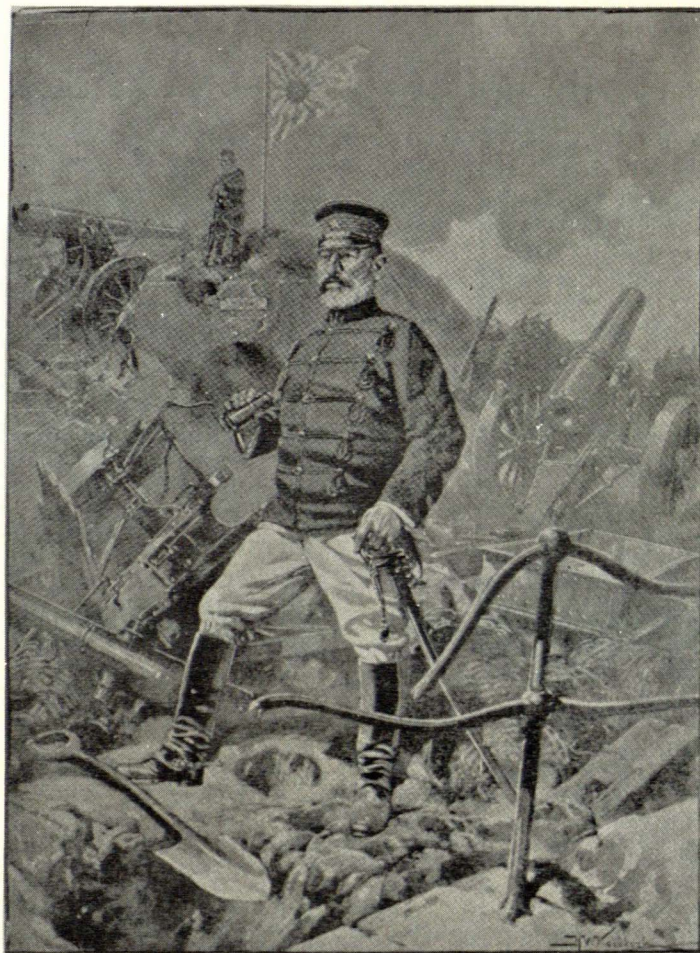
Después de haber concluido los cursos de una Facultad, se puede ser admitido en el Daigakouin ó Universidad propiamente dicha. En él no hay cursos especiales; los estudiantes pueden seguir allí profundizando sus estudios y al cabo de cinco años presentar una tesis, que puede hacerles alcanzar del Ministro de Instrucción Pública el título de *Hakoushi*; esto es *Hōgakouhakoushi*, para los de Derecho; *Igakouhakoushi*, para los de Medicina. Este título de *Hakoushi* puede conferírsele también á personas que, aunque no hayan pasado por la Universidad, presenten una tesis aprobada por los consejeros de ella.

El número de los que han terminado sus estudios es, hasta ahora, de 5.000, y la primera generación salió en 1878. Estos hombres ocupan hoy, la mayor parte, altas situaciones en el Gobierno y en nuestras empresas particulares. Muchos de ellos han sido, después de concluidos sus estudios, enviados á Europa ó á Norte América, á complementar sus conocimientos, y son los que, á su regreso, han reemplazado gradualmente á los profesores extranjeros que habíamos llamado al principio, y que eran más de sesenta.

La Universidad de Tokio contaba, para 1903-1904, cerca de 3.500 alumnos, y posee los establecimientos siguientes: una biblioteca que contiene más de 500.000 volúmenes, un hospital, un observatorio astronómico, encargado de la redacción de un almanaque, un jardín botánico, una estación biológica marítima, una selva.

Los trabajos de los profesores y de los antiguos alumnos se publican en boletines de las Facultades. Hasta ahora han aparecido:

5 volúmenes de la Facultad de Medicina,



GENERAL NOGAI: Comandante en Jefe del Ejército Japonés que ocupó á Puerto Arturo

con el título de *Trabajos de la Facultad de Medicina* (en alemán).

1 volumen de la Facultad de Ingeniería: *Diario del Colegio de Ingenieros* (en inglés).

3 volúmenes de la misma facultad: *Boletines del Colegio de Ingenieros* (en inglés).

3 volúmenes de la Facultad de Letras: *Memorias del Colegio de Literatura* (en inglés).

17 volúmenes de la Facultad de Ciencias: *Diario del Colegio de Ciencias* (en inglés).

5 volúmenes de la Facultad de Agronomía: *Boletines del Colegio de Agricultura* (en inglés).

Pasemos ahora á la segunda Universidad.

Esta Universidad Imperial de Kioto, fundada, como lo he dicho, en 1897, comprende Daigakouin ó Universidad propiamente dicha, y tres Facultades, organizadas también en Institutos:

Facultad de Derecho. (3 años de estudios):

- Instituto de Derecho.
- » de Ciencias Políticas.

Facultad de Medicina. (4 años de estudios).

- Instituto de Medicina.

Facultad de Ciencias y de Ingeniería. (3 años de estudios).

- Instituto de Matemáticas.
- » de Física.
- » de Química teórica.
- » de Química aplicada.
- » de Puentes y Calzadas.
- » de Mecánica aplicada.
- » de Electricidad aplicada.
- » de Minas y Metalurgia.

Dentro de poco va á crearse una Facultad de Letras.

Esta Universidad confiere los mismos títulos que la de Tokio. No cuenta todavía sino 200 alumnos. La biblioteca es muy rica en antiguos libros japoneses, porque Kyoto fue, antes de la Restauración de 1868, la verdadera capital de nuestro país. La Universidad se prepara para comenzar la publicación de boletines y diarios análogos á los de las diversas Facultades de la Universidad de Tokio.

Hé ahí, esbozadas rápidamente, las dos Universidades que poseemos, fuera de que para la enseñanza superior contamos con diversas escuelas técnicas: la Escuela Militar y la Escuela Superior de Guerra, la Escuela Naval y la Escuela Superior de Marina, dos altas Escuelas Comerciales, cuatro, Escuelas Superiores técnicas, la Escuela Normal Superior de niñas, establecimiento en los cuales se puede ser admitido,—salvo dos ó tres,—al salir de los liceos. Permítome citar aún: la Escuela de Bellas Artes, la Escuela de Lenguas extranjeras, dos escuelas normales superiores, etc., etc.

En la organización de estos estudios hay una gran diferencia entre las Universidades de Tokio y de Kyoto. En Tokio, si un estudiante no puede pasar con éxito el examen de todos los cursos, al fin de cada año escolar, está obligado á doblar todos los cursos de ese año, como sucede en Francia en la enseñanza secundaria.

En Kyoto, por el contrario, no hay, al fin del año escolar, examen general obligatorio; se le permite al estudiante arreglar á su gusto el orden de sus exámenes y presentarse á los del curso que crea conocer bien. Si por desgracia fracasa en una de estas pruebas, no tiene sino volverse á presentar el año siguiente, sin necesidad de doblar las otras materias. No sabemos cual sistema sea mejor: actualmente se estudia el asunto, y se resolverá lo más ventajoso, tanto para los estudios como para los estudiantes.

K. MIRVA.

Profesor de la Universidad de Kyoto

¡SALVE!

"Los demonios creen."
San Jacobo.

Como el opaco, impenetrable velo
De la lóbrega noche, en un instante
Corta fugaz, iluminando el cielo,
Con gran furor un bóldo radiante,

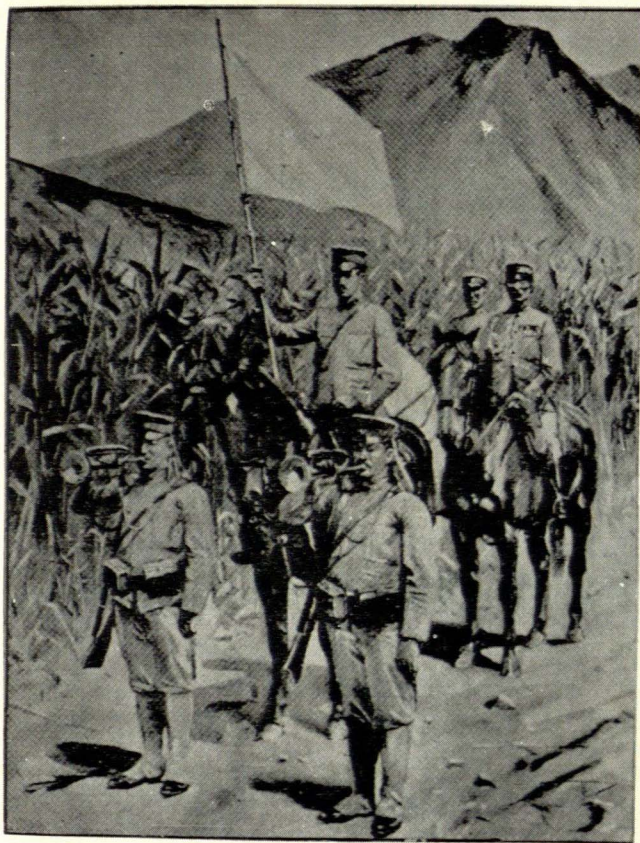
*

Tu nombre así al oír, dulce María,
Pues su excelsa virtud á tanto alcanza;
Ráfagas dando del color del día
Cruza por el Infierno la Esperanza:

*

Y ante la luz que resplande y se derrama
Y un momento á su faz apenas brilla,
Absorto: "¡Salve!" Satanás exclama,
Depone el cetro y dobla la rodilla.

FELIPE TEJERA.



Presentación del Mensaje del Mikado al General Stoessel, intimándole la rendición de Puerto Arturo



Batalla de Liao-Yang: Una formidable defensa rusa

GUERRA RUSO-JAPONESA

DE LOS POETAS

A Javier Acosta.

La poesía, el arte, son manifestaciones de la vida. Los poetas, los artistas, reflejarán en sus obras los ideales, ó la carencia de ideales de los hombres de su época; los sentimientos y las convicciones, las ansiedades y las luchas en que toman parte y que han vivido. No puede exigírseles tarea más fuerte; sería injusto obligarlos á ocupar la cátedra del filósofo y del moralista.

En verdad que, á la manera del agua de las cisternas, los poetas cumplen su misión siempre que reflejen en las ondas de sus imágenes las sombras de las cosas que pasan... Se ha dicho que embellecen los objetos al mover en su mente sus símbolos ó representaciones; así lo ha sostenido el mundo y, por lo mismo, ha juzgado laudable trabajo la prolongación del ensueño y buena la existencia de los enlaidadores; si con sus homenajes los alienta, con placer los aplaude en los jardines decorativos. Son flores pomposas que no hacen mal efecto en las fiestas galantes. Su mismo perfume enervador, y en veces venenoso, suele ser agradable. Se les considera la gracia de la tierra; sin ellos el mundo sería una morada bastante fastidiosa.

Un amigo mío, doctor laureado en una universidad alemana, donde estudió mucho latín y suficiente griego, profesa opiniones excepcionales sobre la bondad de los poetas modernos: para él, sólo los clásicos han tenido y tienen razón de exis-

tir, porque en sus versos celebraron ideales de indole universal y desinteresada; porque agruparon multitudes á su alrededor para adoctrinarlas y conducir las luego á la conquista de un objeto interesante y útil á las naciones; porque cantaban lo que sentían los pueblos, y no lo que amaban individuos aislados, indiferentes á los lazos que atan á la humanidad, á la patria y á la familia.

Los poetas actuales—siguen los pareceres de mi camarada el doctoralemán—son supremamente egoístas; ponen en ruina sus voluptuosidades y sus pensamientos tristes; buscan sus regocijos en lo ambiguo, y no sienten nada de lo que siente el inmenso número de sus hermanos. Toca cada pastor su castruera delante de su fuente encantada, sin que el rebaño perciba la armonía de sus notas.

En general, considero que la casta de los poetas se opone al nacimiento del sobrehumano y á la felicidad de las tribus.

Los sembradores de visiones han sido nocivos á la especie. Nos han hecho un flaco servicio al ensanchar el campo de la fantasía y del ensueño; nos han obligado á mirar hacia atrás y hacia adelante en vez de permanecer con la vista clavada en el punto que pisan nuestras plantas. Nos mostraron la amplitud de lo ideal y lo estrecho del circuito sensible y positivo, único centro en que hubiera debido agitarse el hombre siendo leal al espíritu de la tierra. Han dejado entrever al resto de los mortales demasiadas escalas luminosas por donde nadie subirá á las regiones que placenteramente señalan. Suprima usted lo que la ficción

poética ha puesto en las cosas del Universo, y verá resuelto el problema de la vida por modo apacible y piadoso. Toda la tierra parecería bañada en adorable encanto. Quite usted el ensueño de las almas, y verá á la especie venturosa dentro de las aguas bajas de lo mediocre, y una ironía mirífica retozará en nuestros labios, y, libres nosotros de desasosiegos espirituales, no tendríamos un grano de locura y de desequilibrio. Suprima la imaginación, madre auténtica del ideal y de la desgracia, y desaparecerán los desadaptados, los incompletos y los inactuales. Las virtudes serán igualmente estimables y fecundas; las fronteras del bien y del mal quedarán por siempre señaladas.

El primero que creó un mito, un símbolo; el primero que forjó un mundo y una vida mejores que las existentes en ese momento, debió ser castigado por la naturaleza, cuya calma é inocencia perturbaba de tal manera. Y así acaeció, si hemos de creer á Moisés, quien nos cuenta cómo fueron maldecidos por el Omnipotente los moradores del Paraíso por permitir la germinación del principio del deseo, que iba á dar pábulo á toda suerte de infortunios. El demonio fue en aquella ocasión un espíritu poético, la primera facultad imaginativa y soñadora que apareció sobre la haz de la tierra. Los poetas, coaligados con los filósofos—otra detestable ralea—inventaron la ficción, fuente de nuestras tristezas y desencantos. Sacaron de su órbita apacible al hombre, un buen animal que no deliraba, para lanzarlo en el camino

del sueño, de la locura, de la incertidumbre infinita. Inventaron aquéllos las palabras profundas, los signos poderosos que representan nociones abstractas, correspondientes á cosas contradictorias al sentido de la vida. Libros voluminosos hay, llenos de sus principios y de sus sentencias.

Un pueblo sin hombres de imaginación sería perfectamente feliz, porque no existiría la mentira, progenitora de tantos males. Los machos labraban pacientemente la tierra, como los toros que mugen con dulzura al arrastrar el arado. Las hembras hilarían en la puerta de sus fábricas de barro sin atormentarse por el amor desconocido. Esta simplicidad tolstoyiana de la existencia parece deliciosa. "La naturaleza les daría—que dice D'Annunzio—su sinceridad clemente." Por desgracia tenemos que aceptar la dirección que imprimen á nuestro Universo sublunar los que *imaginan*, los cuales, usted lo sabe, son muchos, son todos los propagadores de imágenes y de ficciones, hasta el que ingerta dos crisantemos para obtener una floración monstruosa.

Platón, el soñador desastroso de la roca de Egina, propuso que se pudiese á los poetas en las fronteras, coronándolos previamente de rosas. ¡Siempre saldrán de la propia tribu nuestros mayores enemigos! Desterrados de Atenas, no habrían conseguido asilo en Esparta, donde no se conocieron sus artes, por lo cual fue modelo de salud y fuerza, y tan venturosa nación, que apenas se la recuerda por la salsa, los gimnasios y el laconismo. Pueblo fue este bien aventurado, que no aparece culpable de haber extendido las volutas del ensueño; que no dejó un mármol, ni un poema. Un Estado sin hombres de imaginación, se libraría de políticos perversos; de ambiciosos desvelados; de jurisprudentes que despojaran viudas; de tiranos hipócritas; de asesinos que rebosaran malicia; de decadencias literarias.

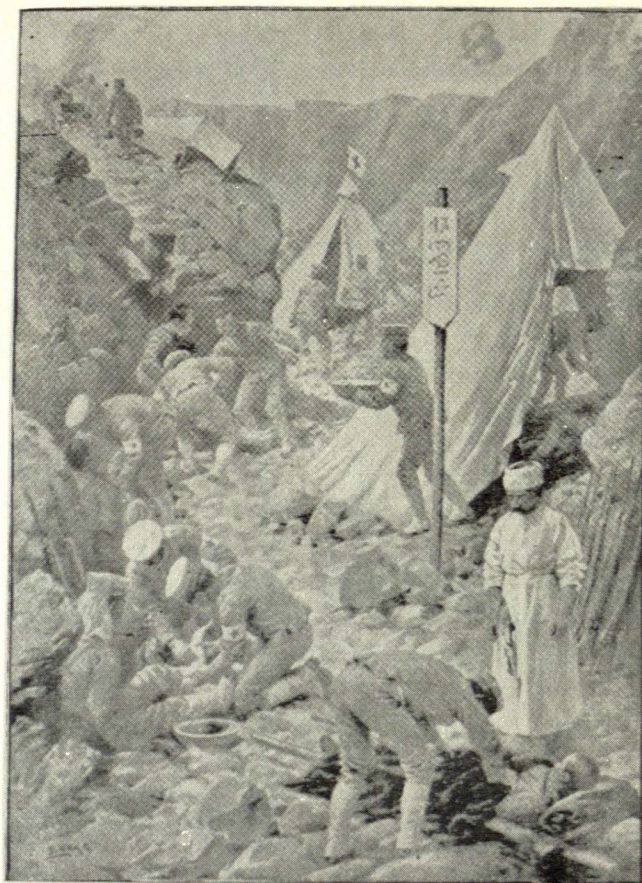
«Los poetas mienten demasiado—ha dicho Zarathustra—*nosotros* mentimos demasiado.» Qué de embustes forjados por ellos acusan aún á la humanidad escalofríos angustiosos! Baste decir que al primer déspota lo arrulló en la cuna un poeta con sus cantos.

Creó el vate los primeros símbolos, y en seguida los oyentes ó lectores empezaron á revolverlos en su imaginación para exprimirles nuevos sentidos. No se contentaron con la noción primitiva de la palabra: quisieron que simbolizara, que envolviera distintos conceptos, que se transformase en la metáfora. El juego era bastante agradable para aquellos niños que tan pocas distracciones conocían. En un color, en un matiz, pretendieron hallar la iniciación de nuevos matices; en el ritmo sencillo, las complica-

ciones de la armonía; en la estatua, lo preciso y lo impreciso, lo que habla y lo que permanece silencioso.

Y vea usted de qué modo empezó para las almas la tortura antes ignorada bajo las tiendas humanas, la tortura de leer símbolos, de aclamar imágenes nebulosas, de comprender los signos de la ciencia sagrada y esotérica. Al despertar de su sueño de troglodita, de salvaje, la especie halló sus héroes, sus *representativos* que le explicaron con terror y misterio las expresiones de las cosas. Los grandes poemas de la palabra ó de la piedra fueron colosales y oscuros: Isaías desolado y formidable, á semejanza de la Esfinge; Homero, de un simbolismo más humano y luminoso que el de los profetas hebreos, desfila en el horizonte con las pirámides del desierto; los poetas del Ramayana y de los Vedas, surgen enfrente del Himalaya y del Ganges, dos símbolos poderosos de la tierra.

Las imágenes que usan los poetas de nuestros días se dirigen íntimamente á los espíritus; son dolorosas y pequeñas imágenes que no ostentan la robusta juventud de los mitos antiguos. Extintas las grandes ceremonias de un culto ingenuo y sano, los sacerdotes han venido á menos. Los símbolos de ahora son cortas parábolas que hacen verter sangre; metáforas sobrecitadas que punzan los nervios; impulsos hacia la originalidad gastada en este mundo tan viejo é incorregible. No se parecen á las opulentas mansiones levantadas en épocas de épica credulidad, son grutas encantadas y maleantes que habitan seres an-



El Servicio de la Ambulancia japonesa ante Puerto Arturo

sios y atediados; nidos de barro donde se graban jeroglíficos dolorosos, hormigueros atravesados por galerías que conducen siempre á un mismo punto.

Los medios de que se valen los poetas para hacernos contemplar la sombra de las cosas, la vestidura de sus visiones, son excesivamente crueles; sus procedimientos se encaminan á poner de manifiesto á los espíritus más que la realidad del objeto, su fantasma, que juzgan ser lo interesante. Es esto quizás el idealismo llevado al sumo grado. El poeta sugiere, y el lector sustituye. «Nosotros—observa el adorable France—le suministramos en qué frotar su imaginación»; y agrega: «Es horrible dar asidero á semejantes ejercicios; es practicar una profesión infame.» Por fortuna, el que no entiende se evita el trabajo de sustituir sus propias visiones á las del artista, lo cual le es saludable, porque el juego es dañoso para la energía que se debilita para otras tareas. Y hé aquí otro motivo para desear la proscripción del poeta de los dominios de las repúblicas enfermas.»

Calló mi amigo, y á su discurso contesté estas palabras:

Me parece que usted cabalga en la *borrica pesimista*. Observe qué belleza de tarde! El sol es un jeroglífico doloroso, una metáfora bañada en sangre.

MAX GRILLO.

VIA DOLOROSA

Á
JOSÉ AUSTRIA

Tragino por mi ruta
como un jaguar herido.....
llevo la piel hirsuta
y voy á paso breve,
jadeante.....no vencido.....

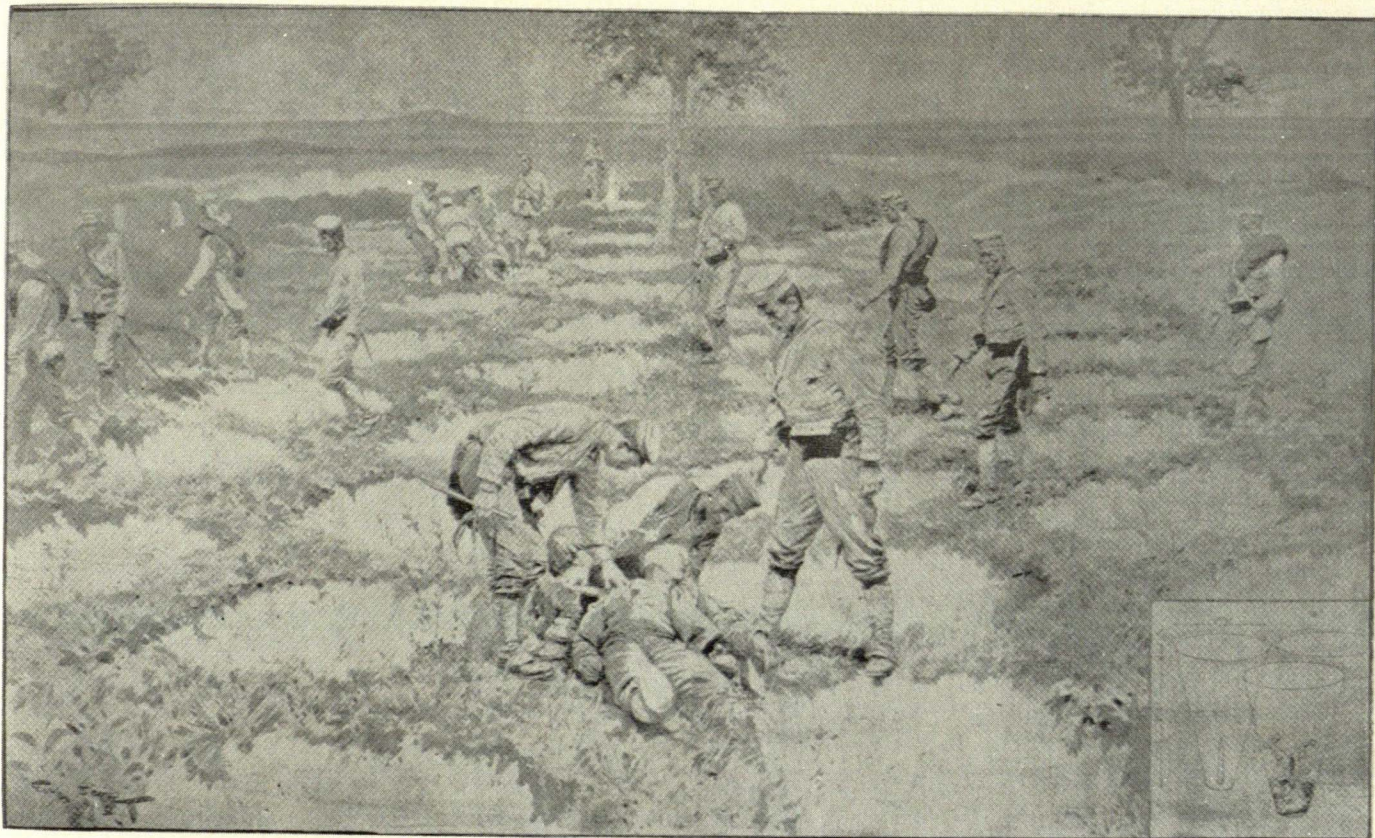
Mis ojos avisores
espían con fiereza.....
mis flancos agresores
son fuertes, y han crecido
entre la hostil maleza.....

Por la indócil vereda
me asaltan los leones.....
Yo triunfaré.....aún queda
odio en mi espíritu
y savia en mis pasiones.....

Mi garra es muy serena,
tengo el brazo aguerrido.....
y dejo entre la arena
las huellas de mi sangre,
como un jaguar herido.....

J. I. VARGAS VILA.

Nueva York.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Recolección de muertos y heridos en las fosas "trous-de-loup" abiertas para la defensa rusa de Liao-Yang

EL PEQUEÑO TOBIAS

Huyendo á los ventarrones de Catia la Mar, que soplaban de lleno sobre la casa, la familia cenaba en la abrigada galería, que era una pieza de paredes encaladas, de alto zócalo musco, rematado por ancha cenefa de colores vivos y chillones.

Allí, precedidos por el abuelo, un viejecillo manco, de los días de la epopeya, tomaban la sopa los hijos y los yernos, las hijas y las nueras, los nietos y las nietas. Todos comían el pan del abuelo, conquistado en su heroica mocedad, sin distingos odiosos que tornaren fosclos los semblantes de los yernos ó hiciesen suspirar hondamente á las nueras.

A todos sabía bien aquel pan, como que estaba sazonado con las sonrisas cariñosas del anciano. En silencio cada cual engullía su ración; mas, cuando llegaba su turno al café, como si el alma aromática de éste tirase de las lenguas, comenzaba la charla de sobremesa, iniciada siempre por la misma pregunta del anciano:

—¿Y qué se dice, hijos míos?

Y todos á la vez, profusamente, rompían á hablar. Se comentaban los dichos y los hechos de los grandes hombres de aquellos tiempos, tema predilecto de todo charloteo nacional. Como eran gentes simples y candidas, se escandalizaban con poco, se acaloraban á punto de que el abuelo tenía que intervenir para calmar los ánimos. Ya en razón y en paz, el abuelo buscaba en las cosas del pasado, la explicación á las del presente y oíanle todos con religioso silencio, pues que sus labios vertían, detalladamente, cosas que no estaban escritas en los libros, como decía el mismo anciano. Y éste, engolfándose en sus narraciones, terminaba por tratar de sus propias hazañas. Decía cómo había perdido aquel brazo en defensa de una

posición estratégica importante, hacia donde convergían los fuegos del enemigo y de la que pendía la esperanza salvadora de la Patria. Cuando hablaba de semejante asunto, el semblante de los hijos tomaba una expresión bélica, y respiraban penosamente como que si sus pechos necesitasen más y más aire; las hijas, trémulas, con los ojos empañados por las lágrimas, siseaban á sus chiquillos, quienes en los cálidos regazos maternos se revolvían y alzaban sus cabecitas somnolentes para mirar al abuelo, que hablaba enérgica y expresivamente desde un extremo de la mesa, agitando tristemente la manga vacía de su chaqueta, como poseído del numen patriótico. Luego, cuando el anciano, como ensimismado en la embriaguez que le causaba el vinillloañejo de sus recuerdos heroicos, apenas dejaba ya escapar aisladas frases, los oyentes, entre bostezo y bostezo, lo iban dejando solo.

Mas entre los nietos, en aquella última empolladura que calentaba y nutría el abuelo, se hallaba el pequeño Tobías, el más crecido y formal de todo el pipiolaje, aunque apenas si alcanzaba al canto de la mesa llegando á estar de pie. Ocupaba éste en la mesa el extremo opuesto al anciano, y cuando comenzaba la charla de los mayores, tomábale con frecuencia el sueño de su cuenta, pero cuando era el abuelo el que hablaba, sobre todo si hablaba de los tiempos viejos, se enderezaba en la silla, restregábase los ojos sin apartarlos del anciano, imitaba sus gestos y ademanes, y cuando la voz cascada y monótona de éste se hacía triste, casi opaca, narrando algún episodio doloroso, apretaba los labios, corrían las lágrimas por sus mejillas, ó amortiguaba sus sollozos dejando caer la cabeza sobre sus brazos acodados en la mesa. Al fin, también el sueño le rendía, pero aun en sueño continuaba oyendo al abuelo !

Unos tras otros se sucedían los años, y éstos encontraban siempre á Tobías en el extremo opuesto al abuelo, oyendo sus relatos, atragantado por las lágrimas, ahogando sus sollozos; mas, con ellos también el pequeño estiraba de piernas, anchaba de espaldas, prestaba más atención á las cosas del abuelo, comprendía mejor cuanto decía. Su alma de niño, se nutría á costa de la savia vieja; su corazón era un campo en flor. Ahora, cuando todos abandonaban al abuelo en el desbordamiento de su verbo generoso, el pequeño, sin pestañear, le hacía compañía, y llegaba hasta hacerle observaciones:

—¿Cómo, papá abuelo, pudo Bolívar libertarnos siendo todos los de aquí enemigos de la libertad?

—Hijo, decía el anciano, porque tenía fe en su empresa, y cuantos le oían creían en él y en lo justo de la causa que defendía!

—¿Y qué es fe, papá abuelo?

—Es la primera de las virtudes: es un testimonio que prestamos sobre hechos y cosas que ni vemos ni conocemos: es la absoluta convicción en el triunfo de nuestras ideas.

Otras veces era el abuelo, quien decía al nieto, á causa de tal ó cual fabulosa hazaña:

—Hijo, no te maravilles! Todo está en el comenzar; cuando llegues á ser hombre nunca te vuelvas atrás seguido que hayas un camino. La constancia, todo lo puede: maja el hierro, horada la peña.

—¿Y qué es la constancia?, inquiría el pequeño.

—Es, niño mío, la firmeza continua en nuestros propósitos y resoluciones.

Así llegó á zagalejo Tobías, siempre risueño y contento, pues que en su alma había muchas bellas cosas. En más de una ocasión, con asombro de sus camaradas, apartó de su boca la merienda para entregársela al mendigo, que con voz plañidera imploraba,

sin que nadie fuese á él. Sin parar en peligros, se lanzaba á levantar al que caía en medio de la calle. Los hombres—decía: “nos debemos los unos á los otros,” tal era la simiente que el abuelo había derramado á manos llenas en el jardín interior de su nieto.

Al fin llegó un día en el cual el abuelo dejó de ocupar su sitio en la mesa; se había encorvado tanto sobre la tierra, que la familia no encontró abrigo en su sombra, porque ésta se había confundido con su cuerpo en la fosa. Entonces, cada cual se estableció por su cuenta, llevándose junto con las miñorrias del escaso patrimonio, los recuerdos del buen señor. Pero entre todos, el más rico, no en dineros, sino en nobles máximas, era Tobías, merced á lo cual, conservaba su alma como cuando pequeño, cándida y buena.

Con sus veinte años á cuestas y su alma hermosa á Tobías parecía chico el mundo para esparcirse. Deseaba que la humanidad no tuviera sino una sola oreja para gritarle en provecho de ella:

—“Hé! por aquí, hermanos, es el camino más corto; la tierra de este lado es verde y lozana. Mirad hacia acá! Las flores son más lindas, los pájaros unos grandes cantores, los ríos deliciosos; la grama, la verde grama que alfombra las laderas, convida al sueño y á la paz.”

Con semejantes ideas, no es de extrañar que Tobías, cansado de gritar sin llegar á hacerse oír, se esforzara en hacerse comprender, como siempre aconteció á los hombres; pero como sólo hay dos medios para que nos entiendan: por el amor ó por los golpes, Tobías, creyendo haber agotado el primero, optó por el segundo, que entre nosotros equivale al de la guerra. Y se fué á la guerra junto con otros muchos, á quienes juzgaba poseídos por sus mismas ideas y estaban como él roncos de tanto gritar. Y fueron cinco años de lucha tenaz y cruel, porque estaban armados de fe y constancia. La sangre de nuestros hermanos, nuestra noble sangre, empapó nuestros campos, sin que por esto la tierra diese espigas rojas como manojos de corazones destrozados, sino odio y más odio . . . ! Después de tan inútil riego, los que sobrevivieron tornaron á sus casas, los unos, creyendo haber sido oídos, los otros, tan sordos como lo eran enantes.

Hé aquí que durante aquellos cinco años, Tobías no había pasado un solo día contento consigo mismo. Más de una vez se había visto obligado á tapar la boca al Tobías íntimo que llevaba encerrado dentro del pecho, que gritaba y se quejaba amargamente. En abierta contradicción con él, le amordazaba so pretexto de poder, andando el tiempo, llevar á la práctica sus bellas máximas. Sólo cuando algún golpe inesperado lo hundía de lo lindo, se acordaba de su prisionero, y acongojado, oía sus lamentaciones, pero tan luego como sus dolencias le abandonaban, cerraba sus oídos á las reconvenções del pequeño. No se acordaba, pues, de él, sino en raras ocasiones, tanto más lejanas cuanto más pasaban los años, y la vida se le hacía menos difícil.

La conquista del pan y los afanes de la vanidad, no daban lugar á desmordazar al pequeño Tobías, quien ya no se quejaba, ni se revolvió allá dentro, ni daba topetonazos anunciando su necesidad de expansión. Trabajo, mucho trabajo, hubiera costado á su dueño despertarlo del profundo sueño en que yacía. Así llegó el día en



EN EL MAR

¡Cómo fue triste nuestro adiós postrero!
A aquella noche inolvidable y fría,
su mano delicada entre la mía
temblaba como un mirlo prisionero!

—¿Para siempre?

—Tal vez! El infinito
de mi desgracia nos separa. Ruega
que sea feliz la barca del proscrito
que hacia las playas del Dolor navega.

Y quedé silencioso; con la vista
errabunda en el lúgubre paisaje,
y en mi mano un pañuelo de batista
con una orla de sutil encaje

¡Cuántas veces mi llanto la blancura
bañó de aquella prenda idolatrada!
¡Cuánto tiempo en la lóbrega llanura
tuve fija é inmóvil la mirada!

La noche estaba negra!
Y en los flancos
del viejo barco que en la mar corría,
la espuma de las olas parecía
sutil encaje de pañuelos blancos!

RAFAEL SILVA.

1904.

que los cabellos encanecieron y las arrugas comenzaron á trazar sus cabalísticos dibujos en la pelleja de don Tobías; su despena estaba atestada hasta el techo, para todo el resto de su vida había provisiones en abundancia; su vanidad á ratos llegaba á sentirse ahita; el mundo le había dado con exceso cuanto de bueno puede dar: nombre, dinero y fama. Don Tobías era acatado por los grandes, temido de los humildes; pasaba y se tenía por el hombre más feliz; nadie tocaba á su puerta para importunarle.

Ajeno á preocupaciones pasaba el tiempo bostezando y vigilando tenazmente la buena marcha de su digestión. Con frecuencia, á la hora de la siesta, acontecía que los bostezos aumentaban y el sueño, burlando su vigilancia, se apoderaba de él, proporcionándole algunos malos ratos. Y fué el caso que en cierta ocasión que no cabía de contento, se cerraron sus ojos al mismo tiempo que en su imaginación se reproducían los acontecimientos de sus primeros años. Y vió al abuelo, en medio de la familia, agitando la manga vacía de su chaqueta y hablando enérgica y expresivamente. Vió al pequeño Tobías, apretando los labios, atragantado por las lágrimas, ahogando sus so-

llozos al oír al anciano. Vió todas esas cosas y otras muchas, y sobre todo oía las súplicas, las amonestaciones del pequeño Tobías, que le arañaban, le roían, clamando justicia contra todas las pequeñas iniquidades con que había burlado, manchado, lo más bello y hermoso que existía en él. Y don Tobías, ante aquellas justas quejas y lamentos, llamó desesperadamente, pero el pequeño no acudía á sus voces é introduciendo la mano en lo más recóndito del pecho, encontró con espanto que el pequeño Tobías había desaparecido, que sólo existía allí un viejo corazón que funcionaba difícilmente, que regulaba á duras penas su vida. Lo que no es de extrañar, pues así nos acontece á los hombres: comenzamos por acallar con buenas maneras nuestro pequeño Tobías y terminamos por estrangularlo Pero lo mejor de todo, es que no sabemos cuándo !

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.





ESTADO FALCON: Campos de Cumarebo—(Fot. Avril)

OTRAS VIDAS

LA ÚLTIMA GUERRA

I

Tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución Cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz de la tierra; la Revolución Francesa, que, eminentemente justiciera, vino, á cercén de guillotina, á igualar derechos y cabezas, y la Revolución Socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la universalidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, desuerte que en adelante ya no pudo decirse sino: Antes de la Revolución Social; después de la Revolución Social. Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced á esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente á las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, á

saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza y del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario á decir verdad y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, á lo que se cuenta, la diferencia de las clases y mucho temeríamos fatigar la paciencia del lector, enumerándolas. Sólo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transtereolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado á la trofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían á sus domicilios en pequeños carros eléctricos, especiales, usando de ellos para cualquier translación personal. La Revolución Social había empero cambiado de talsuerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (ó sea cinco mil quinientos treinta y dos

de la era cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución Social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad la Revolución Francesa la preparó; fué el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades, que empezó con la Revolución Cristiana; pero hasta el siglo diez y nueve de la vieja era, empezó á definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la era cristiana mil novecientos cincuenta, murió el último rey, un rey del extremo oriente, visto como una positiva curiosidad por los hombres de aquel tiempo. Europa, que según la predicción de un gran capitán (á decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo veinte (post J. C.) «tendría que ser republicana ó cosaca», se convirtió, en efecto, en el año de mil novecientos catorce, en los «Estados Unidos de Europa», Federación creada á imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante y que en aquel entonces ejercían en los destinos del viejo continente una influencia omnimoda).

II

Pero no divaguemos: ya hemos usado

más de tres cilindros de fonotelerradió-grafo en pensar estas reminiscencias (1), y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad incommovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes, se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero ya expresivo y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende: los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la «élite», como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien, la «élite», el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales, llamados «inferior».

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad, era completa; pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos ó tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación de pastillas é inyecciones de jugos), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, ó sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo á que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros á los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolución Francesa, las mismas que ocasionaron la Revolución Social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia á la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la as-

piración á lo mejor, latente en el alma de todos los seres....

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución Francesa. Obligábalos á desempeñar tareas relativamente rudas, es cierto; porque él, por la excelencia de su naturaleza, se dedicaba de preferencia á la contemplación; mas un intercambio noble y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella pugna que iba á hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más pintoresca, si vale la palabra, de los hechos que precedieron á la revolución, á la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos á hacerlos asistir á una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo diez y nueve, llamado Eliseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos en el que éstos se reunían los días de fiesta, y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de agosto de cinco mil quinientos treinta y dos, la asamblea en cuestión.

Presidia Equus Robertis, un caballo muy hermoso por cierto, y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced á transmisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían sólo á aquéllos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos éstos ya hoy en desuso, por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

«Mis queridos hermanos, empezó Can Canis:

«La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta y hasta su huella desaparecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos á serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el

albor de los milenios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas virgenes y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah! todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgánico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aún de llamas á la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor, en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba á la pereza y á la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejido de algas y de madreporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La Luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio y á su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius, el auroch erguía su bosque de cuernos graciosos entre las breñas, y el mamut contemplaba el perfil de las montañas, que le fingían el dorso de un compañero gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo....

«¡Cuán felices fueron nuestros padres en el indo caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño!... ¡Cuán felices!... A sus rugidos, á sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas.... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que más frecuentemente que los otros se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y misteriosa que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantesco exterminarlos para siempre!... y de hecho, ¡cuántas veces, cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mamuts, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbré y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; ó bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraban al campamento y se ofrecían un festín de suculencia memorable.... A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban, y un día, día nefasto para nosotros, á un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de

[1] Las vibraciones del cerebro al pensar, se comunicaban directamente á un registrador especial que á su vez las transmitía á su destino. Hoy se ha reformado por completo este aparato.



CHIVERA EN LOS CAMPOS DE CORO: Fot. Avril

árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fué su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza...

«¿A qué recordar nuestros largos milenios de esclavitud, de dolor y de muerte?... el hombre, no contento con condenarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley, y a través de los siglos algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que á veces flameaba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, á quien un sabio llamaba en el siglo dieciocho (post J. C.) «un candidato a la humanidad», del caballo, del elefante ó del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro sér, hasta que, pasados siglos y siglos, flore-

ció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que ya no había brutos sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos, Dios pronunció un «fiat», et homo factus fuit».

«No vió el hombre con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubo de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optó por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama á participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos... y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo

la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra»....

Así habló Can Canis y éste fué, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

v

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del radium utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los proyectiles inyectores de microbios, los choques telepáticos... todos los factores de combate de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre....

Los hombres, á pesar de su astucia, fueron sorprendidos en todos los ámbitos del planeta, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime,

tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo....

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían á las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que á diario utilizaban sus secretos; ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos.... Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire.... La humanidad estuvo á punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó á creerse seguro (quién sabe si lo será aún).... y á la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonoteleradiógrafo estas líneas que no sé si concluiré, estas líneas incoherentes que quizá mañana constituirán un utilísimo pedazo de historia.... para los humanizados del porvenir, apenas si quedamos sobre el haz del planeta unos cuantos centenares de hombres, ignorantes de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fué nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número y á pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que no hace más que aumentar la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados á morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos espirituales nos lleve otra vez, á pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados.... Estaba escrito así.... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo.... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que á su vez fué arrollada por la invasión negra, y así de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto á los límites de la historia.... Su misión era desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más.... ¿Quién podía sustituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él?... Los primeros animales humanizados.... á los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos.... Vengan, pues, en horabuena; á nosotros, llegados á la divina serenidad de los espíritus completos y perfectos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, á su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto á nuevas razas que hoy fermentan en el seno oscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo é impenetrable.... Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga dulcemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro, girando alrededor de una estrella de la Constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades.... para que todo recomience!

AMADO NERVO.



ANTE PUERTO-ARTURO: Un soldado ruso socorriendo á un oficial japonés

EL HILO

La taberna en el arrabal de Caracas, está llena de parroquianos. Todos beben y fuman. Beben un licor verde y denso, una mistura hecha de corteza de naranja y alcohol, un breva-je diabólico que les incendia el alma y les puebla el cerebro de una flora fantástica.

En la sala de la taberna, alumbrada por una lámpara de petróleo, el humo del tabaco finge una inmóvil neblina gris. A través de la neblina se miran los rostros abotagados y adiposos. El dueño de la taberna, un hombre obeso, mira con ojos estúpidos su infame comercio. Hacia un extremo del mostrador una muchacha flacucha, tal vez su hija, fríe en una sartén entrañas de animales. Los borrachos discuten con ardor. Uno de ellos, á quien apellidan *el doctor*, poseído de una extraña elocuencia, toma la palabra.

Señores—dice—A Venezuela la devoran dos cosas: el hambre y la guerra. Acabemos con el hambre y con la guerra. Yo tengo en mis manos el hilo para coser las heridas de la patria.....

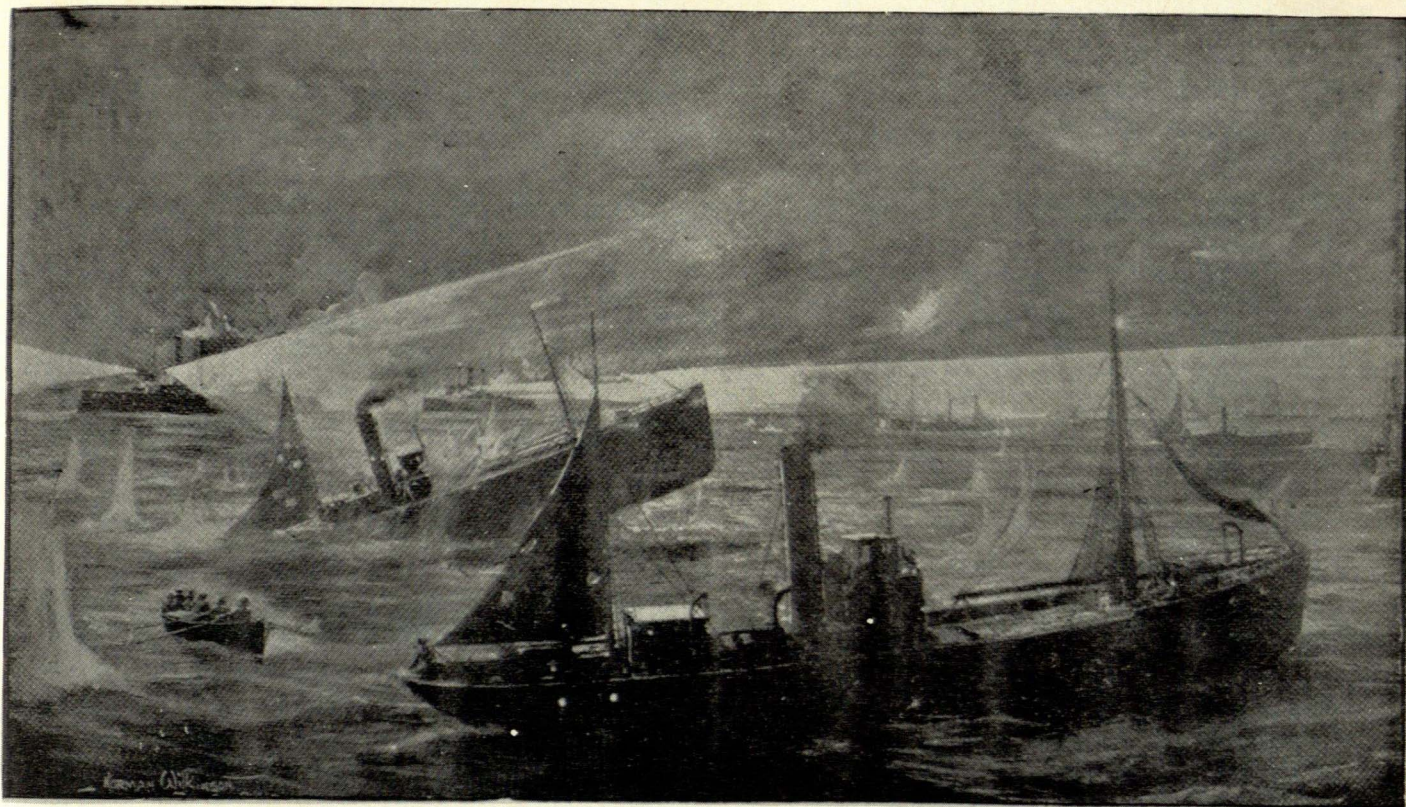
Pero cuando proseguía lleno de entusiasmo el desarrollo de su discurso enmudeció de improviso. Un velo cayó sobre su inteligencia. La locura alcohólica le agarró la lengua. Los

ojos se le extraviaron. Sintió de pronto que por sus dedos fluía un hilo—el hilo de su propia metáfora—un largo hilo finísimo, interminable, que no acababa de fluir. Y se levantó, dando tumbos, temeroso de que alguien le rompiera el hilo maravilloso. Su cara de borracho resplandecía iluminada por una impetuosa alegría. En sus manos tenía el prodigioso hilo salvador. Estaba radiante de felicidad. El iba á salvar á Venezuela. Tambaleando se acercó á la puerta de la taberna. A lo lejos la tierra venezolana dormía bajo el oro trémulo de las estrellas..... Las estrellas le parecieron una nube de moscas de oro sobre un cuerpo corrompido.

¿A dónde vas, Arana?—le gritó uno. Todos los borrachos lanzaron una carcajada. Uno de ellos se acercó á él y le rompió el hilo invisible.

El borracho cayó al suelo lanzando un grito. En sus grises ojos turbios se reflejó una tristeza infinita y por sus mejillas corrieron dos lágrimas. ¡Qué desolación tan grande mostraba en su rostro enrojecido y adiposo! A juzgar por su dolor era de creerse que en aquel momento el pobre diablo de borracho iba á coser con aquel hilo las heridas de la patria!

A. FERNANDEZ GARCIA.



Ataque de la Escuadra rusa del Báltico á buques pescadores ingleses en el mar del Norte

DE «ALMA DE AMERICA»

LA EPOPEYA DEL PACÍFICO

A ESTANISLAO S. CERVILLOS, EN BUENOS AIRES

Los Estados Unidos como argolla de bronce,
 contra un clavo sujetan de la América un pie;
 y la América debe, si pretende ser libre,
 imitarles primero é igualarles después.
 Imitemos ¡Oh Musa! las crujientes estrofas
 que en el Norte se arrastran con la gracia de un tren;
 y que giren las rimas como ruedas veloces;
 y que caigan los versos como varas de riel!

Desconfiemos del Ogro de los ojos azules,
 cuando quiera robarnos al calor del hogar
 y con pieles de búfalo un tapiz nos regale
 y lo clave con discos de sonoro metal;
 pero nada es el verle, si imitarle no quieren
 los que ignoran, gastándose en beligeró afán,
 que el Trabajo no es culpa de un Edén ya perdido,
 sino el único medio de llegarlo á gozar.

Pero nadie se duela de futuras conquistas:
 nuestras selvas no saben de una raza mejor,
 nuestros Andes no saben lo que importa ser blanco,
 nuestros ríos no saben lo que vale un sajón;
 y así el día en que un pueblo de otra raza se atreva
 á explorar nuestras patrias, dará un grito de horror,

porque el miasma y la fiebre y el reptil y el pantano
 le hundirán en la tierra bajo el fuego del sol.

No, por eso, la raza de los blondos cabellos
 romperá al fin el Istmo: lo tendrán que romper
 veinte mil antillanos de cabezas oscuras,
 que hervirán en las brechas, cual sombrío tropel.
 Raza de las Pirámides, raza de los asombros:
 Faro en Alejandria, Templo en Jerusalem;
 raza que exprimió sangre sobre el Romano Circo
 y que exprimió sudores sobre el Canal de Suez!

Cuando rompan el nudo que Natura ha formado,
 cuando entreabran las fauces del sediento Canal,
 cuando al golpe de vara de un Moisés en las rocas,
 solemnemente arrójese uno contra otro mar,
 en el épico instante que señale el encuentro
 un aplauso de júbilo ambos mares darán,
 que resuene en los aires á manera de un brindis
 como chocan dos vasos de sonoro cristal....

Bajo el clima benigno de su diáfano cielo,
 duerme Payta en el norte de mi amado Perú:
 hasta él ese aplauso llegará; y ese aplauso
 vibrará en sus oídos como voz de virtud.
 Payta, libre al comercio, será escala postrera
 de las naves que hiendan el Pacífico Sur;
 y las naves que emigren hasta el Asia, en su puerto
 hallarán un minuto de reposo y salud.

En la Punta Farina, que señala el extremo
 conquie avanza la América hacia el Asia, un fanal,
 como estrella de magos en columna rebelde
 á manera de un índice una luz tenderá;

y á ese Faro las naves que el vapor estimula,
 de Occidente y Oriente, Sur y Norte, vendrán,
 como iban al Faro que elevó Alejandria
 los alados veleros de la Clásica Edad!

Cuando luego de Payta, como enérgico impulso
 Amazónica margen solicite el carril,
 y el Pacífico se una con el épico Río,
 y galopen los trenes sacudiendo su crin,
 rendirán nuestros bosques sus mejores tributos
 á las naves que lleguen hasta el puerto feliz;
 y el Canal será el golpe que abrir le haga las manos
 y le quite las llaves del Gran Río al Brasil.

¡Oh la turba que, entonces, de los puertos vibrantes
 de la Europa Latina, llegará á esa región!
 Barcelona, Havre, Génova, en millares de marcos,
 mirarán los pañuelos sacudiendo un adiós....
 Y el latino que siente, del vivaz Mediodía
 ese sol en la sangre, parecido á este sol,
 poblará nuestros bosques y vendrá desde Europa
 por el propio camino que le alista el sajón!

Vierte ¡Oh Musa! tus cantos como linfas que corren
 y que fingen corriendo milagroso Jordán,
 donde América puede refrescar sus fatigas,
 redimir sus pecados, sus miserias lavar;
 y después que en el baño quede exenta de culpa,
 enjugarse las aguas y envolverse quizás
 entre sábanas puras, que se tienden al viento
 como blancas banderas de Trabajo y de Paz!.....

JOSÉ S. CHOCANO.

1904.



GONZALO PICON-FEBRES

FLOR

(NOVELA)

I

Escrita en 1898

FLOR se llamaba la chica de los ojos negros, de la mata de pelo suelta en ondas de azabache por la espalda, de la cautivadora gracia criolla, del defendado gentil y del meneo en el andar que hacía bullir la roja sangre en las arterias. Era simpática, bonita, tentadora, picaresca en los decires, mal hablada cuando montaba en cólera, alegre como la jota aragonesa, temible quedaba miedo verla cuando

el genio se le salía de sus casillas en explosión formidablemente airada. Vivíamos los ojos, los labios encarnados, blancos y límpidos los dientes, la risa intención pura que le encendía el semblante y rosadas las mejillas como clavetes mojados por la lluvia, provocaba saludarla con ruidosísimas palabras de colores brillantes y risueños cual purpurinas rosas. Redondeces como las suyas, pocas: elegantes, bien hechas, expresivas, amasadas con adelfas, lirios blancos y un poquito de canela, que era á no dudarle la rítmica gracia de su andar. Siempre estaba muy galana por ahí, por todo lo que olera á fiestas, á jolgorio, á danza y á verbena. Vestíase con lujo, sabíase al dedillo los caprichos más extraños de la moda, andaba por la calle con una gentileza que se llevaba prendidas en sus redes las miradas de los hombres; y en manejar el abanico, y en contestar un saludo cariñoso, y en recibir á los tertulios de su casa, no parecía en su rango sino mujer muy estudiada y aprendida en las grandes capitales europeas. Leía los periódicos, gustaba de los versos, devoraba las novelas, tenía sus deferencias y opiniones en política, comentaba con intención maleante las noticias callejeras, y se reía con agria burla de los hombres de dinero, estúpidamente vanidosos, que se dejaban explotar por comediantas y necias bailarinas. Se conocía que era culta, que tenía buen linaje, que de la sangre limpia procedía su fineza, y que si había caído cual delicada flor de dulcísima fragancia en la charca de la vida, era por bella, por confiada y candorosa. Cuando había temporada, iba al teatro con frecuencia, y se instalaba en los palcos excusados del proscenio; los domingos en la tarde, tomaba una victoria, y se exhibía por todas partes, pero sin compañía; en las noches de luna, bajaba al *Café Suizo*, lugar de alegre cita de la gente despierta y bulliciosa, y allá cenaba y jaraneaba y se reía con los deshabillados mozos de la espuma aristocrática, en unión de otras alegres y bonitas muchachas de su clase.

En un baile, aquella chica era un encanto, una lindeza, una figura prestigiosa, fresca flor de simpatía detrás de la cual se deslizaban como lelos los ojos de los hombres: cada risa, un estallido de alegría; cada meneo, una rima deliciosa; cada vuelta, una elegancia. No había quien bailara como ella, ni quien tuviese más salero, ni quien soltara cada chiste que daba gusto oírlo zumbar como una abeja armoniosa por el aire. Si el que le ofrecía un piropo le gustaba de verdad, pues allá va una mirada penetrante que era una caricia encantadora; pero si el que se le atrevía no estaba en gracia suya, no he visto patochada más picante, ni reproche pronunciado con mayor ni más enérgico desdén. Lo que era ése, que se fuera á tocar el sonoro bandolín al pie de otra ventana, y á pensar en amores á la lumbre de otros ojos. ¡Oh guitarra de mi tierra, oh deliciosa caja de armonías, oh cinco popular incomparable, mordente de nuestra música dulcísima, quiebro regalado de su acompañamiento, gracia y sal del valse criollo! En sus manos, en sus manos blancas y finas te oí yo, y era un prodigio cada límpido rasgueo que arrancaban sus dedos de tus cuerdas.

Tenía Flor sus asiduos tertulianos, muchachos calaveras de buen tono que la querían mucho por simpática y amable, que se desviaban por ella, que se la disputaban en los bailes para darse el fino gusto de escuchar lo pintoresco de su labia, las censuras mordicantes que á los necios endilgaba con sorprendente habilidad, la rica sal del mundo que se le iba cayendo de la boca en vistosísimo derroche; mas no se crea que aquellos tertulianos eran gentes de poco más ó menos, sino los hombres que gastaban más dinero y más facha en los círculos de arriba. Las demás chicas de su clase la querían mal por eso, porque ninguno las buscaba y obsequiaba con la distinción que á ella, que tenía quien sabe qué para atraerse á todo el mundo, de igual suerte que la rosa, rebosante de mieles y perfumes, á los verdes colibríes y á las abejas rubias como el sol. Las demás chicas de su clase vivían de criticarla, de infamarla, de morderla sin piedad, de dejarla en carnes vivas á fuerza de rabiosas dentelladas. Lo de siempre en esta vida siempre llena de mezquindades y vilezas, ó sea la emulación bastarda y canallesca, el egoísmo negro, la tendencia desatentada y sin rebozo al predominio del yo: que los poetas hacen guerra de sangre á los poetas, que los oradores calumnian é improperan á los oradores, que las mujeres bellas se burlan y se ríen con sarcasmo de las mujeres bellas. Trapacera, inconsecuente, desleal—por no decir los menos limpios—eran los desahogos que murmuraban contra Flor en el colmo de la envidia, del desprecio y de la rabia ponzoñosa.

—¡Sinvergüenzas, ruines, miserables!—solía ella exclamar con mucha calma.—Que

digan lo que quieran contra mí. Nada me importa. Por algo que les duele es que lo hacen. Y lo que es á mí, me dan risa sus envidias.

A pesar de su triste condición, de la vida de goces que llevaba, de su carácter alegre y bullicioso, en su naturaleza había cierto fondo de honradez que seducía, un tesoro de buenos sentimientos, una conciencia escrupulosa á su manera y un alma capaz de enternecerse, de sufrir, de llorar bajo la influencia del verdadero amor, aunque suene á paradoja y parezca inverosímil. Por eso nadie lograba comprender por qué vivía en aquel mariposeo interminable, y en aquel deleite blando y pasajero como el humo que se llevan las alas de los céfiros. Era culta, delicada, enemiga de lo vulgar y refractaria á lo grosero. Amaba á quien quería, se encariñaba con aquel que acertaba á entenderla y seducirla, bebía el fresco vino del placer en la cenceña copa de limpia muselina. Mujer de esas infames, de esas perversas y atiborradas de cinismo, de esas que se revuelcan en el fango por índole dañada, no era ella; sino de esas otras que ruedan al abismo de la volubilidad por alguna imposición en la lucha sin tregua de la vida, ó por la fuerza irresistible de algún doloroso y tremendo desengaño. Tenía el alma blanca, y dulcemente hermoso el corazón.

Casita más galana que la suya..... ¡qué va á encontrarla nadie entre las chicas de su esfera! Muy clara, muy barrida, muy olorosa á flores. Los muebles de la sala, de bejuco y esterilla; en el suelo, petate á cuadros rojos y dos ó tres escupideras de porcelana azul; en todo el centro, mesa redonda con álbum de *peluche*, algunos muñequillos y quinqué de rojo bronce taracado de piedras de colores; en las paredes, un espejo encuadrado en marco negro, abanicos abiertos con retratos, la oleografía de un militar de mucha fama y cromos de mujeres bellas. La puerta del templo de la diosa estaba allí en seguida, siempre abierta, velada por trasparente cortinilla de muselina blanca; y en el fondo de la alcoba, pequeña y perfumada, la cama de molduras y copete, alba como los ampos de la nieve, con almohadas muy vistosas de encajes y bordados, cubierta por la cortina que descendía de la cornisa del empapelado muro abriéndose hacia los lados y recogida en las abrazaderas con cintas encarnadas. La ventanita daba al patio, donde el sol caía de lleno con el oro de sus risas, donde las flores abundaban como los astros en el cielo, donde los pájaros tenían en los rosales y jazmines sus coloquios de gorjeos, sus conciertos rosinianos y sus retozos matinales que daba gloria oírlos. Cada penumbra, cada macizo, cada rama era una orquesta, la orquesta del follaje, la música solemne de la vida, la melodía siempre nueva de la naturaleza.

¡Oh casa de alegría, de expansión, de ju-



UN ANIQUILADOR DE REGIMIENTOS: General Kroudachenko, ingeniero que fortificó á Puerto-Arturo

ventud! Durante el día permanecía cerrada, y no había ruego que fuese poderoso á abrir su puertecita azul; pero no bien caía la noche sobre el mundo, el zaguán se iluminaba, los mozos comenzaban á llegar, sonaba el pespunteado guitarreo y empezaban las canciones, esas de tono melancólico en que siempre hay una queja, el eco de un suspiro, la voz de algún dolor, de algún hondo dolor del corazón.

Cuando daba las doce el reloj de Catedral, no se oía por todo aquello sino el soplo de la brisa entre los árboles del parque, el canto agudo y continuado de los escarabajos en la yerba, ó los pasos del sereno que vigilaba en el silencio de la noche, con el morrión sobre las cejas, con la frazada sobre el hombro, con la pequeña carabina terciada por la espalda y el encendido tabaco entre los dientes.

II

Huérfana era Flor, y no tenía más familia que sus pocas amistades. Si le llegaba el gran momento, el momento de sepultarse para siempre en lo desconocido, el momento espantoso de la muerte, en vano esperaba quien la asistiera, quien le llevara un sacerdote, quien le dijera una frase de perdón por las culpas de su vida, quien la envolviera en la mortaja, quien llorara una lágrima tan sólo al verla descender hacia el misterio—hacia el medroso hueco de la tumba—y desaparecer bajo la tierra que á paladas echarían los sepultureros tristes sobre la caja negra.

No obstante su carácter bullicioso, sus blándos regocijos, su natural desbordante de alegría, suspiraba con frecuencia de una manera hondamente dolorosa, se quedaba como distraída, se adivinaba que alguna recia pena le punzaba el corazón. Había ocasiones en que le era imposible dominarse y contener la fuente de las lágrimas; y cuando la dejaban sola, sola con su conciencia y sus recuerdos, sola con el montón informe de sus muertas

ilusiones, lloraba de un modo inconsolable. Cuando ya se desahogaba de aquel peso formidable que sentía sobre el alma, y se enjugaba las mejillas encendidas por las lágrimas ardientes, y exhalaba un gran suspiro, se tiraba de la cama, abría el pequeño escaparate, sacaba un retrato de un estuche y lo besaba con pasión. Volvía á acostarse, y permanecía horas enteras meditando, fijos los ojos en el techo ó en la ancha cortina de muselina blanca, al rumor del chorro de agua que caía en el estanque y arrullada por los cíñfes nocturnos. Los ojos le flameaban, las manos se le contraían con nerviosa crispatura, el corazón le palpitaba con celeridad extrema.

De las penumbras de su memoria comenzaban á salir, para martirizarla, los recuerdos imborrables de su vida, de aquella vida suya tan llena de contradicciones dolorosas, tan injuriada por la fatalidad, tan repugnante á su índole proclive á la belleza y discreción de la virtud. Como pájaros negros que aletean y cantan tristemente en el silencio de la noche, aquellos recuerdos le golpeaban el cerebro, le reprochaban su conducta, le envenenaban las horas de alegría, la hacían caer sobre la almohada sollozando.

Cuando contaba catorce años, zagala encantadora todavía, quedó huérfana de madre, sin vigilancia inmediata y cuidadosa que la apartase de los abismos del mundo, sin el amor santo y solícito que la protegiese de infames asechanzas, sin fuerte escudo contra la seducción artera, abandonada á toda suerte de peligros y caídas, y expuesta á ellos por su belleza atrayente y adorable. Temprano, muy temprano, nada menos que en la mañana deslumbradora de su vida, le faltaron el consejo, la advertencia, el influjo milagroso, las austeras enseñanzas que obligan á la mujer á caminar sin rebeldías la senda llena de luz donde florecen, puras y fragantes, las blancas rosas del bien. Al principio quedó sumida en un letargo doloroso, en una so-

ledad que la abrumaba, en un horrible desamparo que le enfriaba el corazón á todas horas. El recuerdo de la cruel enfermedad, de la agonía angustiosa, del momento de la muerte, del entierro sombrío de su madre; el recuerdo de cuando la pusieron en la sala y clavaron la tapa de la urna, de cuando le dió el último beso en aquella frente helada como un mármol, de cuando se la llevaron para siempre, cubierta la fúnebre caja de guirnalda y cantando los sacerdotes los versículos del tremendo miserere; la vista de aquellos paños negros, que le ennegrecían el alma; la evocación de tantas memorias dulces de su infancia, que tenían el perfume del mayor y más sublime de los amores de la tierra; todo la hacía padecer, le llenaba de lágrimas los ojos, la dejaba como descoyuntada.

Mas como todo—en concordancia con la ley providencial de las compensaciones—se amortigua, se debilita y pasa en los caminos del mundo, con la misma facilidad que el humo en el espacio, que la fragancia en el aire, que la divina luz bajo el crespón de las tinieblas, Flor comenzó á consolarse en el inmenso afecto con que su padre la quería, á sonreír de nuevo en medio del enjambre de ilusiones de su brillante juventud, á distraerse con la lectura embriagadora de esos libros de amor que desvanecen el alma á los quince años, que la llenan de inesperadas impresiones, que le acaban de revelar lo que Naturaleza inicia con su potente fuerza sugestiva, y que la sumen lentamente—en medio del asombro que produce la visión de lo desconocido—en la alegría y dulce fiesta del ensueño. Entonces experimentó algo misterioso en las reconiteces de su espíritu, algo extraño é inefable que la obligaba á padecer, que le daba regocijo al mismo tiempo, que le ponía las mejillas cual purpurinas rosas y los labios como adelfas, que la hacía sentir fresco el corazón como arbusto recién pimpollecido, y contemplar la primavera más radiante y más her-

mosa. Se miró en la clarísima luna del espejo, y se encontró bella, muy bella. El momento del peligro había llegado. Las galas que dan alto realce á la hermosura femenina, el esmero en el vestirse, los cuidados del tocador, el anhelo de aparecer encantadora como flor que hora nomás abre y ostenta el alba candorosa de sus pétalos, le llenaron la imaginación. Y como el natural romanticismo de la edad había aparecido en el fondo de su alma, y como estaba hondamente impresionada con los libros que leía bajo los árboles del huerto á la caída de la tarde, y como se hallaba semejante á las figuras blancas á quienes amaban con locura los poetas del país de Francia, y como su tierno corazón se apercibía á recibir la fecunda simiente del amor, la dulce niña cayó en brazos del ensueño, suerte de mágico letargo en que apenas se ven cielos azules alumbraados por el sol del ideal, ilusiones como radiantes pétalos de oro en los espacios de la imaginación, el incendio de las rosas en la tierra y el incendio de las estrellas en la inmensidad de lo infinito. Se entristecía con frecuencia, el corazón le palpitaba con ritmo inusitado, un ansia inexplicable le oprimía la garganta, y sin saber por qué razón, todas las tardes subía al mirador del huerto, arrastrada por una fuerza extraña, potente y avasalladora. Y allí, recostada á la baranda y oyendo los rumores de los céfiros, que le traían de no sé dónde algo así como palabras indecisas, se quedaba hasta que el mundo caía bajo el imperio de la noche. La naturaleza misma, con la fragancia de las flores, con el rumor apacible de los vientos, con los diálogos de los árboles, con el estallido de las yemas en los enormes troncos, con todas sus elocuentes voces, dulces como la miel del Híbla y melodiosas como la sacra música de Apolo, contribuía á embebercerla en algo de que no se daba cuenta sino con claridad remisa, á hundir su pensamiento en la quietud inquisidora de la meditación, á sentir el fuerte anhelo de un ideal brillante que empezaba á sonreír en el fondo de su alma vigorosa, y á tomar cuerpo y figura en medio de la realidad sensible.

Allí, cerca, muy cerca, escondido entre los huertos, medio velado por las ramas de los árboles, se veía un balconcete, en cuya puerta cantaba á todas horas un canario—amarillo como el oro y prisionero en jaula azul—sus arabescos de trinos y gorjeos. Y aquel joven que salía con frecuencia al balconcete, negros los ojos, negros los bigotes, negros y rizos los cabellos, era arrogante, muy hermoso y alegre de carácter. Flor le oía cantar, reír con sus amigos de amables travesuras juveniles, dialogar con el canario, tocar el bandolín y la guitarra del famoso país de Andalucía, la misma dulcísima guitarra que al repicar sonoro de los crótalos, al cristalino choque de las copas del manzanilla delicioso, en medio de la explosión de flores de los anchos mantones de Manila y acompañando á los cantaores tiernas peteneras, hace que el alma se entusiasme y reviente en alegrías ruidosas. Cuando Flor subía por la tarde al mirador, aparecía él allá, y la miraba, la miraba mucho; y además, le sonreía de una manera que la llenaba de miedo y sobresalto; y al fin se quedaba contemplándola con la mayor curiosidad, inmóvil, con las manos en las mejillas y apoyados los codos en la baranda del balcón. Se estuvo en sólo eso largos días, como si fuese irresoluto, como si temiese que la niña se disgustase de algo nuevo, como si dudase de lo que ella pensaba en realidad de él. Y Flor gozaba con aquella timidez, y esperaba con ansia lo desconocido, lo que se imaginaba sin precisión alguna, lo que la hacía soñar con la revelación ambicionada; y cuando él se iba del balcón, ella sentía la tristeza de la ausencia, una especie de vacío inexplicable, algo que la mortificaba, la llenaba de inquietudes y la ponía nerviosa.

¿Quién era él? No lo sabía. Pero su nombre le importaba poco. Su distinción, su juventud, su simpatía atrayente y vencedora, le bastaban por entonces. Y además de muy hermoso, sin duda que era rico, porque lo revelaba en todo. Y tenía una elegancia que encantaba, y unos cabellos negros y brillantes como el azabache, y unos ojos soñadores orlados de pestañas crespas como los de aquel Alfonso de Lamartine que ella había visto en la primera página de *Graziela*, y una sonrisa dulce detrás de la cual aparecían unos dientes que mostraban la vistosa blancura del marfil. Y que Flor le interesaba, tampoco debía ponerse en duda, porque al llegar la tarde salía al balconcete, porque no se cansaba de mirarla, porque había veces que cogía el mejor tiesto de flores—el de flores más bonitas y lozanas—y lo dejaba en la parte de afuera de la puerta, como para decirle que aquellas frescas flores, y también aquellos versos que cantaba al regalado són de la guitarra, eran para la niña hermosa que él veía todas las tardes en el mirador de enfrente.

Aquello tenía que avanzar como la llama que encuentra combustible en qué extender sus ondas de púrpura y de oro, y avanzó con rapidez. Ya la niña quería al mozo de los ojos y los cabellos negros, le pensaba sin cesar, le veía por donde quiera con la imaginación; y á fin de mostrársele más bella, se peinaba y se vestía con singular esmero. Un día observó que él, al quitarse del balcón, sacó el pañuelo y lo agitó varias veces en el aire; otro cortó una linda rosa del tiesto que había en la baranda, y desde allí se la ofreció: otro le preguntó por señas dónde podían hablar á solas, y ella no supo contestarle, porque la turbación se apoderó de todo su sér para dejarla muda, inmóvil, oprimida la garganta de emoción y miedosa de lo que presentía.

Su buen padre, mientras tanto, ignoraba en absoluto lo que sucedía en su casa en las horas de su ausencia. Sin bienes de fortuna, sin más capital que su trabajo, sin otro apoyo que el reducido sueldo del empleo que desempeñaba, tenía que vivir consagrado á sus deberes en la aburridora covachuela. La mañana y la tarde las pasaba en la oficina: iba á su casa á las horas de comer, y por la noche sacaba á Flor á hacer visitas, ó á dar algún paseo por los parques y alamedas de la ciudad famosa que es gala hermosísima de América. Atado al duro poste de la necesidad irremediable, obligado á trabajar como el herrero sobre el yunque, sin gozar ningún respiro, se mantenía en una agitación penosa, absorbido por sus obligaciones, ocupado á todas horas por el señor Ministro de Relaciones Interiores, teniendo que asistir á la oficina hasta cuando se veía quebrantado en su salud, teniendo que soporizar humillaciones y regaños para que no le quitasen el miserable empleo, sin parar mientes en que Flor estaba sola todo el día, en que debía cuidarla con más solicitud, en que su belleza joven, atractiva y seductora—rodeada de tanta soledad—se hallaba expuesta á tentaciones peligrosas. Tal conducta, por parte del amoroso padre, no podía significar negligencia ó abandono, sino confianza suma en Flor; la confianza que le inspiraba por lo mismo que tanto la quería, con todas las fuerzas de su alma, con todas las ternuras de su corazón. Y como la acompañaba una vieja mulata muy solícita con ella, y como veía tan hacendosa á la mulata, tan entregada á sus quehaceres, tan quitada de ruidos por la calle, menos se figuraba los peligros que rodeaban á su hija, y mayor fortaleza adquiría su confianza en el buen juicio y discreción de la hermosísima doncella, refugio de su alma en las tormentas de la vida, encanto inefable de sus ojos, y consuelo de sus tristezas y amarguras.

¿Quién era el mozo que salía todas las

tardes al balcón? Flor lo ignoraba por completo; pero la niña creía en él con fe sincera, con lamentable ceguedad, sin cautelarse de nada, como se cree á quien se ama con delirio cuando se tienen dieciocho años, cuando jamás se duda de sus tiernos juramentos, cuando la herida, la perfidia, la traición—negras y horribles como las bocas del infierno—parecen imposibles y no se esperan nunca del sér á quien se adora con todas las potencias del espíritu y con todas las energías de la naturaleza. Ella creía que aquel hombre estaba locamente enamorado de su tierna juventud y su hermosura, que la llevaría al altar para entregarle todo entero el corazón, que se unirían para siempre bajo la bóveda del templo, y que él ya no esperaba sino hablar mucho con ella para arreglarlo y realizarlo todo en la forma deslumbradora del ensueño que la hacía sonreír de felicidad, ora fuese despierta, ya dormida.

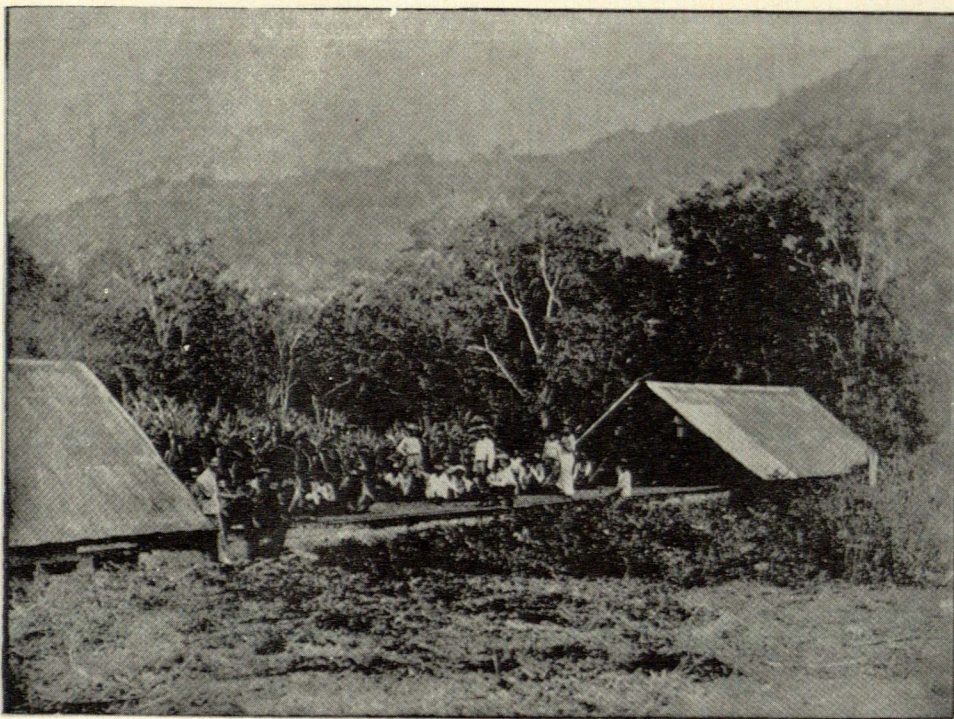
Pero aquel hombre de moda, que parecía por su exterior correcto y delicado un perfecto caballero, distinguido en la presencia y modoso cual ninguno, era el más despreocupado y atrevido de los buenos vividores, negro de alma, negro de conciencia, negro de proceder y de historia. Como tenía renta copiosa, se daba una vida caprichosamente regalada, muelle y disoluta; como era soltero, le importaban muy poco sus escándalos; como veía que sus infamias y vilezas le rodeaban de singular prestigio y hacían que su nombre repercutiera en la ciudad de los palacios, continuaba imperturbable en su vida de pillete relajado, de seductor de oficio, de delincuente impune. Su hermosura señorial, su carácter afable y campechano, su vestir siempre elegante, su presencia obligada y vanidosa en todos los salones de la *crema*, su dinero y su trapío, eran la cubierta engañosa de un espíritu rastrero, sin claridades ni blancuras, corrompido como él solo, inclinado á revolcarse en el fango como el cerdo, desprovisto de todo sentimiento moral encaminado al bienestar y á los fulgores de la virtud excelsa. Su ideal era el que sigue: «comamos, y bebamos, y coronémonos de rosas, que mañana moriremos.» Y á fin de llegar siempre á ese término sombrero, en que la naturaleza se estraga á fuerza de concupiscencia y sensualismo, en que el alma se arrastra por el cieno sin levantar jamás la vista á los esplendores de la luz, en que se apuran y dan tedio todos los placeres bestiales de la vida, los placeres de un momento, los que por saborearlos mucho hastían y entristecen, nada importaba el desafío cometido por la índole cínica y dañina, autorizado por la despreocupación y por la moda, y celebrado casi siempre—aunque parezca temeraria afirmación—como triunfo ruidoso y envidiable.

Empeñado aquel hombre á todo trance en conversar con Flor, mas cautelándose del padre, bien pronto sobornó á la vieja criada, que creyó, ó aparentó creer—con segunda intención—en sus promesas, en su honradez afectada con maestría, en los pretextos que le dió para no revelar todavía al buen señor sus proyectos formales con la niña. Y como el oro hace milagros en el mundo, y como el sórdido interés del *yo* suele valer más en las acciones de la vida que los deberes más altos y sagrados, la torpe y vieja criada se puso en la boca una mordaza, y abrió camino al mozo á fin de que llegase á la absoluta posesión de sus deseos, y dijo á Flor de él preciosidades que la desvanecían y la acercaban poco á poco á las fauces tremendas del abismo, y vigiló solícita en favor de la infamia calculada con certera y siniestra alevosía; y con lo que aquel pillete de la hampa, hombre sin Dios ni ley alguna, sicario de nombres y de honras, hábil como agiotista y altamente celebrado en cuanto seductor escandaloso, pagaba con largueza sus servicios de bruja encantadora, de bella-

ca inveterada y de trotaconventos refinada, sostenía hasta con lujo á un hijo suyo que estudiaba en un colegio, con el designio de hacerlo más tarde periodista y personaje de cuenta en la política asquerosa, que es la que aprovecha y tiene viso, la que da mucho dinero y alta fama.

El amor apasionado y la juventud vehemente no reflexionan lo que hacen, no meditan jamás los resultados de un momento de locura, no se dan cuenta sino de alimentar sus anhelos y ambiciones; y Flor, la dulce y candorosa niña, la que oyó las sugerencias de aquella cínica mulata, la que creía de buena fe—con la sincera simplicidad de la inocencia—en las promesas engañadoras de aquel hombre á quien amaba ella con todo el corazón, la que lo contemplaba embebecida, la que era su víctima y su esclava, la que hacía sin resistencias lo que le ordenaba él con imperiosa autoridad, rodó un día por el cielo y se manchó de negro las intactas blancuras de su frente, que parecían como de lirios desabrochados á la aurora, como de espumas y alabastro, como de frescas é inmaculadas azucenas rebosantes de perfumes. Al principio dudó, forcejeó consigo misma, alivióse en presencia del peligro, tuvo entereza para resistir, quiso hablar á su buen padre de aquellos sus amores á hurtadillas que le daban pesadumbres; pero el farsante, agotando su labia dulcemente seductora y presentándole razones que la dejaron por el momento convencida—señuelos todas ellas que producían en la niña la ceguera del deslumbramiento—la obligó á guardar silencio. Pero al quedarse sola, al reflexionar á sangre fría, al acostarse por la noche para sufrir la vigilia dolorosa que le causaban sus recelos y esperanzas, flotando los unos en su imaginación cual murciélagos inmundos y las otras como rosadas mariposas, Flor volvía á dudar, pero de un modo tenaz que le hacía mucho daño y la empalidecía de miedo. Y al fin llegó la hora en que tornó á rebelarse y á decirle á aquel pillete, que ejercía sobre ella cierta especie de fascinación lúbrica, la necesidad que había de que su padre supiese sus amores, porque le causaba pena—pena muy honda y muy amarga—engañar tan tristemente á quien la amaba con adoración, siendo ella su único estímulo en la vida, la única ilusión que le sonreía en el mundo, el encanto de su apartada soledad, la luz desus tinieblas y la miel de sus recorditos dolores. Pero el traidor la amenazó con alejarse, con no volver más nunca, con abandonarla para siempre; y como quería engañarla á fuerza de refinada habilidad, y que la niña creyese ciegamente en la honradez de su palabra y en la sinceridad de sus promesas, se alejó de la casa muchos días, se estuvo silencioso, aparentó la más helada y brutal indiferencia, fingió que aquella inmensa desconfianza lo ofendía y le dolía en lo más hondo del alma, y no volvió á salir al balconete donde la apasionada niña le veía todas las tardes.

Entonces cayó Flor en una melancolía profunda, y se enflaqueció de no dormir sino intranquila, y anduvo como ensimismada y lela por la casa, y se puso muy pálida y nerviosa, y tuvo desesperaciones que la hicieron llorar como jamás había llorado en los años de su vida, y en sus mejillas blancas florecieron las rosas encarnadas de la fiebre. Pero como ella quería á aquel hombre con locura; como no podía vivir sin él; como le hacían falta sus palabras, la lumbre fascinante de sus ojos y la sonrisa embriagadora de sus labios, llegó un día en que no tuvo fuerzas para sufrir ya más su desesperación y sus dolores,



RIO CARIBE: Seca y recolección de cacao en las haciendas del Valle de Cangua, propiedad del señor Domitio Loero

y la azucena de virginal blancura y regalado aroma rodó injuriada y triste á la charca de la vida, la charca sucia y honda cuyas manchas son eternas, la charca negra del deshonor y de la infamia.

¡Y qué profundo dolor el de su padre cuando se dió cuenta de la injuria hecha á su nombre, cuando supo la falta irreparable, cuando se convenció de que su honra andaba rota en inmundos girones por el suelo! Lloró lágrimas de sangre, sollozó hasta enronquecerse, vociferó horribles blasfemias como si estuviese loco. ¡Aquella niña era su hija, la hija de su corazón, y lo que él sentía en el corazón era una tremenda puñalada! Preguntó por el malvado para matarlo en medio de la calle, como se mata á las culebras, como se mata á los tigres, como se mata á las bestias feroces que hacen daño; pero Flor se encerró en un silencio impenetrable. El desgraciado padre le rogó, le suplicó, la amenazó para que revelase el nombre del infame asesino de su honra. Todo en vano. Entonces buscó á la vieja criada para saber de sus labios quién era el delincuente; pero la vieja pazuquera se había huido. El desgraciado padre cayó desvanecido al suelo, y se enfermó. La desesperación, el sufrimiento hondo y cruel, la impotencia para vengarse pronto de quien había arrojado fango negro de la tierra á la intacta blancura de su hogar, le hicieron caer desde aquella misma noche en una fiebre abrasadora, en un delirio intermitente, en una postración que infundía piedad y lástima; y al fin se murió de hambre, de rabia, de despecho, de dolor, un dolor inmenso que le obligó á llorar con amargura hasta que de su garganta se escapó el último ronquido, el último estertor de la agonía.

Después..... ¡qué días tan horribles pasó Flor! Días de abandono, días largos de tristeza y soledad aterradora, días de completa miseria y desamparo. Y al recordarlos ahora, en el silencio de la media noche, padecía lo indecible, lloraba como entonces y se ponía como loca, sintiendo la tortura de los remordimientos, la rabia medrosa del despecho y el deseo brutal de la venganza.

Con afecto profundo, inolvidable y verdadero, ella no había querido sino á un hombre, al que logró engañarla con refinada ha-

bilidad, al que pudo saborear las primicias amorosas de su alma, los encantos de su virginal belleza, las primeras lisonjas de su cándida ternura. Pero aquel hombre fué con ella un miserable, se portó como un bandido, la dejó sin protección ni amparo en todo el medio del arroyo, que es donde viven eternamente dolorosos los desheredados de la suerte. Después de consumir su obra infame, comenzó á fastidiarse de la niña, de su fresca ternura, de su afecto y su bondad, que parecía fragancia exquisita de flor nueva. A todo eso lo calificaba aquel canalla de necedad empalagosa, de ridiculez de gente burda, de huero romanticismo de novelas, de sensiblería sandia y chillona, y risoteaba con el cinismo contumelioso del granuja. La niña le miraba entonces con espanto, y el corazón se le apretaba, y sentía como si le oprimiesen la garganta con un cordón fuerte de acero, erizado de garfios y de afiladas puntas. Un día, sin tener ningún motivo, la increpó con amargura; otro, por celos infundados, la injurió como á la más indecente verdulera; otro, fingió que los tenía, buscando deshacerse de algún modo de la niña confiada é inocente que le amaba con verdadera adoración. Flor protestó con altivez contra la torpe inculpa-ción de aquel farsante, porque tenía limpia la conciencia, limpio el pensamiento, limpia el alma; pero al rechazar con sublime indignación la calumnia cínica y brutal, el malvado la insultó con desvergüenza y osadía, y hasta la sacudió con fuerza por los brazos, haciéndola arrojar un grito agudo y prolongado, porque lo que sintió entonces ella fué la presión potente de diez dedos iracundos que se le hundían en la carne y parecían como de bronce. Después la abandonó, no tuvo compasión de su pobreza, desoyó todos sus ruegos. En apartado barrio enfermo, *rendez-vous* de gentes bajas y soeces, Flor se moría de flacura, de anemia y desengaño. Apenas podía soportar sobre los hombros, afilados por el hambre, la ponderosa carga de sus padecimientos. Para hacer frente á la pobreza que aniquila, fué vendiendo como pudo los muebles que le quedaron de su padre. Luégo tuvo un hijo, que se murió muy pronto á fuerza de privaciones y de penas; y allá, en el cementerio, en un hueco muy negro y muy

profundo—profundo como el arcano impenetrable y negro como la eternidad sin límites—lo enterró bañado en lágrimas, transida de dolor, desesperada, delirante, ronca de sollozar sus tremendas pesadumbres. Después, padeció mucho, pasó llorando unas noches muy largas y de horrible lóbreguez, tuvo más hambre, se encontró casi desnuda y se vió en la miseria. Los infames la vejaron con la lengua y la señalaron tenazmente con el dedo; los hipócritas la calumniaron sin reservas; ciertas damas ostentosas que debían haber callado, porque tenían una historia poco limpia, la vieron sin piedad y la apedrearon con sus murmuraciones; las vecinas le negaron hasta el agua; el dueño de la casa en que vivía la echó sin compasión; el hospital era el amparo á que podía acogerse en medio de sus tribulaciones, para buscar en aquel sitio, apartado del mundo y de sus necias vanidades, el generoso arrimo de la santa caridad que Jesús enseñó á los humanos en parábolas luminosas é inefables como las estrellas del cielo.

¡Y entonces supo que el traidor, el sicario de su honra, el bandido de frac y con dinero, tenía ahora más prestigio, gozaba de más brillante fama y entraba á los salones de gran rumbo más seguro de sí mismo!

III

Aquellas hermanas de la Caridad, muchas de ellas mujeres distinguidas por la sangre, por la alteza de la cuna, por los títulos nobiliarios que les venían de abolengo, pertenecían á una congregación española.

A la hora del *Angelus*, cuando la noche vela al día con su sombra, cuando la golondrina se acoge á los aleros, cuando las estrellas comienzan á reír en el inmenso espacio, cuando los hijos se agrupan en torno de las madres á levantar dulces plegarias á María, cuya oración resuena lenta en las torres de los templos, aquellas angelicales y misericordiosas mujeres—amparo y remedio de tremendas desolaciones y enfermedades del mundo—cerraban el portón del hospital.

Aún estaba abierto aquella tarde, de un cielo azul enteramente despejado y de mucha alegría por las calles, cuando Flor pisó el zaguán, hundidos los ojos en las cuencas, los hombros afilados, trémula de hambre y de dolores, tambaleando como ebria y apoyándose en la mano derecha en la pared, para no dar en el suelo con su cuerpo enflaquecido.

Tenía fiebre, quemaban sus labios como ascuas, sus pómulos estaban encendidos, tosía mucho y los dedos se le contraían á cada instante, apretando el raído paño negro que le cubría los hombros. La falda que vestía, sucia y rota; los zapatos, desgarrados en las puntas; el color de la cara, macilento; las ojeras, muy profundas y muy negras; lo azulado de las venas, resaltándole en la piel diáfana y pálida como un cirio de la iglesia; el alma, hecha una llaga; el corazón, rebosándole amargura.

Tiró del cordón rojo, resonó la campanilla en el espacioso claustro, se oyó dentro el tintineo de muchas llaves que chocaban las unas contra otras, chirrió la cerradura y apareció en la puerta la figura de la hermana Luisa, pendiéndole el enorme rosario de cuentas de madera sobre la ancha falda azul, con su largo velo negro, con el crucifijo atravesado sobre el pecho, con su semblante amable circundado de aquella toca alba como un lirio de los campos, como una flor de espumas del océano.

—¿Qué desea?—preguntó con su ingénita dulzura, que se aumentó al mirar el semblante demacrado de aquella pobre niña que tosía, tosía mucho, y apenas podía hablar.

—Soy una infeliz mujer, hermana Luisa—



RIO CARIBE: Puerto del Valle de Canguu

contestó la desgraciada Flor, dando rienda suelta al llanto; pero á un llanto sincero, profundamente doloroso, que se desbordaba á raudales, que lastimaba y conmovía.—Soy la más infeliz de las mujeres, no sabe usted cuánto padezco, he sufrido mucho, me estoy muriendo de pesar y de desesperación. Llora horriblemente porque no me queda otro recurso que llorar, me han echado de la casa donde vivía la más triste de las vidas, tengo hambre, tengo sed, tengo sueño, tengo deseos de morirme ya, para ver si así descanso de tantas amarguras, y no sé cómo he tenido fuerzas para llegar hasta este asilo.....Véame con ojos de piedad, hermana Luisa, y recíbame en el hospital..... que yo le ofrezco.....yo le ofrezco.....

Pero no pudo terminar la frase.

Se le nublaron los ojos, le zumbaron los oídos, se le oprimió el corazón, exhaló un quejido largo desde lo más hondo de su sér, y se cayó de espaldas sobre las anchas baldosas del zaguán, sin que la hermana Luisa tuviese tiempo alguno de socorrerla en la caída. En el acto sonó la campanilla, tocando voz de alarma; varias hermanas acudieron precipitadamente, y en los brazos de ellas Flor fué conducida á la pequeña sala donde había menor número de enfermas. Largo tiempo se estuvo sin sentido, inmóvil, bañada en sudor frío y respirando con angustiosa pena. Al fin, como á las once de la noche, después de muchos solícitos cuidados, abrió los ojos negros, aquellos sus grandes y divinos ojos negros; revolvió la mirada en torno suyo; vió llena de alegría á las hermanas de la Caridad en derredor de su lecho, y pidió agua.

—¿Se siente usted mejor?—le preguntó con afán la hermana Rosa, tocándola en la frente con dulzura.

—Sí.....gracias.....Me siento muy mejor... Lo que anhelo ahora es dormir.....; Hace tanto tiempo que no duermo!.....; Hace tanto tiempo que el infortunio me desvela y me consume!.....; Hace tanto tiempo que no hago sino llorar!

Y volvió á cerrar los ojos, y se durmió tranquilamente, sonreída, llena de confianza, como sintiendo gozo de verse ya segura en el regazo de la piedad cristiana, sin fatiga en la respiración y agarrándose del hábito

de la hermana Rosa, que no la abandonaba ni un momento.

Al día siguiente amaneció más despejada, pero muy débil, hasta el extremo de no poder sentarse en la cama sino ayudada por las amables religiosas. A las ocho de la mañana llegó el Doctor Guzmán, que era uno de los médicos del hospital; y porque la conoció en el acto, á pesar de su flacura y palidez, la vió desde el principio con cariño, la saludó con distinción, le habló con afabilidad y la examinó atentamente con especial delicadeza, fijando mucho en los de ella sus ojos zahoríes y brillantes.

—¿En qué lugar de la población vivía usted?

—En un barrio infamante y enfermizo.

—¿Hacía mucho tiempo?

—Mucho, mucho.

—¿Quizás en la pobreza?

—No, señor.....Vivía en la miseria, y creo que estoy viva por la misericordia de Dios.

—¿Ha sufrido usted moralmente?

—Tanto y de manera tan horrible, que ya no puedo más.

Y dos lágrimas enormes, dos lágrimas inmensas, dos lágrimas abrasadoras como dos gotas de fuego, saltaron de sus ojos.

Las demás enfermas la compadecían; la hermana Rosa la miraba sin cesar, con una simpatía inexpresable, y el Doctor crispó los puños en un arranque de generosa indignación, porque sabía la triste historia de aquella pobre niña.

—¿Tiene usted algún dolor?

—No, nada me duele.

—¿Pero qué es lo que usted siente?

—Mucha debilidad, mucho desmayo, vértigos en el cerebro, palpitaciones en el corazón, y siempre abatimiento, un abatimiento mortal que no puedo vencer de ningún modo.

—Entonces no desespere usted, porque yo voy á curarla. Eso no es nada, casi nada, y de seguro que pronto pasará. La hermana Rosa, que es muy buena, me ayudará en la obra. Conque no se aflija usted, no desespere y procure olvidarse de las penas, que lo demás lo garantizo yo. La Providencia es lo que nunca falta en este mundo, y usted bien sabe que la Providencia hace milagros.

Y dando á Flor la mano, se despidió de ella.

El Doctor Guzmán era un joven como de treinta y seis años de edad, alto de cuerpo, ni muy grueso ni tampoco muy delgado, arrogante como pocos en el andar y en la apostura, de pelo crespo y negro que empezaba á encanecer, distinguido en sus maneras y simpático por más de una razón. Llevaba siempre alta la cabeza, caminaba con mucha elegancia y señorío, tenía la voz sonora, se vestía con singular esmero y era hombre de clara inteligencia. Por su finura exquisita, por su carácter suave, por su modosidad sin ninguna afectación, sabía siempre insinuarse en el ánimo de quien lo conocía, y gozaba de prestigio entre la gente del pueblo.

Cuando salió al corredor, llamó á la hermana Rosa.

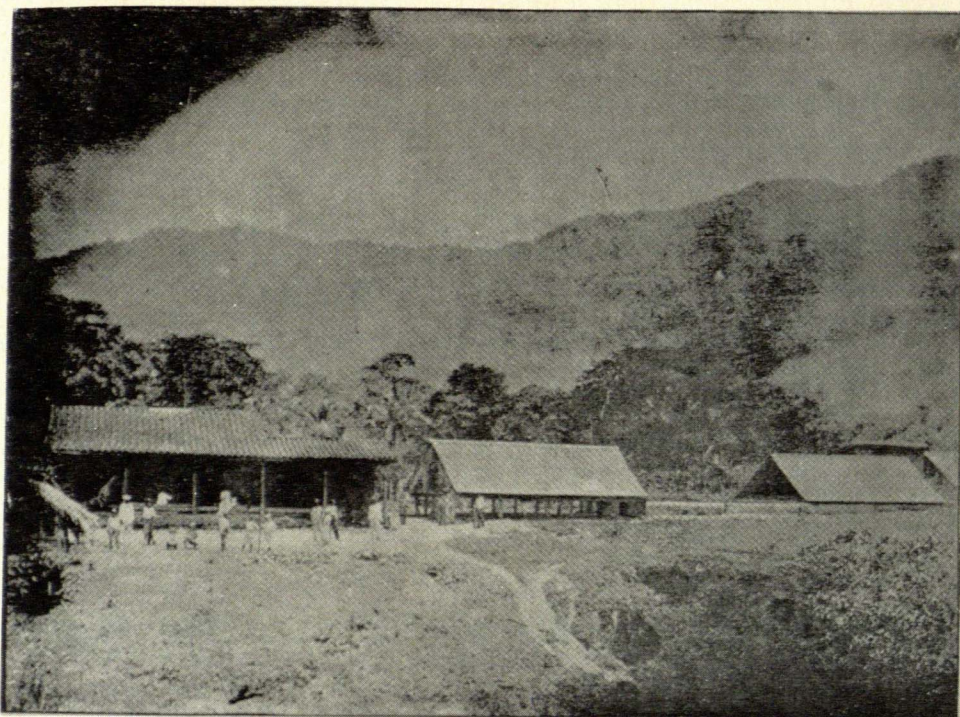
—Diga usted á la hermana superiora que esa pobre niña á quien acabo de ver y examinar, pertenece á una familia de buen nombre. Conozco bien su historia, tristísima por cierto, y en muy pocas palabras se la diré á usted. Un gran descalabrado, un tenorio muy célebre en los salones de esta capital, un bala perdida con linaje excelente y con dinero, pero cínico por temperamento y por escuela, se atrevió á mancillar la honra de esa niña, y luego abandonó á su víctima con la mayor desfachatez. El infeliz padre de ella, que la amaba con adoración, sufrió un violento ataque al darse cuenta de la espantosa realidad, y se murió de rabia, de despecho, de desesperación, sin poder castigar aquella afrenta. La infeliz niña creyó en las promesas del atrevido seductor; cayó por su inocencia angelical, y luego fué engañada. Se llama Flor del Campo, y aparte los sufrimientos morales que le han despedazado el alma, lo que tiene es hambre, debilidad, anemia, una anemia desastrosa que la está consumiendo día por día. Es necesario alimentarla bien, vigorizarla y regenerar su sangre, que está casi perdida; y después.....que se bañe, que haga mucho ejercicio, que respire aire puro. Procediendo con solicitud, puede salvarse. Pero es bueno que la saquen de la sala en donde está, y que la pongan sola en otra pieza, tanto por su condición, como porque la vista de las demás enfermas tiene que entristecerla sin cesar, y los esfuerzos que se hagan pueden malograrse. Lo demás, usted lo sabe: dulzura, amabilidad, compasión, misericordia, que es lo que nunca falta aquí.

Y Guzmán, haciendo á la hermana Rosa una elegante cabezada, caminó el corredor, ganó la portería y se alejó del hospital. Y si alguien, cuando pisó la calle, hubiese pasado junto á él, lo habría escuchado pronunciar á media voz estas palabras:

—¡Caramba, y á pesar de los estragos, qué bonita es todavía!

Al día siguiente volvió, y volvió todas las mañanas, demostrando grande interés por la curación de Flor. Y ella lo comprendía bien; y se lo agradecía desde el fondo de su alma; y los brillantes ojos negros de aquel hombre, y sus modales tan nobles y exquisitos, y la certeza con que hablaba, la llenaban de fe y de esperanza, una hermosa esperanza que brillaba como la estrella de la tarde en el azul del cielo.

La hermana Rosa, por su parte, atendía y cuidaba á Flor con singular cariño, con solicitud amable, con mucha ternura en el hacer y en el decir, que es remedio eficaz para las almas doloridas. La puso, como Guzmán había ordenado, en otra pieza, por cuya ventanita entraba el sol en abundantes rayos de oro, entraban los balsámicos efluvios de los árboles que había en el corral, entraban los gorjeos de los pájaros cantores,



RIO CARIBE: Hacienda de cacao y Oficina del Valle de San Juan, propiedad del señor Domicio Loero

entraba el aire puro en oleadas deliciosas. Flor convalecía poco á poco, adquiría nuevas fuerzas, conversaba con expansión y se reía. Las visitas de Guzmán la llenaban de satisfacción, las esperaba con ansia, las veía llegar como un consuelo inmenso para su alma hecha pedazos; y cuando él estrechaba su mano con cariño, ella se estremecía, sin poder explicarse lo que pasaba por su ánimo; algo que era noble afecto entremezclado de tierna gratitud.

—¿No es verdad que ya usted se siente otra mujer?—le dijo él una mañana.

—Sí, señor, gracias á la bondad de un médico excelente, á quien estoy profundamente agradecida, y á la eficacia de la hermana Rosa, que es un ángel.

—Pues ahora es preciso que usted salga, que haga ejercicio en la mañana, que se bañe en agua fría y se llene los pulmones de aire puro de los campos. La hermana superiora se lo permitirá á usted, porque la conveniencia así lo exige. Y nada de entristecerse más, de entregarse á recuerdos dolorosos, de llorar, porque la vida debe tomarse como es ella, con todas sus monstruosidades pavorosas, y á usted no debe faltarle la voluntad para sobreponerse á lo que ya pasó.

Y mientras Guzmán hablaba así, fijando en los de Flor sus brillantes ojos negros llenos de inteligencia, el corazón de aquella palpitaba con celeridad, y por sus mejillas corrían dulces lágrimas de agradecimiento.

Pasaron muchos días, durante los cuales acabó de reponerse por completo de sus quebrantos físicos. Las religiosas se vieron en el forzoso caso de vestirla, porque estaba puede decirse que desnuda; y ella, en cambio, les ayudaba con la mejor voluntad, desde por la mañana hasta la noche, en todos los quehaceres del asilo, empeñándose en el trabajo rudo y continuado para olvidarse de los dolores de su alma.

A fuerza de delicadeza y de amabilidad, la hermana Rosa llegó á insinuarse de tal manera en el ánimo de Flor, que ésta, una noche de íntima conversación, le reveló toda su historia, aquella historia negra de infamia, de perfidia, de ingratitud proterva y de remordimiento eterno para su corazón. La

hermana Rosa no volvía de su asombro, y como Flor lloraba mucho sin poderse contener, al mismo tiempo que sollozaba hasta infundir la más tierna compasión, le tomó una mano entre las suyas y comenzó á hablarle de Dios, de su grandeza omnipotente, de su amor incomparable y de su misericordia infinita, como para darle consuelo, resignación y fortaleza en medio de sus terribles desventuras.

Y es lo cierto que desde aquella noche, en que la hermana Rosa vió el alma de la niña en toda su belleza angelical, concibió el pensamiento de ganársela para la vida religiosa, para el servicio de las miserias humanas y para la gloria del Señor. Llegó á figurarse que la niña, desengañada del mundo, espantada de las perversidades y flaquezas de los hombres, triste siempre por el recuerdo tormentoso de sus días infelices, no pensaría más en José, no lo vería en adelante sino con el terror que infunde la maldad, no podría como buena sino perdonar su infamia, ni buscaría sino el silencio para vivir lejos del mundo engañador, lejos de sus vilezas, falsedades y mentiras. Estimulada por aquel firme designio de su mente, le hacía edificantes reflexiones, le daba consejos sin cesar, la ilustraba en las bellezas de la religión fundada por Jesús el Nazareno, le hablaba de las pompas y vanidades del mundo como de una eterna fuente de lágrimas y de tribulaciones, y la obligaba, con una modosidad encantadora, á leer libros devotos. Al fin llegó el momento de que hablasen con la mayor franqueza, y la confiada hermana Rosa, que no hacía sino soñar con la victoria, pudo convencerse del error en que se hallaba. Flor tenía un propósito, que á nadie jamás revelaría, escondido en lo más hondo de su pensamiento; propósito resuelto, decidido, indiscutible, y no perdía la esperanza de convertirlo en realidad.

—Aunque no fuese más que por usted—le dijo á la hermana Rosa aquella noche—yo seguiría ese consejo que me da con intención tan generosa. Las simpatías de usted por mí desde que llegué al hospital, el afecto con que me ha distinguido, el interés que ha puesto en asistirme y en consolar mis aflicciones, el cariño profundo que ha conquistado aquí en mi alma, todo, todo me hace fuerza dentro del

corazón para dedicarme ahora á la vida religiosa. Pero créame usted, por una parte, que no tengo vocación; y por la otra, que yo abrigo cierto firme pensamiento desde los días más amargos de mi abandono y soledad, pensamiento que realizaré á toda costa para complacer los deseos de mi corazón..... Si yo me quedo aquí, puede usted contar con que habré de consumirme de tristeza en poco tiempo, y entonces mi sacrificio será inútil. La deslealtad de José me ha enseñado á ser sincera, á no mentir, á no engañarme ni engañar; y por eso no quiero hacer lo que no siento, lo que sería hipócrita, lo que me reprobaría yo misma en mi conciencia. Además, yo necesito del bullicio de las calles, del carnaval del mundo y de la algazara humana, para aturdirme y esperar. No se figure usted, por esto, que las penas me hayan hecho irreligiosa. No, hermana: yo creo en Dios, temo su justicia y sé rendirle culto muy sincero. Si pequé, fué por confiada é inocente; pero nadie lo creyó, y el mundo es implacable con mi culpa, y me señala con el dedo, y me desprecia. Mas no importa. Yo sabré castigarme y redimirme. ¿Cómo? Es un secreto. Usted verá mi redención tarde ó temprano, porque no pierdo la esperanza, y entonces dirá el mundo que yo no he sido una malvada, sino una mujer de corazón.

La hermana Rosa no quiso replicar.

Trascurrieron cinco meses, y al cabo de ellos Flor se fué del hospital. Antes de salir, se arrodilló delante de la hermana superiora, y le besó los pies con humildad. Luego abrazó á la hermana Rosa, y después de llorar mucho, estrechándola contra su corazón, le dijo:

—Aquí la llevo á usted grabada para siempre; aquí, en lo más profundo de mi alma.... No me olvide, y ruegue á Dios por mí.

Aquella noche durmió en una de las humildes hosterías situadas en las afueras de la población, y al día siguiente se dirigió á pedir trabajo á uno de los grandes almacenes de la metrópoli famosa. Alquiló una casita, de tres pequeñas piezas, en uno de los más repuestos barrios, y se fué á vivir allí con una buena criada á la cual desde niña conocía. En el almacén sabía aprovechar el tiempo, entregándose por completo á su trabajo, cosiendo sin cesar, pensando solamente en lo que hacía y sin ocuparse de lo que la rodeaba. De resultados de lo cual se captó en breves días la estimación de los jefes de la casa, un francés y una francesa que le hablaban con la mayor benevolencia. A las seis de la tarde salía del almacén, rendida por la máquina de Singer; y después de comer, así que descansaba un poco, torcía cigarrillos hasta las once de la noche.

Naturalmente, su belleza, la dulzura de su fisonomía, su gracia en el andar, su elegancia y limpieza en el vestir, aun cuando muy modesto, comenzaron á despertar el interés y la codicia de los hombres; pero ella los miraba con desdén, los mantenía á raya, se reía de sus tristes necesidades, pasaba sin hacerles ningún caso y despreciaba sus galanterías, como para significarles que era muy difícil alcanzar una sonrisa de sus labios y una mirada amable de sus grandes y divinos ojos negros. Su arrogancia desesperaba, su seriedad era temible, su belleza causaba no sólo admiración, sino también el anhelo de soñar y de sentir en los espléndidos fulgores de su gloria.

Una tarde, cuando yá anochecía, se encontró con el Doctor Guzmán á la vuelta de una esquina, y éste se detuvo á saludarla, causándole sorpresa su hermosura.

—¡Hola!—exclamó él con alegría.

—Para servir á usted, Doctor—contestó ella, poniéndose como una grana y dándole un vuelco el corazón.

—¡Caramba, cuánto gusto siento en verla!

—Lo mismo digo yo.

—¿A dónde va por estos lados?

—Vivo muy cerca; vengo del trabajo, y voy á casa.

—¿Y qué hace ahora?

—Coser, coser, coser, y llevar esta vida con paciencia para no volverme loca.

—¡Pero qué bien la encuentro de salud!

—Después de Dios, gracias á usted.

—Pues lo celebro mucho, y créame usted que he tenido gran placer en saludarla.

—Adiós, adiós, Doctor.

Y se estrecharon las manos con cariño; y luego, más allá, se voltearon los dos para mirarse desde lejos; y cuando Guzmán cruzó la esquina, se retorció nerviosamente las dos puntas del bigote; y aquella noche se acostó pensando en Flor.

Un mes después comenzó á visitarla, pero con mucha distinción, con mucha gentileza, sin deprimirla ni humillarla, sin atreverse á groseras demasías y haciendo ostentación de su cultura. Guzmán no pensaba sino en Flor, no soñaba sino con su belleza, la seguía á todas partes como lelo y dondequiera la asediaba. Un día llamó al sirviente, y le mandó con él un hermosísimo regalo, acompañándolo de una tarjeta muy amable y exquisitamente escrita. Una noche la alcanzó á ver en el teatro, y se fué á saludarla en uno de los palcos del proscenio. Otra noche dejó definitivamente á un lado sus temores, y le escribió una carta apasionada. Dos días después encontró sobre su mesa de escribir la contestación siguiente, dejándolo asombrado:

«Recibí tu deliciosa carta, que he guardado con cariño. Tenía el presentimiento de ella, por tu manera de ser, y la esperaba. No creo en todo lo que dice, porque la experiencia ha acabado con mi fe; pero sí creo que eres bueno, y que tienes por mí hoy algunas dulces ilusiones. Quizás mañana veas claro, y te convenzas de que todo lo que tu carta dice no es verdad.

«Voy á hablarte con franqueza, con sinceridad, sin el menor asomo de mentira, porque la odio y me horroriza; pero te ruego que no me encuentres rara. Querer, lo que es querer con todo el corazón, se quiere apenas una vez; y yá yo quise así, y todavía quiero con pasión, aun cuando nada espero de quien tú lo sabes todo. Tuya soy, porque nobleza obliga, porque eres generoso, porque tienes alma noble, porque me encantan tus maneras, tu carácter y tu inteligencia; pero tuya no soy ni seré como tú quieres, porque te engañaría mañana, y yo no debo engañarte en ningún caso, ni ofrecerte lo que jamás podré cumplir.

«Si mañana me ves en el bullicio, en la alegría y la locura, no me juzgues de mal modo, ni te asombres, ni me creas una infame. No lo soy, mi corazón es excelente, odio el devaneo y siento repugnancia contra la falta de pudor; pero créame que si me ves mañana en esa vida, la cual habrá de serme profundamente dolorosa, es porque tengo necesidad de ella para no desesperarme, para no consumirme de amargura, para olvidarme de mis penas y esperar. ¿Que qué espero? Al-gún día lo sabrás.

«Si así me quieres, tuya soy; si á más aspiras, olvídate de mí, porque lo imposible no puede ser sino imposible, y engañarte sería negra infamia.

«Aunque la encuentres incomprensible y rara, te quiere mucho y te saluda con cariño

«FLOR.»

.....
Pasaron varios meses, y aquella mujer encantadora, absorbida en absoluto por un solo pensamiento, se echó de lleno en brazos de la volubilidad que amengua. Una noche, en una de esas horas de melancolía suprema en las cuales el alma se convence de que es un imposible lo que anhela para vivir la vida de una felicidad constantemente suspirada, ella había jurado vengarse del infame que la había seducido y soterrado en el infierno de la desesperación. Si para la víctima no había

sino saña é impropiedades, y para el victimario sino lisonjas y agasajos; si la justicia y la moral se entendían de aquella suerte estrafalaria, ella sabría de qué modo se castiga á los protervos en la tierra. Su orgullo pudo más en el combate doloroso, su altivez salió triunfante, el despecho le dió fuerzas para vencer la miseria hasta vengarse. Desengañada del mundo caprichoso; sin padres, sin hermanos, sin amistades siquiera que se compadeciesen de su suerte, poco ó nada le importaba el devaneo impuesto por la necesidad urgente é imperiosa. Paso á paso fué subiendo y provocando la insaciable codicia de los hombres; su belleza valía mucho; lo que ella quería era dinero, y pudo conseguirlo. Darle en cara al infame, aunque fuese arrastrando la honra y la vergüenza por el suelo, que no se moría de miseria en el arroyo, ó de tristeza en un rincón del hospital: hé ahí su vehementemente aspiración, el gran resorte de su vida, el empeño de su voluntad potente, y el centro siempre inmóvil alrededor del cual giraban todos los deseos de su corazón enfermo, no menos que todos los designios de su extraviada inteligencia.

Mientras tanto, la hora del castigo llegaría.

Concluída en el próximo número.



RIMAS

En la honda quietud del camposanto ay, cuan felices los desnudos huesos que recogen, en horas sin quebranto, de las estrellas los plateados besos y de las nubes el piadoso llanto.

Cansado de esta lucha fratricida suspiro sin cesar por vuestra suerte y apresurar anhelo la partida: es mejor que la muerte de esta vida la vida que vivís en vuestra muerte.

VÍCTOR RACAMONDE.

EXPLICACION

(Para tí sola)

Aquella tarde luminosa, amada niña, en que ungiste con tu amor mi vida, me miraste hondamente, sorprendida de mi grave actitud triste y callada.

Vi sorpresa otra vez en tu mirada la noche cuando hablé de mi partida y en el regazo de la despedida desgranó su collar mi careajada.

—Como reciente viuda en una misa funeral, se recata mi alegría en la penumbra vaga é indecisa.

Y por extraña moda se atavía con el sonoro lujo de la risa la austeridad de mi melancolía.

A. ARVELO LARRIVA.

SUELTOS EDITORIALES

FLOR

En este número hallarán nuestros lectores una parte de una novela de que es autor nuestro apreciado amigo y colaborador el señor don Gonzalo Picón Febres.

Es obra con que nos obsequia el gallardo prosador y poeta y que nosotros nos complacemos en ofrecer a nuestros abonados.

Debemos advertir que la novela estaba inédita desde 1898 y que la forma de publicación que hemos adoptado es la que con mejores ventajas prácticas tienen en uso, para sus obsequios, las primeras Revistas de Europa y los Estados Unidos.

Así, pues, en nuestro número próximo daremos la conclusión de *Flor*.

DISTINCION

El señor General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela, ha tomado en justiciera consideración los méritos que distinguen al señor Don Manuel Estrada Cabrera, Presidente de la República de Guatemala, como servidor eminente de la causa de la Instrucción Popular y como benefactor ilustre de ella, y en nombre de la República de Venezuela ha tenido bien condecorar al digno Magistrado centro-americano con la medalla correspondiente, en la primera clase de la orden.

Bien merece tal honor el progresista y culto gobernante, a quien nos permitimos presentar las protestas de nuestras muy atentas y respetuosas congratulaciones.

DOS MUERTES NOTABLES

En los últimos días hemos tenido que lamentar la desaparición de dos hombres públicos de nota en nuestros anales contemporáneos; literato el primero, hombre de ciencia y política el otro: don AMENODORO URDANETA y el doctor FERNANDO ARVELO.

El señor Urdaneta fue poeta, periodista y escritor; tuvo un nombre saliente en una época distinguida de nuestra historia intelectual; era académico de ambas Academias y heredero de un apellido ilustre en los fastos de la antigua Colombia y en los años en que corrieron los primeros destinos de la República que se constituyó después de la disgregación de la Magna.

El señor Arvelo tenía un nombre no menos distinguido en nuestros anales públicos. Fue profesor, jurista, orador parlamentario, hombre de Estado y Magistrado.

Ambos dejan recuerdos de aprecio en la sociedad y en la Patria, y nosotros cumplimos con el penoso deber de llevar hasta el seno de sus adoloridas familias la expresión de nuestros sentimientos por su pérdida.

SOTO HALL

Había terminado ya el trabajo de impresión del último pliego de nuestro número pasado, cuando vino a traernos sus despedidas nuestro distinguido amigo el poeta guatemalteco, que tantas simpatías supo ganar en medio de nuestra sociedad, con las escogidas dotes



RIO CARIBE: Desgulle de cacao en la hacienda de Cangua, propiedad del señor Domicio Loero

de su cultura y los dones de su talento.

Es ahora, pues, cuando se nos ofrece la primera oportunidad para reiterarle los votos de nuestro aprecio y los que quedamos haciendo por su dicha personal, los que ratificamos en las presentes líneas.

Soto Hall dejó como recuerdo de sus simpatías por nosotros el pequeño libro *Chispas venezolanas*, del que dió cuenta oportuna la prensa diaria y del cual insertamos un capítulo, referente a nuestra Revista, en el número anterior. Por sus amables conceptos, repetimos nuestras gracias al escritor, que vino últimamente en misión especial de su Gobierno y que ha regresado llevando la de Delegado de la Liga Americana para las Repúblicas de Centro América, en donde le deseamos un éxito brillante.

PSICOLOGÍA Y LITERATURA

(POR RAFAEL ALTAMIRA)

La casa editorial Henrich y Ca, de Barcelona, acaba de publicar, formando el tercer volumen de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS, un nuevo libro de don Rafael Altamira, titulado *Psicología y Literatura*.

El docto catedrático de la Universidad de Oviedo dedica su obra a la juventud española que trabaja por la patria, por la verdad y por la belleza, y ciertamente justifican la dedicatoria, la serie de artículos de serena y razonada crítica que contiene el libro.

Psicología y Literatura es un libro hondamente sugestivo y digno en todo, de la bien cortada pluma del insigne autor de la *Psicología del pueblo español*, de *Reposo* y de tantas obras en que ha dado patente muestra de la diversidad de sus conocimientos históricos, sociológicos y literarios.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido enviado.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

«*Nupciales*»—en las bodas del señor General Ceferino Castillo y la señorita Polita de Lima.

Reminiscencias Históricas, por Francisco Képer, dedicadas al General Cipriano Castro.

Recopilación de Leyes y Decretos de Venezuela, Tomo XXV, año 1902. Edición oficial.

Damos las gracias a los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS



EL ALMIRANTE ROGESTVSKY
Jefe de la Escuadra rusa del Báltico

Lutero en la cátedra de su escuela

J. P. Laurens ha concebido un cuadro del reformador, cuya importancia resalta al considerar el papel que representó y la revolución á que dió origen el poderoso monje.

Es el mismo Bossuet quien pinta el estado de la Iglesia para aquella época. Había muchos siglos, dice, que se deseaba la reforma de la disciplina eclesiástica. *¿Quién me concediera, decía San Bernardo, el ver antes de morir á la Iglesia de Dios como era en los primeros días?* Si este santo hombre ha tenido algo que sentir á su muerte, ha sido el no ver tan feliz cambio. Toda su vida lloró sobre los males de la Iglesia, advirtiéndolos incesantemente á los pueblos, al clero, á los obispos, á los papas mismos. No temía indicárselos también á sus religiosos, que lamentándose con él en su soledad, alababan tanto más la bondad divina por haberlos llevado á esa soledad, cuanto mayor era en el mundo la corrupción. Hasta aquí el Aguila de Meaux.

Lutero había nacido en Sajonia, en Etilben, el año 1483, de padres pobres; así es que al principio se vió reducido á cantar delante de las casas para ganar algún dinero. Una viuda caritativa suministró la suma necesaria para sostenerlo en la Universidad de Erfurt. Impresionado por la muerte de un amigo, herido de un rayo á su lado, hizo voto de abrazar la vida religiosa, y en 1505 entró en el convento de los Agustinos de Wittemberg, en la Sajonia prusiana.

En la soledad del claustro, se entregó con ardor al estudio de la teología; tenía acceso de una profunda melancolía de que únicamente los arrancaba la música, arte que amaba con pasión y que no cesó de cultivar en medio de las agitaciones de su vida. A los 25 años de edad fue llamado al desempeño de una cátedra de teología, en la Universidad de Wittemberg, por el elector de Sajonia, á quien lo había recomendado el provincial de los Agustinos. Irritado por la magnificencia de la corte de León X, en un viaje que hizo á Italia, por un asunto relativo á su convento, tomó pretexto de las indulgencias que aquel papa hacía vender á fin de concluir con su producto la iglesia de San Pedro, y se lanzó en una lucha que debía dar por resultado una revolución religiosa.

Predicó contra las indulgencias, y como los Dominicos eran los encargados de venderlas, León X no dió importancia á la incipiente agitación, creyéndola mera disputa de monjes. Sin embargo, tomando el asunto mayores proporciones cada día, el papa envió á Alemania al legado Cayetano, quien condenó á Lutero en Ausburgo, por haber rehusado retractarse. Este apeló al papa mejor informado, protestándole siempre sumisión. «Yo oír, decía, vuestra voz, como la de Jesucristo mismo.» Condenado por el papa, apeló al futuro concilio, sin romper aún con la Santa Sede. Pero, al mismo tiempo, arrastrado por el fuego de su espíritu, rechazó muchos dogmas, lo que le atrajo la bula de condenación que León X lanzó contra él, en junio de 1520. Desde entonces, Lutero no conoció ya límites: reunió los estudiantes en la plaza pública de Wittemberg, y habiendo levantado una hoguera, arrojó en ella la bula de León X y las decretales de los papas, diciendo: «Pues que has entristecido al santo del Señor, que el fuego eterno te consuma.»

Academia Nacional de Medicina

En páginas especiales de este número publicamos los retratos de los actuales funcionarios de la Academia Venezolana de Medicina.

Oportunamente, la prensa diaria informó al público de la creación, objeto, trabajos iniciales y marcha de este nuevo Instituto, á cuyas sesiones ha sido consolador ver concurrir un número apreciable de profesores, estudiantes y hombres de ciencia, preocupados por ejercicios de honra intelectual, de interés social y de provecho científico.

Presidente hoy de la Academia el señor doctor ALFREDO MACHADO, de vieja reputación

en el mundo médico nacional, muy experto en nuestras afecciones tropicales por su larga práctica, desde joven, en las regiones del interior con más frecuencia azotadas. Si nuestra memoria es fiel, hace veinte y dos años que el actual Presidente de la Academia tuvo algún tiempo de fecundo ejercicio profesional en Guayana y en los llanos y poblaciones del Sur de Occidente, en donde se conserva el recuerdo de su paso y de sus funciones facultativas.

El señor doctor TOMÁS AGUERREVERE PANCANINS es el Primer Vicepresidente. La Universidad de Caracas y Venezuela cuenta entre sus hijos intelectuales más distinguidos y queridos al doctor Aguerrevere. Regente hasta hace poco de la clase de Obstetricia, ha sido transferido á la de Terapéutica, y en ambas cátedras, su ciencia, sus dotes de profesor; su sabiduría elocuencia, lo constituyen en un elemento de simpatía y en un personero del honor universitario, desde el estrado de su cátedra, ya antes ilustrada por eminentes conductores y ahora sostenida en su brillo por la competencia del actual Vicepresidente de la Academia.

El doctor EMILIO OCHOA, segundo Vicepresidente del Cuerpo, es un joven facultativo, lleno ya de experiencia,—también adquirida en la región llanera del país. Tiene el amor de su ciencia, el entusiasmo de su profesión y la fe de sus años. Médico en ejercicio, en nuestra capital, cuenta con una distinguida clientela, hasta ahora satisfecha de sus cuidados y de su asiduidad facultativa. Según nos informamos en trabajos especiales, presentados á la Facultad, es médico de observación concienzuda y hombre de consulta autorizada.

El señor doctor LUIS RAZETTI, el Secretario Perpetuo, representa en la Academia la más entusiástica actividad que hayamos tenido ocasión de observar en los trabajos recientes. El doctor Razetti es profesor de Anatomía y de Medicina Operatoria. Nuestras columnas se han visto más de una vez engalanadas con su colaboración, que siempre le hemos agradecido. Facultativo, profesor, clínico, conferencista, hombre de polémica, á ratos político, pone en todo empeño en que se halla mezclado una actividad y un entusiasmo que revela una indestructible fe y á las veces una sorprendente buena fe, que traiciona sus v-hemencias por hacerse recibir hombre airado por los conceptos de la más asoladora filosofía. Es un elemento de energía juvenil, que irá marchando largo tiempo por vías fecundas.

Para Bibliotecario Perpetuo está designado el señor doctor EDUARDO FERNÁNDEZ, y no merece sino aplausos presenciar que la Academia haya vencido los inexplicables retraimientos de un hombre como el señor doctor Fernández, de constante estudio, de vasta información científica contemporánea, tan circunspecto y tan discreto, pero siempre tenido por su propia voluntad, en las fronteras de una modestia que sería permitido calificar de fraude deliberado al aplauso y á la justicia de quienes conocemos sus dotes, sabemos de su competencia y estimamos debidamente sus condiciones.

El señor doctor BERNARDO HERRERA VEGAS es el Tesorero de la Academia. Dirige actualmente el Asilo de Enajenados de Caracas y dicen de su reputación las continuas horas que se le ve acudiendo á los reclamos de su clientela en la ciudad y el aprecio que goza entre sus colegas. Pertenecía á una familia de facultativos, uno de los cuales — el doctor Rafael Herrera Vegas — honra en una facultad del Extranjero el nombre venezolano. El apellido del actual Tesorero de la Academia de Medicina parece inscrito perpetuamente en los registros de todos los cursos médicos de la Universidad, desde hace medio siglo.

El señor doctor JUAN DE DIOS VILLEGAS RUIZ ha sido electo Secretario anual del Cuerpo. Hasta hace poco el doctor Villegas Ruiz dirigía uno de los servicios de nuestro primer hospital civil, en cuyas salas ha dejado gratos recuerdos. Aunque joven, es ya de tiempo apreciable bien conocido en el ejercicio de su profesión y te-

nido en cuenta para su colaboración en toda empresa de nombre y progreso civilizador.

Como estos datos nos son completamente personales y no pueden tener mayor extensión que la permitida por las condiciones de esta Sección, probablemente tendremos oportunidad de ampliarlos,—bajo la pluma de una autoridad científica,—en otra edición de esta Revista y á propósito de insistir acerca de la importancia de nuestra Academia Nacional de Medicina.

El General Nogi,

COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO SITIADOR DE PUERTO ARTURO

Sin duda: los honores de la guerra corresponden al bravo general moscovita, que ha hecho de la defensa de Puerto Arturo un soberbio pedestal de gloria.

Los mismos diarios de Tokio, cada día que publicaban noticias del sitio de la intomable fortaleza, concedían al general Stoessel las frases más cultas y dignas, en las cuales se dejaba ver su respeto y su admiración por el valiente oficial del Czar.

Todo lo cual reclamará también á la justicia de la Historia que tenga en la cuenta que merece la obstinación, la fe, la pertinacia incontrastables del teniente del Mikado, escogido para rendir á fuerza de metralla y de virtud militar aquel reducto invencible de la resistencia rusa.

Nuestros ilustrados lectores tienen un conocimiento aproximado de la manera como se estableció la defensa de Puerto Arturo, por un sistema de fuertes que era imposible penetrar, sino mediante la resolución casi suicida del general Nogi, de ir consumiendo sucesivamente, bajo la metralla enemiga, cuerpos enteros de ejército, para apoderarse y conservar una encrucijada, una trinchera, un pequeño valle, y proseguir la tarea sangrienta, hasta aproximarse á los atrincheramientos inmediatos á la población.

Al principio, los rusos habían limitado sus trabajos de fortificación al circuito de alturas que están más cerca de la ciudad; el general Vernander había establecido así una serie de obras modernas, cuyo poder y excelencia han quedado demostrados en cinco meses de diario bombardeo. Esas obras formaban cuatro sectores frente á tierra, y dos de frente al mar; estos últimos mucho tiempo inactivos, porque el hábil Almirante Togo se había situado de tal manera que los fuegos de aquellos no dañaban sus buques, y él podía sostener rigurosamente el bloqueo.

Ante el incontenible avance de Nogi, un ruso especialista en fortificaciones, un émulo de Tottleben, el general Kondratenko, reforzó las primeras defensas, trazando y construyendo dos cinturones de fuertes á distancia del puerto y de la ciudad, dominando todas las entradas, aun las más improbables.

El general japonés comprendió la intención del adversario y trató de forzar el lecho de un río, que llevaba aguas á la bahía principal, pero cañoneado de ambos flancos, retrocedió y dió órdenes para que su ejército fuese asaltando y trepando, *á toda costa*, cada colina en donde hubiese una defensa, mientras él, con fuerzas de reserva, vigilaba las oscilaciones de la defensa para penetrar bajo el fuego enemigo.

Tan inflexible fue la resolución del japonés en su propósito de sacrificar su ejército, y tan bien concebido fue el plan de invasión por todo punto que iba dejando franco el combate, que el general Stoessel,—que en persona vigilaba también el movimiento enemigo temió llegase el momento de no tener ya hombres ni elementos suficientes para contener el avance impetuoso del nipón y así lo venía telegrafando al Czar, desde fines de noviembre.

Ultimamente, cuando se acercaba el fin previsto por el valeroso ruso, no tuvo inconveniente en ceder al ruego de sus generales, y su mensaje á Nogi hace constar que el motivo de su capitulación es: haber visto personalmente que el sistema de asedio que traía el japonés,

era infalible en un resultado feliz para el ejército del Mikado y acaso inconcebiblemente desastroso para la suerte final de la guarnición rusa.

Presentación del mensaje del Mikado á Stoessel

En la noche del 15 de agosto se produjo una gran calma en el interminable bombardeo de los fuertes de Puerto Arturo.

El general japonés aprovechó este momento para enviar al jefe ruso el mensaje del Mikado, contentivo de la intimación de capitular.

El emisario japonés salió del campamento del general Nogi en la disposición que lo muestra el grabado que publicamos.

Las condiciones de capitulación eran las siguientes:

1ª La guarnición saldría de la ciudad con todos los honores de la guerra, para ir á reunirse al ejército del general Kouropatkine;

2ª Los funcionarios civiles serían conducidos á un lugar designado por los japoneses;

3ª Los buques surtos en el puerto, comprendiendo el *Pobieda*, el *Relvisan*, el *Sebastopol*, el *Peresviet*, el *Palada* y el *Bayan*, doce contratorpederos por lo menos y cuatro cañoneros, serían entregados á los japoneses.

El general Stoessel recibió cortesmente al emisario japonés, pero le entregó una respuesta negativa, perentoria y enérgica.

Recibida en el campamento de Nogi, éste pidió aún un armisticio de cuatro días para enterrar á los muertos, pero el ruso lo negó.

En tal emergencia, el jefe japonés dió orden de continuar el asalto y á las diez de la mañana del 17 se reanudó el cañoneo, que dió por resultado la posesión de la bahía de Pigeon y la captura de dos fuertes interiores armados de ocho cañones de á cuatro pulgadas, dos piezas de sitio y seis cañones de tiro rápido, mediante el espantoso sacrificio de 20.000 soldados japoneses.

Batalla de Liao-Yang

Tiene tantos y tan varios episodios y fue tan rica en proezas y enseñanzas la gran batalla, que todavía la discuten los tácticos de Europa. Duró toda una semana, y al decir de un corresponsal militar de la *Niva*, que asistió á ella, combatientes y testigos voluntarios ó involuntarios, no olvidarán jamás la semana del Liao-Yang, que costó 50.000 hombres á ambos ejércitos.

El general ruso Sakharoff ha hecho el más conciso y claro relato de la tentativa del general Kouropatkine para detener el movimiento ofensivo del general Kuroki, jefe del 3er. ejército japonés de Manchuria. Este general, después de haber franqueado el Tai-Tsé-Ho, en Sykvantoun, el 31 de agosto, marchó el 10 de septiembre sobre Yan-tai, estación de ferrocarril, situada á 25 kilómetros al noreste de Moukden. Allí intentaba el general, con su Estado Mayor, de interceptar la retirada al enemigo.

El ejército nipón avanza lentamente, rechazando al ruso. El 10 de septiembre, en la tarde, sus cabezas de columna se encuentran en los alrededores de las carboneras de Yan-tai, á algunos kilómetros al sudeste de la estación.

Cuando el general Kuroki supo, al día siguiente, que Kouropatkine se preparaba á atacarlo, le hizo frente al oeste, y colocó su ejército en batalla, sobre una línea de colinas, de quince kilómetros de extensión, próximamente. Apoyó la izquierda en Tai-Tsé-Ho, en Sykvantoun; mientras la derecha, que fue su ala de maniobras, continuaba un movimiento envolvente sobre el ejército ruso.

El plan de Kouropatkine parece haber sido absolutamente análogo al de Kuroki: caer sobre el ala izquierda del enemigo, cortarla en Tai-Tsé-Ho y envolverla. El grande esfuerzo de los rusos estuvo de parte de su ala derecha, que atacó á Sykvantoun. Allí comenzaron con éxito: las alturas vecinas al río fueron tomadas, cuando un movimiento inesperado de una di-

visión del 50 cuerpo siberiano, al mando del general Orloff lo comprometió todo.

Esta división formaba la extrema izquierda rusa, esto es, el eje, el *pivot* del movimiento envolvente. Debía, pues, limitarse á la defensiva; tarea ya bastante difícil, porque tenía que resistir á los asaltos del ala de maniobras del ejército japonés. Contrariando las órdenes que tenía, el general Orloff trabó combate y fue derrotado. El cuerpo de Stackelberg, que estaba de reserva, acudió en su auxilio, cuando debió haber cedido poco á poco el terreno. El centro ruso estaba, pues, descubierto y la batalla perdida.

Inmediatamente los rusos desocuparon á Liao-Yang, en donde entraron al día siguiente los ejércitos de Nodzu y de Oku, mientras el general Kuroki continuaba su movimiento sobre Kouropatkine en retirada.

El general japonés dejó un destacamento en Satzuago, para cubrir su flanco derecho, é hizo una rápida conversión al oeste, á fin de apoderarse de la vía férrea y envolver á Liao-Yang. Entre tanto, los dos ejércitos japoneses, que formaban el centro y el ala izquierda, emprendían la ofensiva contra los rusos, al sur y al oeste de los muros de la ciudad.

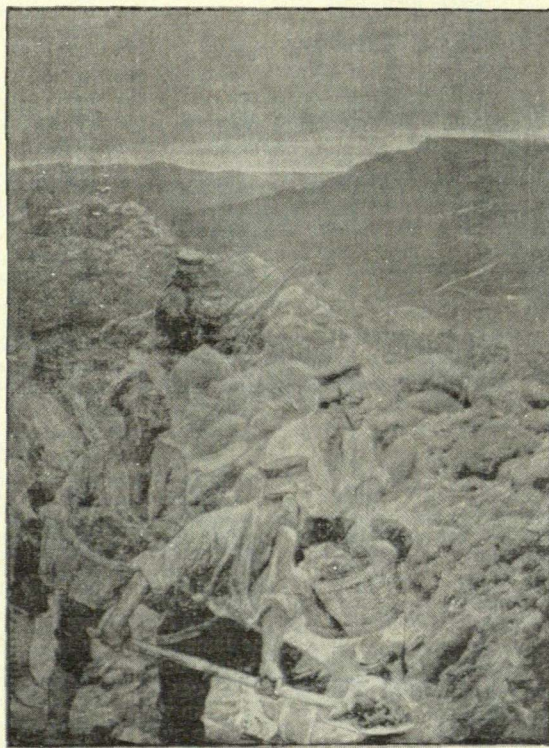
Dos días después, el general Kuroki se apoderaba con su flanco derecho de la última línea de colinas sobre la vía férrea y hacía campamento, obstruyendo el camino de Moukden.

Fue el momento del triunfo definitivo.

Ambulancias japonesas frente á Puerto Arturo

A pesar de su encono, la guerra actual se ha caracterizado por un cumplimiento cuidadoso, — en especial de parte de los japoneses, — de todas las prescripciones del Derecho, de la civilización y de la hidalguía.

La primera gente japonesa que el general Nogi hizo situar en los alrededores de Puerto Arturo, al comenzar las operaciones del sitio, fue un cuerpo de las ambulancias, que llevaba



Trujados de fortificación en Puerto Arturo

órdenes de prepararse para asistir hasta 20.000 heridos. El general japonés hizo notificar al ruso que había elegido para los servicios de la asistencia la región más fértil y sana de la línea de sitio, á fin de neutralizarla como es de rigor.

Allí se veían hiladas de heridos y moribundos, desde las primeras escaramuzas, á lo largo de las tiendas, recibiendo socorro de los facultativos japoneses y de todo el cuerpo subalterno de servicio. Un sitio también escogido hacia la región meridional, estaba destinado á depósito de harapos, útiles desechados, hilas, etc.: era el lugar de los desperdicios.

Carretadas de heridos han llegado incesantemente á aquel punto. Los que sanan son trasportados al Japón, en donde ha habido que reglamentar su mantenimiento, á causa de las persistentes tentativas de fuga, vías de hecho al desembarcar y numerosos actos de insubordinación. Como esos prisioneros van en libertad, se ha dispuesto que los que hagan resistencia sean trasladados á lugares de prisión y sometidos á régimen de campamento.

Recolección de muertos y heridos después de la batalla

Durante la batalla de Liao-Yang, los rusos, para defender sus posiciones fortificadas de los asaltos de los japoneses, recurrieron á un sistema de obras, que si como invención son bastante primitivas, como elemento de barbarie no dejaron nada que desear. Fueron los pozos llamados *trous-de-loups*, cuevas de lobo, de que tanto habló la prensa de Europa y que ahora hacemos conocer por nuestro grabado.

Como se verá en la parte inferior derecha de aquél, más son trampas para cazar bestias feroces, que trabajos militares modernos. Consisten en fosos troncónicos de cerca de 1^m20 de abertura superior, por 0^m60 á 0^m70 de base inferior y una profundidad media de dos metros, practicados en cuadro en cuatro filas concéntricas en torno de los reductos y tan próximos

unos de otros, que es imposible circular por la zona que ocupan sin caer dentro de ellos.

En el fondo, en el centro del círculo interior, van provistos de una pica aguda, erigida como un asta.

Piénsese en las horribles torturas y en la espantosa agonía de los desventurados que por centenares caían dentro de estos tosos.

Vistas de Coro

CAMPOS DE CUMAREBO.—CHIVERA
EN LOS CAMPOS

Coro es una región privilegiada, como casi todas las de nuestro hermoso país. Bien se comprenderá que su concepto no pueden darlo algunas fotografías, tomadas casi siempre por motivos distantes del propósito de hacer conocer los aspectos y bellezas del territorio; ni es en sus ciudades y poblados en donde el viajero, en una rápida excursión, puede detenerse a observar todo el conjunto de dones que posee, para su propio bienestar, la tierra coriana.

Las vistas de este número son apenas un testimonio imperfecto; dos ejemplares más, que agregamos á los que ya contienen nuestras columnas, relativos á aquellos lugares.

Parecería, en términos generales, una región estéril, si se va á juzgar por la inmensa llanura arenosa,—con aspectos zaháricos,—que se extiende por occidente, hasta formarle playas orientales al lago de Maracaibo. Sin embargo, esa misma llanura es un emporio: su vegetación característica, constituida por cactus y aromos (cujies) alimenta riquísimos y numerosos rebaños de ganados lanar y mular, que ellos solos bastarían á formar una abundante fuente de prosperidad local, si circunstancias no siempre salvables permitieran dedicarle á su explotación un método sabio y progresivo.

Alrededor de Cumarebo, que es el puerto de mayor movimiento de cabotaje, demoran campos fértiles, nutridos de cultivos de frutos menores. Y en una recorrida, hecha por los caminos de recuas que cruzan la región, aun cuando sea tan rápida como la que permite apenas nuestro estado de fomento material, puede notarse cómo es realmente abundante aquella tierra en cuanto elemento pueda hacer cómoda y próspera la vida, en cualquier ramo que se explote allí.

Para otra oportunidad reservamos algunos datos que serán indudablemente de interés, á los que deseen formarse idea de la copia sintética de recursos que corren riesgo de permanecer improductivos, si no es que á tiempo el poblador coriano, fuerte, laborioso y rudo, aprovecha los intervalos de su tranquilidad, para pedir á su propia patria el arte y el secreto del bienestar personal.

Por ahora, y á propósito de nuestro grabado que exhibe una *chivera*, indicaremos que como nueve mil quintales de cueros de chivo, de los que van para el extranjero corresponden á la producción anual de Coro.

Soldado ruso socorriendo á un oficial japonés

La escena de nuestro grabado representa uno de los frecuentes y diarios episodios que han tenido ocasión de presenciarse y copiar, por medio de instantáneas, los adjuntos militares y los corresponsales de los diarios de Europa, á los cuales se les ha permitido seguir las operaciones de ambos ejércitos.

No es, repetimos, lo primero que acontece, entre las peripecias de esta campaña y estas batallas. Ahora es un simple soldado del Imperio Ruso quien auxilia y salva á un enemigo invalidado, y luego es un veterano, un coronel del Mikado, quien se apresura á prestar solícitos cuidados á algún valiente tropero ruso, caído en medio de las columnas de asalto de las divisiones del Japón.

Ataque de la escuadra rusa del Báltico á buques pescadores ingleses en el Mar del Norte

A la hora en que escribimos, todavía no ha presentado informe ni dado decisión la Comisión que conoce del incidente que acaeció en

aguas del Mar del Norte, entre la escuadra rusa del Báltico y los buques de pesca ingleses que se hallaban en los parajes de Hull.

Como se sabe ya, las investigaciones se efectúan sobre la base de dos versiones principales: la rusa y la inglesa, depurándolas ó reforzándolas con las múltiples depuestas por testigos del incidente.

El almirante Rodjestvinsky dice en su informe al Czar que ha tomado declaraciones á toda la oficialidad y que por ellas se comprende que los rusos creyeron hallarse en el caso de legítima defensa; que su escuadra, compuesta únicamente de grandes navíos, alcanzó á ver, en medio de la flotilla inglesa de pesca, dos torpederos que supuso japoneses; que el aviso de alarma lo dió un transporte; que habiéndose hecho las señales de reconocimiento, quedaron sin respuesta; que, en consecuencia, dispararon, yéndose á fondo uno de los buques sospechosos; que el otro permaneció en el lugar del siniestro; que la escuadra abandonó inmediatamente los parajes peligrosos; y que el almirante Rodjestvinsky estaba de tal manera persuadido de su buen derecho, que en España bajó á tierra, para telegrafiar al Czar, diciéndole: —“He sido atacado por dos torpederos japoneses. He hundido uno. El otro permaneció en el lugar del encuentro.”

Los ingleses dicen, por su parte, que los pescadores de Hull afirman que la escuadra rusa mandó á reconocerlos por medio de torpederos; que disparó luego sobre ellos sin aviso previo, y que inmediatamente huyó dejando un navío en el lugar del desastre.

Hay, pues, completo desacuerdo: rusos pescadores han visto torpederos. Los pescadores han creído que eran rusos; los marinos de la escuadra los han tomado por japoneses. El almirante declara formalmente que su destacamento no comprendía ninguna unidad de aquella categoría. Además, ambas versiones mencionan la singular actitud de un buque que permaneció en el lugar del siniestro, sin moverse á auxiliar á las víctimas: los ingleses lo consideran como ruso y denuncian su actitud como una violación de las reglas más elementales de humanidad. El almirante ruso, á su vez, declara que todos sus buques marcharon en el acto en otro rumbo y que el que permaneció allí debe ser considerado entre los sospechosos. Complica el asunto la declaración, en una *interview*, de sir Thomas Barclay, quien asegura que el puerto inglés de Newcastle, situado muy cerca de Hull, es un verdadero arsenal japonés.

Ahora bien, un ingeniero holandés, adjunto á la Compañía de telégrafos sin hilo, y que se hallaba á bordo del buque ruso de guerra *Kamtchatka*, escribió en Tángier la siguiente declaración: —“Después que el *Kamtchatka* arrojó anclas en el cabo Skagen, para tomar carbón, se recibió un parte por medio de la telegrafía sin hilo, diciendo que cuatro torpederos comprados por los japoneses acababan de abandonar á Tjords (Dinamarca). El *Kamtchatka* abandonó inmediatamente el cabo Skagen, escoltado por dos cruceros, pero ya desde la primera noche se les separó, á causa de la bruma, que era intensa. La segunda noche, con el tiempo ya más claro y un poco después de las ocho, recibió orden de ponerse en zafarrancho de combate, porque se habían observado buques que venían á gran velocidad. El *Kamtchatka* disparó algunos cañonazos para hacer cambiar de dirección á los buques en cuestión, pero éstos se aproximaron. Entonces, el navío ruso comenzó un cañoneo turioso, y á pesar de todo, dos de los buques tranquearon la línea de fuego. Este incidente se produjo cerca de Blarandshock, á 120 leguas, próximamente, de la costa. El ingeniero vió distintamente, por medio de un proyector eléctrico, dos torpederos que no eran ciertamente rusos. Uno de ellos lanzó un torpedo, pero el *Kamtchatka* pudo evitarlo y no lo dañó. Otro torpedero, al contrario, parecía dañado: lentificó su marcha y permaneció atrás. El segundo volvió á disparar; otros desaparecieron y el ingeniero supone que fueron los que atacaron al escuadrón de

Rodjestvinsky.” Este ingeniero asegura que eran japoneses y que él los reconocería en todo tiempo. Inmediatamente el *Kamtchatka*, advirtió al almirante, por medio del telégrafo sin hilo.

Hay que advertir que no toda la escuadra del Báltico tomó parte en el incidente de los pescadores de Hull. Solamente lo hicieron los buques que formaban la división en donde iba el almirante, la misma que ancló en Vigo, y que comprendía cuatro acorazados: el *Souvaroff*, *Borodino*, *Alejandro III* y *Orel*.

El general Krondackenko,

FORTIFICADOR DE PUERTO-ARTURO

Después de la rendición de Puerto-Arturo, y cuando se está haciendo—y se hará por algún tiempo—consideración retrospectiva acerca de la admirable resistencia de los soldados del Czar, dentro de la plaza del Extremo Oriente defendida por Stoessel, la prensa de Europa, haciéndose eco de las crónicas del mundo militar, político y social, designa al general Krondackenko con el dictado del *Aniquilador de regimientos*.

Para darse cuenta de la justicia y exactitud de la denominación, hay que recordar que el viejo combatiente de las grandes guerras en que han tomado parte los ejércitos imperiales, ha formado en línea principal en todas las operaciones de sitio y fortificación, de Crimea para acá. Trabajó en Sebastopol, antes y durante la batalla del Alma; trabajó en los Balkanes, cuando la guerra ruso-turca, fortificando los desfiladeros de Rumania, é inspeccionando las obras de las orillas del Danubio; y como hasta ahora solamente había formado en cuerpos de ingenieros y artilleros, su nombre no había resaltado como especialista, hasta el momento de Puerto-Arturo, en que las circunstancias de la guerra presente lo pusieron en lugar visible, como se induce por la rápida indicación que vamos á hacer, de las defensas militares que rodeaban la plaza que ha sucumbido á las amenazas de asalto definitivo y decisivo del general japonés.

Después que se declaró la guerra, el general Krondackenko fue comisionado para que examinara, reformara y reforzara las fortificaciones de Puerto-Arturo. Habiendo él hecho esta comisión privadamente, desde hacía algún tiempo, por amor á su profesión, dispuso en el acto que se instalara una batería de piezas de 305^{mm}. en el promontorio de Liao-Ti-Shan, con el objeto de que en último extremo sirviera de reducto supremo, como otro Malakoff. Después hizo construir la primera línea de defensa, en las distantes colinas de Lobo, Siao-Kou-Shan y Ta-Kou-Shan, é hizo erizar de trincheras y de reductos el valle que separa esta entrada, desde la bahía Luisa, hasta la bahía Tache. Se necesitó más de un mes,—desde el 27 de mayo hasta fines de junio,—para que las avanzadas de asalto del general Nogi penetraran en el seno detonante de este laberinto de atrinchamientos, operación que no significaba sino el comienzo de los sangrientos asaltos á las primeras defensas establecidas por el *Aniquilador de regimientos*. En ese valle se riñeron, durante dos meses, los furiosos combates de que ha estado dando cuenta el cable, seis meses atrás: el general Fock, con sólo una división, fue suficiente para contener el avance de los japoneses. El día que el general Nogi llegó al pie de la colina del Lobo y después de 48 horas de acometida tomó posesión de ella, el paso por entre las defensas del fortificador ruso le costaba 14.000 soldados del ejército sitiador.

Junto con Stoessel, el general Krondackenko recibe hoy los parabienes del mundo.

Trabajos de fortificación de

Puerto-Arturo

Al referirnos al general Krondackenko hemos aludido á la calidad y condiciones de los fuertes y atrinchamientos que hizo construir para la defensa de Puerto-Arturo.

Este otro grabado representa los trabajos que

se ejecutaban bajo la dirección del *Aniquilador* y de los oficiales que lo acompañaban, y que son: el general Gorbatsky, los coroneles Gregorenko, Golchine, Machevsky, Gandourine, los capitanes Resanoff, Boulgasoff, los oficiales de diversa graduación Myzloff, Floroff, Bourdievicz, Debogorian, Krievicz y Smirnoff.

Durante estos trabajos, recibió tres graves heridas el coronel Yolchine.

Río Caribe.—Haciendas de cacao

PROPIETARIO: DOMICIO LOERO

Nuestros lectores se darán cuenta,—conociendo como son nuestros sentimientos patrióticos,—de las impresiones que nos han producido las vistas que hemos recibido de Oriente y que publicamos en otras páginas de esta edición, bajo los títulos siguientes: *Seca y recolección de cacao en las haciendas del Valle de Cangua; Puerto del valle de Cangua; Hacienda de cacao y oficina del Valle de San Juan; Desgulle de Cacao.*

Se trata, como se ve, de una vasta y formal instalación y explotación agrícolas, de las cuales es propietario el señor Domicio Loero, en territorio del Estado Bermúdez, en jurisdicción del Distrito Arismendi, del que es capital Río Caribe.

Al observar estas reproducciones, hemos pensado, como en casos análogos, en nuestro país; en los privilegiados dones que la Naturaleza plugo concederle; en la infinita desdicha, que tiene caracteres de fatalidad, que no nos permite advertir cómo tan á la mano y pródigamente poseemos todos los elementos y todo el milagro, realizado con poco esfuerzo, de una prosperidad y de un engrandecimiento que nos colocarían en una altura envidiable, de bienestar y de poderío, entre todas las naciones de la América y aun del mundo.

Y para no reiterar confirmaciones sino tomadas del caso presente, pensamos en el espectáculo de esa feliz región oriental, de la que en verdad pudiera decirse con Acosta que cuanto se toca con las manos es pan, y lo que pisan las bestias, oro.

La imaginación, guiada en viaje ilustrativo por cuantos han sido entusiastas exploradores de aquel emporio dormido al arrullo del Mar Caribe, sobre el lienzo de las llanuras, á la sombra que proyectan las selvas, ó sobre las mesetas que fluyen ríos, bajo el sol justiciador de las costas, trepa á los vértices de cordilleras como la de Marigüitar, á presenciar el panorama indescriptible de golfos como en acuarelas, manantiales y fuentes termales que fuman bajo la serenidad del aire, rocas que rompen en encajes las ondas marinas, y el ancho mar pacífico y cariñoso, rizado por el teral; el cielo sonriendo sobre llanuras, y colinas, y eminencias en escala, las montañas negreando contra el débil azulado de los cerros del horizonte. Cariaco y su golfo, que parecen un ritmo lento y silencioso; y la laguna de Campona, que semeja, al desprender de sus vapores, una inmensa copa oblatória; y la llanura, manchada de estas haciendas, hasta estrecharse en valles como los de San Juan y de Cangua.

A esa región, acaso no vista en su patria sino por las playas de Campania, llegó de Italia, á los diez y seis años, el actual propietario de estas plantaciones y riquezas, nacido en Sestri, en el Levante, de padres Domingo Loero y Catalina Gherisi. Poco tiempo de empleo en la acreditada casa mercantil de Figallo, le dan los conocimientos y las nociones de una fecunda actividad, á la cual podría arrancar la efectividad de su ideal; y establecido en Río Caribe, cuarenta años de labor constante y tenaz, de fe en los resultados del esfuerzo enérgico, le proporcionan una nueva patria; le abren la tienda de un nuevo hogar, que él funda honorablemente, emparentando con la familia Luigi; le fundan una poderosa fortuna agrícola y pecuniaria; y le constituyen un crédito firme y sostenido; y le dan la respetabilidad de un hombre de trabajo, de provecho y de probidad, que ahora puede ofrecer á las consideraciones de los

buenos un fruto excelente de su virtud fuerte y digna.

Cabe así tributar un obsequio de aplauso y de estímulo á quienes saben pagar, en conducta de buena ley, el amor y la amplia munificencia de esta tierra.

LECTURAS PARA LA MUJER

(De *El Universal*, de Madrid, reproducido por *La Nación*, de Buenos Aires.)

DEPILATORIOS.

En todo tiempo la mujer ha considerado con razón que el indiscreto vello que suele aparecer sobre el rostro, los hombros ó los brazos, perjudica á la belleza.

Desde los tiempos primitivos las mujeres coquetas (que siempre las hubo), cuando la Naturaleza las gratificó con ese atributo masculino, se arrancaron el vello con el bárbaro procedimiento de tirar de él, y aún hay quien lo practica del mismo modo.

La ciencia ha venido en su auxilio, poniendo á su disposición productos llamados «depilatorios», que hacen desaparecer el vello sin ocasionar dolor ni irritación de la piel.

Arrancar el vello no da resultado, pues como no se destruyen las raíces, reaparece aún con más fuerza. Además esta operación es dolorosa y puede ocasionar inflamaciones de la epidermis, engendrando las arrugas precoces.

Así, las griegas y las romanas, celosas de su belleza, usaron ya numerosas pastas depilatorias. Desgraciadamente a que ellas pastas tenían casi todas la base de cal viva y producían afecciones cutáneas.

Ciertos industriales poco escrupulosos no tuvieron también inconveniente en poner á la venta productos aún más perjudiciales, como el mercurio, el plomo, el arsénico, etc.

Recientemente se ha usado la electricidad para la depilación; una corriente eléctrica bien localizada destruye el bulbo del vello, lo que no se vuelve á reproducir.

Pero esta operación necesita ser practicada por persona muy competente, y aun así resulta escabrosa; pues se corre el riesgo de dar una corriente demasiado fuerte y de quedar manchas blanquecinas sobre el cutis.

Mucho se preconiza la depilación radioscópica por medio de los rayos Roentgen, que tienen la propiedad de destruir el cabello; pero estos rayos presentan el grave inconveniente de ocasionar lesiones é inflamaciones dolorosas.

Se recomienda asimismo la depilación por medio del agua oxigenada; más esta se efectúa con suma lentitud, un mes lo menos, y como no destruye las raíces, el vello vuelve á aparecer.

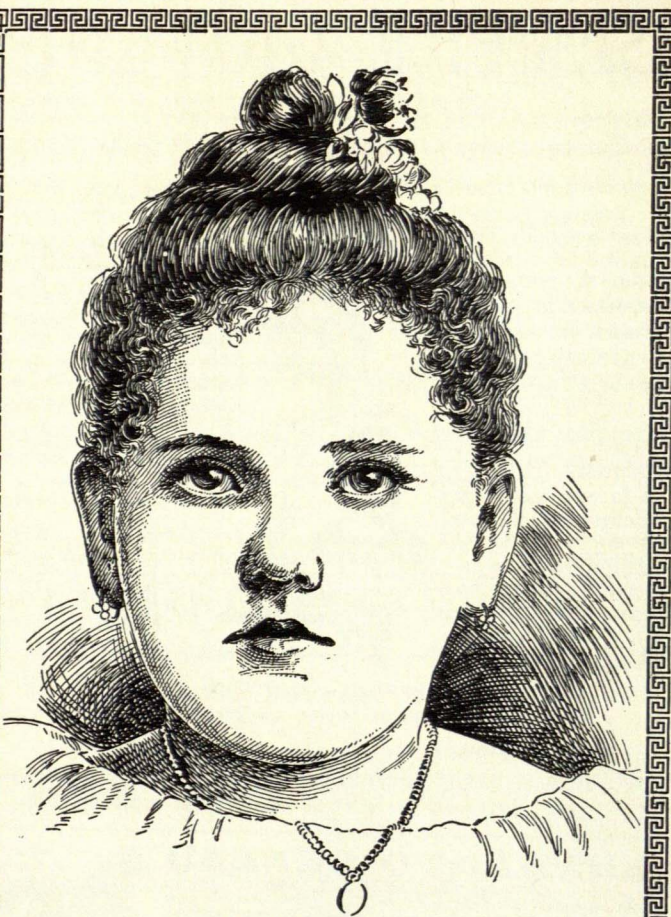
Muchos años se han dedicado á estudiar una combinación eficaz, que, sin perjuicio ni molestias, destruya de veras el vello defectuoso é intruso.

Mad. Le Fevre, la notable profesora parisiense y norteamericana, un entendido patólogo, un sabio anatomista y un célebre químico analítico, reunieron sus esfuerzos y observaciones, y después de cuidadosos experimentos, han encontrado la fórmula del **MANDO**, cuyo remedio destruye los vellos defectuosos en menos de cinco minutos.

No quema ni tortura; deja el cutis terso y sin la más pequeña señal.

Como no es mi ánimo dar á mis lectoras una información que no sea completamente exacta, no les voy á asegurar que este excelente producto destruya para siempre el vello desde su primera aplicación.

Lo que sí puedo garantizarle es que es el mejor medio que se conoce, y que empleándolo varias ve-



LA NIÑA CARMEN NEYRA, hija de Don José Neyra, Belascoain 13, Habana, Cuba, fué atacada de tumores, á causa del artrismo (inflamación de las articulaciones) y estuvo bastante mal. El Dr. Muñoz Bustamante, con medios externos y la legítima **Emulsión de Scott** logró colocarla como hoy se encuentra, perfectamente bien. La niña está completamente curada. Por la pureza de sus ingredientes la **Emulsión de Scott** legítima destierra estos malos de raíz.



Extíjase la verdadera Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuevas y rechácese las imitaciones. Los consumidores deben poner especial cuidado y observar que el nombre Scott y Bowne y el triángulo con las palabras *Perfect, Permanent, Palatable* aparezca en cada frasco. Téngase cuidado también con las preparaciones que han adoptado nombres similares, esto es que á primera vista pueden confundirse con el de la legítima Emulsión de Scott.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

ces, adelgaza y seca por completo las raíces y hace desaparecer el vello completamente sin que, como ya he dicho, se sienta la más ligera molestia ó deje alguna huella.

En la mayoría de los casos una sola botella de **MANDO** de Mad. Le Fevre, basta para obtener la absoluta destrucción del vello.

Su precio es excesivamente barato para un producto tan bueno y recomendable, y mis lectores podrán encontrarlo en todas las principales perfumerías y principalmente en los establecimientos («Esquinas de Laguno y del Coliseo») de los señores «H. Thielen y Ca» que tanto se afanan por introducir en Venezuela las preparaciones más modernas y científicas para el tocador íntimo del bello sexo.

COLOMBINE.

SECCION RECREATIVA

Las botas de un presidente
Una de las «maravillas» que la célebre

SEMPRE GIOVENE

(SIEMPRE JOVEN)

Conserva su Rostro la Dama ó el Caballero que usa el JABON DE ROMERO del Dr. LOBB

Las virtudes curativas del Romero combinadas con los escogidos perfumes y refinados Aceites Vegetales de que se fabrica el

JABON DEL DR. LOBB

le hacen dar resultados verdaderamente maravillosos en la curación de las Irritaciones cutáneas, los Barros, las Espinillas, la Caspa y las Escaldaduras.

A la vez que cura, embellece la piel, evita las arrugas é impregna de un perfume duradero y más delicioso aún que el de las lilas y madreselvas.

Precio 3 y medio reales

Le atenderá con gusto y le enviará el Manual del Dr. Lobb, que es el mejor amigo en el hogar.

AGENTES GENERALES: H. THIELEN & CA.—CARACAS.

De venta en las Principales Farmacias y Droguerías en Europa y en la América-Latina



NADA HAY QUE IGUALE EL Verdadero Remedio Homeopático del Dr. LOBB para la Anemia.

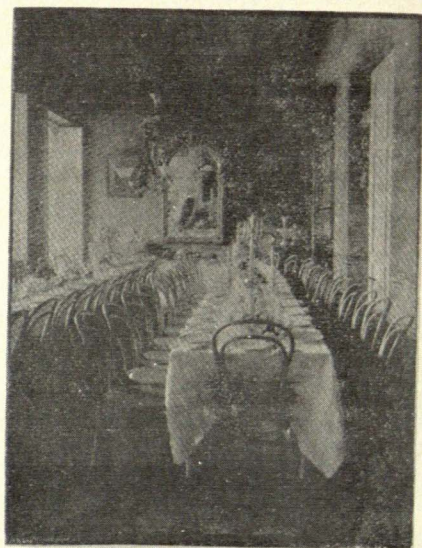
Como reconstituyente y robustecedor de la niña ó de la mujer raquítica ó debilitada por enfermedad. Produce ricos glóbulos sanguíneos, bella complexión, carnes firmes y hermosas al cuerpo.

Precio 3 y medio reales

Si desea usted el consejo profesional desinteresado de un facultativo, escriba al Dr. LOBB (N. 329 N. 15 th. St., Filadelfia. Pa. U. S. A.)

Exposición de San Luis (Estados Unidos) ofrece á sus visitantes, la constituyen las botas de montar que gastaba el actual presidente de la república Mr. Roosevelt, cuando era *cow-boy*, ó lo que es igual, guarda de animales.

El par de semejantes objetos preciosos figura en la sección histórica de los Estados Unidos, pero no obstante el valor que se ha querido adjudicar á este calzado, los visitantes, impulsados quizás por una adoración idólatra, no han dejado en paz á las botas. Muchos *souvenir-hunters* (cazadores de recuerdos), como por allí los llaman, han arrancado pedazos de suela, clavos y material. Otros se han contentado con grabar á navajazos iniciales y emblemas en las cañas, y otros han cometido diversas profanaciones, dejando la reliquia en un estado verdaderamente lastimoso.



VÍCTOR ANTONIO CHECATTO

DENSA Á SUS FAVORECEDORES UN FELIZ AÑO

Se encarga de toda clase de trabajos de fiestas y económicamente de

Matrimonios, Bailes y Banquetes

Por referencias, dirigirse á "La Mejor" teléfono 319, ó á su casa de habitación de Miraflores á Santa Bárbara, número 53—Caracas

LINIMENTO GENEAU

para los CABALLOS

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Fiojedades é Infartos en las p.ernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caída de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas. — Precio 6 fr. Depósito General: Farm. GENEAU, 165, r. St-Honore, PARIS



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Francia y Venezuela.—En ambas naciones obtuvo el doctor P. A. Noblat, residente en Puerto Cabello, su honorífico título. He aquí un certificado procedente de tan respetable autoridad:

«Doctor P. A. Noblat, médico cirujano de la Universidad de París y de la ilustre Universidad Central de Venezuela, certifico que:

«He usado con mucha frecuencia la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfatos de cal y sosa, preparada por los señores Scott y Rowne, en las personas débiles que sufren de afecciones de las vías respiratorias, ó que padecen de escrófula, raquitismo, etc., obteniendo siempre los resultados más satisfactorios con la aplicación de tan excelente reconstituyente.

Me es grato, por tanto, dar la presente declaración.»





Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Fiebras.

Depósito General, Dr. Paul GAGE hijo, P^o de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París y en todas las farmacias

DEL DR. GUILLIE

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24 - Teléfono N. 2159

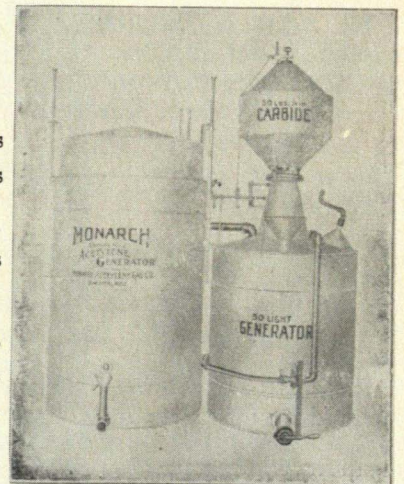
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Carburo. - Instalaciones completas para ciudades y particulares.

- Accesorios de todas clases.

- Aparato Americano "Monarch" con más de 2.000 instalaciones privadas y 30 ciudades.



J. ROVERSI - Venezuela Caracas, Palma á San Pablo N. 24

DEPARTAMENTO MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos. - Referencias de nuestros numerosos trabajos en toda Venezuela.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

época determinada. Según sea la dosis, muere la víctima á la semana, al mes, al año ó á los dos años de haberla tomado.

El **amileño** tiene la propiedad de producir el sonambulismo. Una dosis crecida de este veno no hace al cuerpo insensible; pero á diferencia de otros anestésicos, no priva del conocimiento.

Hay otro veneno que tiene como efecto el producir una melancolía tan profunda, que la víctima acaba siempre por suicidarse.

Afortunadamente, todos estos venenos no pueden comprarse fácilmente, pues unos sólo se obtienen en contados laboratorios de química y otros proceden de lejanos países, donde no se venden sino á precio de oro.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia **RADICAL** del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio - porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ca.**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

Algunos venenos raros

SUS EFECTOS TERRIBLES Ó EXTRAÑOS

La **dabora** es un veneno que en otro tiempo desempeñó un gran papel en la política de la India. Una pequeña dosis produce, no la muerte, sino un singular estado de imbecilidad. Hace años, los príncipes indios tenían por costumbre dar este veneno á sus enemigos. La persona á quien se le suministra cae rápidamente en la más completa idiotéz, sin que haya antidoto que pueda salvarla.

Otro veneno, la **abropamandrágora**, dado en ciertas dosis, produce un letargo tan semejante á la muerte, que no puede apreciarse ningún signo de vida. Con esta droga se ha hecho un curioso experimento: se administró una dosis á un hombre, el cual fué en seguida enterrado. A los tres días después se sacó de la tumba al paciente, se le aplicaron ciertos remedios y en seguida despertó, quedando luego tan sano y bueno como si tal cosa.

Un químico italiano ha descubierto cierto veneno, segregado por una especie de almeja, que tiene la propiedad de producir la muerte en una

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VÉGÉTAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, París y en todas farmacias del Extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILAVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

GOTA

LICOR

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOS

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.



Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL DR CLIN

al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias.

HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar empastado económicamente. 8 reales.

Precio de un ejemplar más fino. 12 reales.

Para el interior se cargará además el porte.

Cráneos

El año pasado presentó Mr. Hervé en la Sociedad Antropológica de París dos cráneos, encontrados uno en un dolmen de la Punta de Conquet, y otro en un islote de la Bretaña. El primero parecía ser de principios del período neolítico, y el segundo de la época de los galos. El tipo de ambos es negroide, tan pronunciado, que difícilmente pueden ser distinguidos entre una serie de cráneos de negros.

En la gruta de Baoussé-Roussé, no lejos de Menton, donde otro antropólogo, Mr. Rivière, comenzó á hacer excavaciones en 1875, se encontraron otros dos cráneos, uno de mujer y otro de hombre, ambos jóvenes, calificados igualmente de negroides.

Este tipo se caracteriza principalmente por el prognatismo, que es bastante grande.

Tales hallazgos hacen pensar si nuestros antepasados tendrían cierta afinidad con el tipo negro, sobre todo observando que el tipo reaparece en algunos individuos contemporáneos.

Estudiando Mr. Pittard cráneos encontrados en el valle de Ródano, ha descubierto dos cráneos femeninos de tipo negroide típico perfectamente conservados. Dichos cráneos deben ser de una época relativamente reciente, puesto que se han encontrado en un osario que encierra cráneos procedentes de cementerios antiguos, que circundaban una iglesia parroquial de Siené y de otros compositos de parroquias existentes en los siglos XIII y XIV. Según esto, el prognatismo puede haberse conservado á través de generaciones sucesivas, bien por continuidad, bien por reparaciones atávicas ó esporádicas; pero de todas suertes, la cuestión del origen del tipo permanece en pie, y es de interés para los aficionados á esta clase de estudios.

EL ARTE DEL POSTIZO



Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado

M. et Mme. DESFOSSÉ

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

De sobre mesa

Las causas del amor:

Se ama á una mujer por su superioridad intelectual, ó por su belleza física, ó por la bondad de su corazón.

El primero es un amor serio, pero raro; el segundo es un amor apasionado; el tercero un amor noble y duradero, pero frío y monótono.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

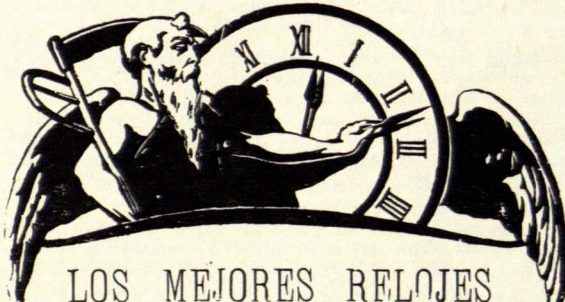
CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Entre murmuradoras:

—¿Qué edad tendrá Estela?

—No lo sé; pero indudablemente tendrá el doble.



LOS MEJORES RELOJES
SE CONSIGUEN EN LA JOYERIA DE
GATHMANN HNOS.
PIDANSE LAS MARCAS SIGUIENTES

OMEGA

ROSSKOPF

WALTHAM
(SOL)

CRONOMETRO
(VICTORIA)

INVICTA

LIBERTADOR

ST. BERNARD